



**Universidad
Nacional
Villa María**

Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo A. Podestá"
Repositorio Institucional

Experiencias desde la identidad de género. Narrativas de mujeres de Morrison, Córdoba

habitar el pueblo siendo mujer

Año
2025

Autoras
Calandri, Narella y Maccari Valdivia, Victoria

Directoras de tesis
Fatyass, Rocio y Francis, Maria

Este documento está disponible para su consulta y descarga en el portal on line de la Biblioteca Central "Vicerrector Ricardo Alberto Podestá", en el Repositorio Institucional de la **Universidad Nacional de Villa María**.

CITA SUGERIDA

Calandri, N. y Maccari, V. V. (2025). *Experiencias desde la identidad de género. Narrativas de mujeres de Morrison, Córdoba: habitar el pueblo siendo mujer*. [Trabajo final de grado, Universidad Nacional Villa María]. Repositorio Institucional de la Universidad Nacional Villa María.

http://biblio.unvm.edu.ar/opac_css/index.php?lvl=notice_display&id=48533



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional

Experiencias desde la identidad de género. Narrativas de mujeres de Morrison, Córdoba.

Habitar el pueblo siendo mujer



AUTORAS

Calandri Narella
Maccari Victoria

“Las mujeres no somos un lugar, pero habitamos
territorios que nos configuran”

**Experiencias desde la identidad de género. Narrativas de mujeres de
Morrison, Córdoba.**

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA
INSTITUTO ACADÉMICO PEDAGÓGICO
DE CIENCIAS SOCIALES**

*UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARIA
INSTITUTO ACADÉMICO PEDAGÓGICO DE CIENCIA SOCIALES*



TRABAJO FINAL DE GRADO

**Experiencias desde la identidad de género. Narrativas de mujeres de
Morrison, Córdoba.**

Habitar el pueblo siendo mujer

“Las mujeres no somos un lugar, pero habitamos territorios que nos configuran”

CARRERA

Licenciatura en sociología

Estudiantes

CALANDRI NARELLA
MACCARI VALDIVIA VICTORIA

Directora

FATYASS ROCIO

Co—Directora

MARIA FRANCIS

Septiembre, 2025

Agradecimientos generales

Agradecemos a la Universidad Nacional de Villa María por brindarnos la oportunidad de formarnos profesionalmente, por abrirnos sus puertas y permitirnos habitar sus espacios académicos y no académicos. A los y las docentes que nos acompañaron con dedicación y nos nutrieron de saberes. Valoramos profundamente haber recibido una educación pública, gratuita y de calidad, que hizo posible este camino y nos permitió crecer tanto en lo personal como en lo profesional.

Una mención especial para nuestra directora, Rocio Fatyass y codirectora, Maria Francis, su dedicación docente y acompañamiento constante fueron un verdadero sostén durante todo este proceso. Sus perspectivas, interrogantes y devoluciones enriquecieron este trabajo final de grado.

A las mujeres de la localidad de Morrison que aceptaron compartir sus historias, sus tiempos y sus afectos, sin su confianza este trabajo no existiría. Gracias por abrirnos las puertas de sus hogares y de sus memorias.

Agradecimientos de Narella

A mamá, papá y mi hermana, por ser sostén y apoyo incondicional en este trayecto formativo, por creer en mí en todo momento.

A mis abuelos que hoy me acompañan desde otro lugar, Teresa y Juan, quiénes me vieron comenzar este camino y fueron impulso para seguir

A mis facuamigas, gracias por el tiempo compartido. A mis amigas de toda la vida y a las que aparecieron en el camino, gracias por impulsarme y confiar en mí.

Por último, pero no menos importante, un agradecimiento especial para mi compañera de tesis, compañera que se convirtió en amiga. Sin tu compañía esto no hubiera sido igual, el apoyo mutuo fue sostén fundamental para llegar hasta acá, gracias compañera, amiga y ahora colega.

Agradecimientos de Victoria

Un profundo agradecimiento a mamá y papá por su apoyo incondicional, ellos me dieron alas para volar. Gracias por los gestos y afectos cotidianos: por el mate a deshora de mamá que decía “seguí, yo estoy acá” en esas noches largas de estudio, por su abrazo que siempre trasciende todo. Y a papá, por sus palabras que ordenaban mis miedos, por recordarme que yo podía y por confiar siempre en mí. Este logro se sostiene también en ustedes, les pertenece tanto como a mí.

A mi abuela, por esas caminatas que me ayudaban a desconectar la mente cuando sentía que todo era demasiado, por sus rezos antes de cada instancia evaluativa y por estar siempre que la necesitaba. A mi abuelo, que siempre quiso escuchar lo que tenía para decir y me miraba con orgullo cuando problematizaba la realidad sociológicamente.

A mis seres queridos que ya no están... Nico, gracias, en este recorrido sentí tu compañía como una especie de abrazo que no se ve, pero sostiene. Hubiera querido que estuvieras acá para vivirlo conmigo, aunque sé que no me faltó tu luz en ningún tramo y que estarás presente de alguna manera. Esto es por los dos.

A mis compañeros y compañeras, con quienes compartimos espacios, diálogos, mates y risas, y especialmente a aquellos que, con el tiempo, se convirtieron en amigos.

Gracias a mi compañera de tesis, mi amiga y colega. Hiciste que este proyecto fuera algo más llevadero y menos solitario. Estuvimos ahí en los días estresantes, en las dudas, en los silencios, y también en las risas que nos devolvían la motivación. Atesoro haber compartido esta experiencia con vos. Lo logramos, juntas.

Finalmente, agradezco a quienes, de distintas maneras, estuvieron presentes durante este proceso, recordándome que este logro también es un acto colectivo. Cada uno dejó una huella en mi trayecto académico, y mi gratitud es infinita.

PD: No puedo dejar de mencionar a mis cantantes favoritos. Su música fue compañía en los días largos, en los viajes agotadores en Coata y en esos momentos en los que sentía que no podía más. Entre un *"we'll be alright"* y un *"take the moment and taste it, you've got no reason to be afraid"*, encontré un respiro y la inspiración que necesitaba; el mundo se volvía un poco menos hostil.

ÍNDICE

Introducción.....	9
Capítulo I: Marco teórico	13
1. Aprendiendo a ser mujer: Habitus, pasado y presente.....	13
1.1 Acercamiento a las prácticas de género cómo construcción social: <i>Esquemas tipificadores</i>	16
1.2 Emociones, sensibilidades y percepciones.....	17
1.3 Entendiendo al género: performatividad e identidad.	18
1.4 Análisis interseccional y narrativas como perspectiva teórico—metodológica.....	21
Estrategia Metodológica	24
Unidad de análisis y observación	27
Sociología de lo visual y técnicas cualitativas.....	28
Capítulo II: Ser mujer en Morrison.....	31
2.1 El pueblo como espacio físico y social.....	31
2.2 Cartografía de los barrios Norte y Sur: Una mirada de Morrison.....	34
2.3 Caracterizando la muestra.....	41
Capítulo III: Presencia actuante de todo pasado: explorando las infancias .	57
3.1 Heredando Roles: La feminización de las Tareas Domésticas.....	58
Trayectorias generacionales.....	62
3.2 El modelo familiar y la centralidad masculina en la toma de decisiones.....	65
3.3 Narrativas en torno a sentires, afectos y emociones en memorias femeninas.	70
3.4 El aula como escenario performativo: cuerpos, género y aprendizajes.....	73
Capítulo IV: Vivenciar la identidad <i>cis</i>.....	78
4.1 La perspectiva femenina sobre el autocuidado en su vida cotidiana.....	78
4.2 Maternidad(es): relatos, tensiones y resignificaciones	83
Repositorio narrativo: Voces nativas de Morrison.....	88
Pedagogías afectivas del género: ¿Aprendiendo a guardar las apariencias?	88
Condiciones estructurales y narrativas femeninas sobre el mundo laboral en Morrison.....	93
Capítulo V: Reflexiones finales: Haciendo visible lo invisible	97
BIBLIOGRAFÍA	103
ANEXOS	110
Anexo A - Encuesta de recopilación de datos.....	110



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA
INSTITUTO ACADÉMICO PEDAGÓGICO
DE CIENCIAS SOCIALES**

Anexo B - Guión de entrevista semi-estructurada..... 114

UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA

INSTITUTO ACADÉMICO PEDAGÓGICO DE CIENCIAS SOCIALES

"...Vine a explorar el naufragio.
Las palabras son propósitos.
Las palabras son mapas.
He venido a ver el daño que se hizo
y los tesoros que se han conservado.
Deslizo el haz de luz de mi lámpara
lentamente por el flanco
de algo más permanente
que peces o algas..."

(Rich, 2013, p. 6)

Introducción¹

En el presente trabajo final de grado nos proponemos analizar cómo un grupo de mujeres *cisgénero*² de la localidad de Morrison (provincia de Córdoba) percibe, reflexiona y (re)significa los roles de género en su vida cotidiana. A través de sus *narrativas*, buscamos identificar los procesos mediante los cuales prácticas y percepciones son interiorizadas, incorporadas, cuestionadas o transformadas, partiendo de una lectura crítica que articula experiencias situadas, estructuras sociales y afectividades.

La inquietud que origina este trabajo nace de nuestras propias trayectorias como mujeres provenientes de pueblos pequeños, atravesadas por normas, mandatos y silencios que desde la infancia delinearon el “deber ser” femenino. En ese sentido, nos preguntamos ¿Que implica habitar un pueblo siendo mujer? ¿Cómo se construyen las subjetividades de género en contextos donde lo comunitario, familiar y lo social se entrelazan con fuerza en la reproducción simbólica y material de las relaciones? De este modo, pretendemos problematizar los sentidos que configuran estas construcciones en la localidad de Morrison, atendiendo a su expresión en el campo de las emociones, percepciones y sensibilidades.

Desde una metodología cualitativa, sincrónica, diacrónica e interseccional nos centramos en las narrativas de mujeres cis de entre 18 y 70 años o más pertenecientes a diferentes sectores sociales de los barrios Norte y Sur de Morrison. Este enfoque nos permite explorar cómo las condiciones materiales de existencia, las diferencias generacionales y las diversas trayectorias configuran modos particulares de percibir y vivir la identidad de género.

Además, nos interesa comprender cómo operan emociones como el miedo, la vergüenza, la culpa, el orgullo o la felicidad en la reproducción y disputa de los estereotipos socialmente asignados a las mujeres. En otras palabras, cómo los cuerpos y afectos devienen “archivos” de una historia social que se actualiza en cada gesto, en cada palabra, decisión, y en cada silencio.

¹ El formato del presente trabajo final de grado se rige por normas APA 7ma edición.

² *Cis* refiere al prefijo que significa “del mismo lado”. Supone que todas las personas se identifican con el mismo género que les fue asignado al nacer. Capacitaciones en Ley Micaela. Módulo 1: Género y Sexualidades. Equipo Programa de Género y Sexualidades. 1 ed. Villa María: UNVM, 2022.

Partimos del supuesto de que las adscripciones de género asociadas a la identidad cis femenina son construcciones históricas y sociales que se inscriben en los cuerpos mediante prácticas, discursos y afectos, y que, en contextos como Morrison, adquieren formas específicas mediadas por las condiciones objetivas y subjetivas, es decir, por el tamaño del territorio, las relaciones comunitarias y la estructura desigual de acceso a recursos y derechos.

De esta manera, proponemos una lectura situada de las trayectorias femeninas, interrogando los procesos de socialización que han moldeado sus vivencias desde la infancia hasta la adultez, al tiempo que recuperamos saberes que portan y producen desde sus propias experiencias, a partir de sus aprendizajes, moralidades y expectativas socialmente hegemónicas —y discutidas— sobre “ser mujer”.

El espacio geográfico a estudiar es, como anticipamos, la localidad de Morrison, ubicada en el Sur de la provincia de Córdoba, dentro del departamento Unión. La delimitación territorial en los barrios Norte y Sur, nos permitirá recuperar relatos de mujeres que habitan diversos sectores de la localidad y pertenecen a diferentes grupos sociales.³ Creemos que este trabajo puede aportar a los estudios de género en localidades pequeñas, un campo de discusión todavía poco explorado en investigaciones de la zona.

Nos guían algunas preguntas centrales: ¿Qué huellas deja la infancia en la construcción de la identidad femenina? ¿Qué tensiones o resistencias emergen en relación al “deber ser mujer” en una ciudad pequeña? ¿Qué emociones han moldeado ese proceso?, entre otros disparadores.

A fin de enriquecer el análisis cualitativo, incorporamos, principalmente, herramientas bourdianas (1998) como el capital social, económico y cultural (composición de la estructura y el volumen de capital), entendidos no como determinantes absolutos, sino como condicionantes que estructuran las disposiciones de actuar, pensar y sentir de estas

³ Esta delimitación se realiza a partir de una entrevista a informantes claves representados por trabajadores municipales de Morrison, quienes comentaron que en la localidad no existen barrios formalmente establecidos, sino que se utiliza la división ferroviaria la cual separa barrio “Norte” y “Sur”.

A la par, destacamos que en el sentido común dominante del pueblo esta división espacial coincide con cierta diferenciación entre clases sociales, supuesto que problematizaremos en este trabajo.

mujeres. Además, incluimos aportes desde teóricas feministas para abordar formas de socialización femenina y afectividades.

En definitiva, en la presente investigación percibimos al género como una construcción compleja y un proceso social (Williams, 2009), con especificidad temporal, espacial y con una marcada heterogeneidad. Por ello, optamos por el enfoque de narrativas que entrelazan tiempos y memorias, haciendo visibles las trayectorias de las mujeres que, desde contextos atravesados por desigualdades, han sostenido modos de existir, cuidar y resistir que desafían — o no — la lógica normativa establecida.

El presente trabajo se organiza en cinco capítulos, además de la introducción y las reflexiones finales. En el capítulo I presentamos el marco teórico, donde recuperamos y articulamos las principales categorías conceptuales de autores y autoras de referencia, como Bourdieu, Butler, Berger y Luckmann, entre otros, que permiten situar el análisis de las prácticas y percepciones e identidades de género en clave interseccional y narrativa. El capítulo II se centra en la caracterización del caso de estudio, profundizamos en el espacio físico y social de la localidad de Morrison y en las condiciones materiales de existencia de las mujeres participantes, a partir del análisis de capitales económicos, sociales y culturales. En el capítulo III, abordamos las infancias de las entrevistadas, para eso recuperamos las memorias y prácticas de socialización que incidieron en la temprana construcción de disposiciones de género, con especial atención en la feminización del trabajo doméstico y de cuidado. El capítulo IV se orienta al análisis de las experiencias actuales de las mujeres en torno a la vivencia de la identidad cis, poniendo en tensión continuidades y resignificaciones respecto de los mandatos culturales y afectivos. Incluimos además un apartado con temas emergentes para continuar explorando en futuros trabajos, a modo de *repositorio narrativo* recuperando narrativas vinculadas al problema de investigación. Finalmente, en el capítulo V, exponemos las reflexiones finales que integran los principales hallazgos y aportes del estudio, con el propósito de hacer visible lo invisible en las narrativas de género en contextos locales.

PROBLEMA

¿Qué percepciones sobre disposiciones, prácticas e identidades de género producen y reproducen las *narrativas* de un grupo de mujeres *cisgénero* de diferentes edades y clases sociales en la localidad de Morrison?

OBJETIVOS DEL TRABAJO

OBJETIVO GENERAL

Recuperar e interpretar las formas de percepción y pensamiento en torno a las prácticas de género vinculadas a las identidades de mujeres cis, mediante un análisis sincrónico, diacrónico e interseccional situado en la localidad de Morrison.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Mapear y caracterizar las condiciones materiales de existencia de un grupo de mujeres que viven en los barrios Sur y Norte de Morrison.
2. Describir los procesos de socialización y la distribución de las tareas del hogar que configuraron el pasado infantil de estas mujeres, para comprender posibles repertorios de género incorporados.
3. Indagar en las perspectivas que tienen las mujeres sobre las actividades laborales y de cuidado para interpretar las tomas de posición sobre el género en su presente adulto.
4. Comparar y analizar las experiencias generizadas del grupo de mujeres de Morrison, en intersección con su posición generacional y de clase.

SUPUESTO DE ANTICIPACIÓN DE SENTIDO

En la localidad de Morrison las prácticas y percepciones asociadas a la construcción de la identidad de género *cis*, son internalizadas en el pasado, reproducidas en el presente y/o adquieren sentidos diferentes y ambivalentes entre mujeres *cis* de distintas generaciones y grupos sociales, las cuales pueden ser resignificadas y cuestionadas.

Capítulo I: Marco teórico

MARCO TEÓRICO

El presente TFG conecta diferentes categorías teóricas que conforman nuestros recursos como investigadoras para comprender el problema de estudio. De este modo, nuestros dos clivajes teóricos principales son las *prácticas y disposiciones de género* vinculadas a la construcción de la *identidad de género cis* y al estudio de las narrativas acerca de las *formas de percibir y pensar* el mundo.

Para trabajar tales dimensiones, dividimos el marco teórico en tres ejes desde los cuales nos posicionamos; yendo desde lo más general a lo particular y específico. En primer lugar, la teoría de Pierre Bourdieu nos proporciona un marco de análisis, recuperando una categoría central: *habitus*, que encarna las formas de percibir y actuar de los agentes, como también sus disposiciones afectivas y emocionales. Por añadidura, traemos a colación categorías de la autora Sara Ahmed que se posiciona desde la fenomenología queer, quién nos permite profundizar teóricamente en las prácticas afectivas y sensibles que configuran la vida cotidiana.

En segundo lugar, conforman nuestro enfoque conceptos de Berger y Luckmann desde el interaccionismo simbólico, como *tipificaciones y reificación*, en función de los puntos de vista y repertorios de acción de los actores, los cuales se desprenden de su propuesta teórica constructivista. Por último, profundizando en el abordaje del género y habiendo conceptualizado ideas más generales, desde la teoría feminista⁴, postulamos la tesis de la construcción social del género, donde radican las explicaciones acerca de identidad y prácticas de género.

1. Aprendiendo a ser mujer: Habitus, pasado y presente

Dado que uno de los objetivos de la esta investigación es comprender cómo se construye la identidad de género de las mujeres Morrisenses desde sus narrativas, y partiendo del supuesto de que las *prácticas de género* son aprehendidas y concebidas de forma diferente por cada mujer según su trayectoria particular y social, retomamos los conceptos de

⁴ Cabe aclarar que no trabajamos desde los feminismos neo materialistas

*habitus*⁵ y, en particular, *disposición* que se encuentra dentro del mismo. Estas categorías son planteadas por Pierre Bourdieu, en pos de entender cómo se transmiten ciertos *esquemas de percepción*, los cuales se encuentran influenciados por la posición social de los agentes, quienes lo van a utilizar —reflexiva y disposicionalmente— para interpretar el mundo: “El *habitus* como sistema de *disposiciones* constituye una estructura que integra todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como una matriz de apreciaciones y de acciones” (Bourdieu, 1998, como se citó en Capdevielle, 2011 p. 35).

De este modo, entendemos a través de dichos conceptos que la disposición a actuar de cada mujer está determinada por las prácticas individuales y colectivas producidas por el *habitus*, en función de su posición en el espacio social, asegurando así la presencia activa de las experiencias pasadas. Por tal motivo, ambos términos son importantes para nuestra investigación, precisamente porque pretendemos recuperar el pasado infantil de cada mujer y la implicancia que tiene el mismo en el relato presente sobre su identidad de género⁶. Por tanto, recuperando al *habitus* como generador de prácticas individuales y colectivas en tanto esquema de significados compartidos, buscamos comprender cómo se internalizan los esquemas de percepción que reúnen las *formas de percibir y pensar* sobre las prácticas y disposiciones de género de diferentes mujeres de la localidad de Morrison.

Esto también es pertinente en cuanto al análisis *interseccional* de la investigación, como menciona Bourdieu (1998) las *formas de percibir y pensar* son configuradas por la situación socioeconómica y cultural de cada sujeto, es decir, son de acuerdo a su posición social, lo cual engloba sus adscripciones de clase, género y generación, entre otras. De esta forma, analizamos cómo se construye la percepción del mundo en torno a las prácticas y disposiciones de género, a partir de la transmisión de la familia, el grupo de pares y las instituciones escolares, académicas, religiosas, etc, ya que;

Es el *habitus* el que asegura la presencia activa de las experiencias pasadas que, registradas en cada organismo bajo la forma de esquemas de percepción, de pensamientos

⁵ Si bien el *habitus* permite abordar la historia social hecha cuerpo, en esta investigación, sólo nos centramos en la dimensión de las formas de percibir y pensar que el concepto incluye.

⁶ Entendemos desde Butler, identidad como un “hacer” y no como esencia. Profundizado en la siguiente sección.

y de acción, tienden, con más seguridad que todas las reglas formales y todas las normas explícitas, a garantizar la conformidad de las prácticas y su constancia a través del tiempo.

(Bourdieu, 2007, p. 88—89)

El *habitus* mantiene vivo el pasado en el presente, en palabras exactas de Bourdieu, es la "presencia actuante de todo pasado" (2007 [1980]; p. 91–92), por lo que la experiencia de cada mujer se transmitirá a las futuras generaciones de forma similar a como la vivieron en su época. No obstante, dicha transmisión no es estática, ya que las transformaciones del contexto y tiempo social pueden modificar su manera de percibir y reflexionar sobre las prácticas y disposiciones de género. En este sentido, consideramos interesante indagar no sólo la percepción que tienen las mujeres sobre prácticas de género y cómo las han internalizado, desde su *habitus* primario,⁷ sino también, la perspectiva que han adquirido mediante la socialización, es decir, desde sus vínculos con otros.

Este enfoque se complementa con la teoría de narrativas, desarrollada por Maynes (2008), quien sostiene que las *narrativas* personales reflejan históricamente "cómo los individuos elaboran estrategias y actúan, no solos, sino siempre integrados en las relaciones sociales, en las instituciones y en la historia" (Maynes⁸, 2008, p.119). En este sentido, al ser relatos de experiencias vividas, las narrativas cristalizan la expresión del *habitus*, que incorpora disposiciones y esquemas de percepción internalizados. Como señalan Fatyass, Iriarte y Remondetti "...la experiencia es el proceso social vivido que se inscribe como *narrativa* y como *cuerpo*" (2016, p.5).

Como mencionamos, la categoría de *habitus* remite a una historia social que se encuentra inscrita en los propios cuerpos generando prácticas cotidianas y formas de percibir el mundo. Desde este enfoque comprendemos los puntos de vista de las mujeres en torno a las prácticas de género, entendiendo que tendrán en función de ellas ciertas *disposiciones* a actuar más de una manera que de otra, lo que no inhabilita las posibilidades de cambio en un tiempo presente.

Desde esta herramienta teórico—metodológica analizamos las trayectorias y las posiciones generacionales y enclasadadas de las mujeres, las cuales moldean emociones y

⁷ Bourdieu, P. (1997). *Meditaciones Pascalianas*. Anagrama, Editorial S.A.

⁸ La traducción nos pertenece.

vivencias. Dicho enfoque resulta clave para el análisis diacrónico y sincrónico, así como para conservar una perspectiva comparativa y relacional.

1.1 Acercamiento a las prácticas de género cómo construcción social: *Esquemas tipificadores.*

Recuperamos la perspectiva de Berger y Luckman para profundizar la idea del género como construcción social. Es decir, cómo las mujeres son producto y productoras de la propia sociedad de la que forman parte, porque, en definitiva, la realidad implica un mundo ordenado mediante significados y prácticas compartidas socialmente. De tal manera, la misma sociedad “produce” a las mujeres a través de las instituciones tales como la escuela, la familia, la socialización con otros, los sistemas de valores, las reglas morales, entre otras. A su vez, éstas producen a la sociedad, desde sus propios puntos de vista, prácticas y formas de transmisión de lo aprehendido, las cuales son heterogéneas y ambivalentes en cada mujer de acuerdo a sus adscripciones y recorridos en el espacio social.

En tal sentido, la categoría de *tipificaciones* resulta clave para comprender cómo se construyen y reproducen las definiciones de hombre o mujer, en tanto orientan las formas de interactuar con otras personas en la vida social. Como señalan Berger y Luckmann (2012) los “*esquemas tipificadores* entran en negociación continua cuando se trata de una situación cara a cara” (p. 47) y son naturalizados debido a un proceso de *objetivación, reificación y legitimación*. De este modo, configuran un mundo social objetivado que puede transmitirse a las nuevas generaciones a través de un lenguaje compartido, el cual sostiene la interacción cotidiana y posibilita la reproducción social. Así, los individuos socializan a quienes llegan — particularmente niños y niñas — conforme a creencias, normas y prácticas establecidas. En nuestro análisis esto se evidencia en cómo las mujeres narran y califican sus propias experiencias en relación al “ser mujer” en la sociedad, experiencias que se estructuran a partir de estos *esquemas tipificadores*, que, en términos Bourdianos, pueden entenderse como principios de visión y/o *esquemas de clasificación*, incorporados desde la infancia, tanto en la familia como en las instituciones.

Análogamente, la *objetivación* tiene implicancias directas en la manera en que las prácticas de género se establecen, legitiman y sostienen en una sociedad. Las expectativas y normas de género, al objetivarse, pasan a ser percibidas como naturales o inmutables, cuando en realidad son construcciones sociales que varían históricamente y en distintos

contextos culturales. De este modo, el género se configura como el resultado de un proceso de construcción social mediante el cual se producen y reproducen los valores, expectativas y jerarquías que cada cultura atribuye a hombres y mujeres. Desde la perspectiva bourdiana, este proceso puede pensarse como efecto de la *dominación masculina*, que actúa como orden estructurante y define posiciones diferenciadas en función del género.

Así, hombres y mujeres tienden a exhibir la identidad que les ha sido asignada bajo esa etiqueta, internalizando las disposiciones asociadas a ella. Como plantean Berger y Luckmann (2012) al desempeñar tales prácticas “los individuos participan en el mundo social y al internalizarlos, cobra sentido para ellos socialmente” (P.47). De esta manera, los modos de conducta tipificados, se reifican en las instituciones y en los procesos de socialización, presentándose como inevitables para quienes lo incorporan. Precisamente, uno de los aportes de este TFG es mostrar cómo estas identidades, aparentemente fijas, son interpeladas, negociadas, y en ocasiones cuestionadas en las experiencias narradas por mujeres de Morrison.

1.2 Emociones, sensibilidades y percepciones

Para adentrarnos en la dimensión de lo social en lo sensible, incorporamos la sociología de las emociones en pos de analizar la emocionalidad que se inscribe en las prácticas cotidianas de las mujeres y cómo estas sensibilidades configuran y transforman las construcciones de género.

El título que designamos al TFG, así como uno de los interrogantes que surgieron como motor de la investigación, nacen de la reflexión acerca de lo que implica *habitar* una localidad pequeña siendo mujer. Según Heidegger, en Mascaró (2011) el término *habitar* refiere al modo en que el ser humano experimenta lo cotidiano, a través del cual accedemos al *dasein* (Ser—ahí). Recuperamos esta noción para comprender cómo las mujeres de Morrison se reconocen — o no — como parte de esta localidad y construyen un sentido de pertenencia en los barrios que habitan.

El habitar se conecta con los cuerpos/emociones, y a su vez, el espacio vivido se experimenta a través de los cuerpos, que sienten, perciben y significan el mundo en función de su habitus. Además, habitar no sólo implica una apropiación simbólica y material del

espacio, es decir que habitamos un lugar físicamente, sino que también lo vivimos emocionalmente, mediante nuestras memorias, sentimientos y prácticas cotidianas.

En suma, Sara Ahmed (2019), en su libro *La promesa de la felicidad* pone énfasis sobre el carácter social de las emociones, es decir, que se adhieren en los cuerpos y cobran significado en el transcurso de su circulación pública, puesto que, la emoción que se manifiesta sobre determinados objetos y las reacciones emocionales frente a ciertas personas, tienen lugar porque los mismos vienen cargados de historias, signos o imágenes que generan tal reacción y que hacen que se les atribuya un valor afectivo. Por lo tanto, la teoría propuesta por esta autora nos permite leer las emociones en su dimensión narrativa:

La emoción es un tipo de relación, una forma de contacto narrativamente mediada, aunque la reacción emocional se produzca físicamente y de manera aparentemente instintiva. Un objeto o un sujeto se vuelve temible, odioso, repugnante, feliz o digno de amor en gran medida por las historias que se le han quedado pegadas.

(García, A. 2023, p.199)

Las emociones, por tanto, se constituyen a través de la interacción entre los individuos, sus cuerpos y el entorno. Es importante para nuestro trabajo, tener presente que las emociones no le pertenecen a nadie y no están presentes en las cosas o en la gente, por el contrario, se encuentran inmersas entre las múltiples relaciones que sostienen las mujeres.

1.3 Entendiendo al género: performatividad e identidad.

Hablar de género, “significa *desnaturalizar esencialidades* atribuidas a las personas en función del sexo anatómico” (Fernández García, 2006, p. 1). En la teoría feminista existe una amplia red de conceptos que se fueron configurando desde la gran precursora Simone de Beauvoir, empezando por desmitificar al género y la subordinación de las mujeres como una cuestión que deviene “natural”.

El lente feminista desde el cual nos posicionamos se fundamenta a partir de la teoría pos—estructuralista de Judith Butler (2007), acerca de la performatividad de género. Esta deconstruye la dicotomía entre sexo y género conocida como sistema de sexo/género, al sostener que no hay una distinción esencial en los mismos; más bien, ambos conforman un continuo. Es decir, el sexo también es una construcción social, y, por lo tanto, “ha sido

género todo el tiempo”. Por ende, la performatividad del género, deviene en diferentes formas, ya sea, enunciados, sistemas jurídicos, normas, valores morales, que se imponen y regulan las prácticas que producen la realidad que describen.⁹

“De esta forma, el género y el sexo son actuaciones, actos performativos, que son modalidades del discurso autoritario; tal performatividad alude en el mismo sentido al poder del discurso para realizar (producir) aquello que enuncia, y por lo tanto permite reflexionar acerca de cómo el poder hegemónico heterocentrado actúa como discurso creador de realidades socioculturales.”

(Duque, 2010, p.87)

La performatividad comienza antes del nacimiento, desde que somos y se nos designa arbitrariamente un sexo. A partir de allí, las tecnologías de género¹⁰ operan para que incorporemos de manera reiterada “actos performativos” según el sexo que nos han asignado. De este modo, el sexo es algo normativo: cuando el médico designa a un bebé como niño o niña, es cuando comienza un proceso de masculinización o feminización que responde a la exigencia de encajar en una norma y ser considerado un sujeto “aceptable”. Estos actos performativos construyen identidades dentro de una realidad socialmente regulada.

Los sujetos se encuentran construyendo su identidad constantemente, al respecto Butler afirma que el cuerpo constituye una superficie sobre la cual el género se inscribe como un acto cultural. Así, existir en el cuerpo se convierte en una forma de acatar, asumir e interpretar las normas de género impuestas socialmente. La identidad no es un todo fijo, esencial o inflexible, sino que es un proceso continuo, es un hacer y un actuar. Sin embargo, estas prácticas se encuentran delimitadas y reguladas por los roles de género.

⁹ Si bien la teoría de Butler permite comprender cómo el discurso produce al género, los feminismos biomaterialistas amplían el diálogo, al incorporar la agencia de la materia en los procesos de subjetivación. Es decir que el concepto de performatividad puede complementarse con una mirada que reconoce la materialidad del cuerpo como un elemento clave en la construcción del género. Autoras como Karen Barad (2003) proponen que el género no solo se performa discursivamente, sino que también se encuentra condicionado por la biología, la tecnología y el entorno.

¹⁰ Butler recupera a Foucault, aludiendo que “puede entenderse la performatividad del lenguaje como una tecnología; como un dispositivo de poder social y político” (Duque, 2010, p. 87). Cabe aclarar que, si bien en Butler hay una insistencia en la performatividad del discurso, sus efectos se advierten en contextos específicos.

A través de la repetición de los actos performativos, las disposiciones de género se refuerzan hasta convertirse en una norma.

Para profundizar en la categoría de género, Lamas, apoyándose en la teoría de Butler y Bourdieu, lo define como “una especie de *filtro* cultural con el que interpretamos al mundo” (Lamas, 1994, p. 51), al que se ajustan las decisiones y oportunidades de las personas, dependiendo de su corporeidad femenina o masculina. La eficacia de este sistema radica en su capacidad para interpelar a los sujetos mediante el lenguaje y los procesos de significación, de modo que “todas las sociedades clasifican qué es ‘lo propio’ de las mujeres y ‘lo propio’ de los hombres, y desde esas ‘ideas culturales’ se establecen las obligaciones sociales y ‘prohibiciones simbólicas’”.

En conexión con Bourdieu, la dominación de género no se sostiene necesariamente por la fuerza física, sino mediante mecanismos simbólicos y estructurales que reproducen la desigualdad. En su obra sobre *La dominación masculina*, afirma:

Las divisiones constitutivas del orden social y, más exactamente, las relaciones sociales de dominación y de explotación instituidas entre los sexos se inscriben así, de modo progresivo, en dos clases de hábitos diferentes, bajo la forma de *hexis* corporales opuestos y complementarios de principios de visión y de división que conducen a clasificar todas las cosas del mundo y todas las prácticas según unas distinciones reducibles a la oposición entre lo masculino y lo femenino.

(Bourdieu, 2000, p. 25)

Estas relaciones de dominación son reproducidas de manera eficaz a través de la internalización de las normas de género, lo que lleva a que las mujeres participen en la reproducción del orden patriarcal como si este fuera natural. La simbolización cultural de la diferencia anatómica toma forma en un conjunto de prácticas, ideas y discursos que influyen y condicionan la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función de su sexo (Lamas, 1994).

Estas imposiciones culturales implican que el género asigna espacios de desempeño de roles, tareas asignadas a ellos, deseos que nacen de las relaciones de poder,

derechos, obligaciones y también prestigios vinculados a las jerarquías de género y aquellas que se producen relacionándose con ellas (clase, etnia, etc.)¹¹

(Amar Díaz, 2012)

En este sentido, en este TFG nos centramos en los mandatos culturales que configuran determinado “deber ser” adheridos a la idea de lo femenino o a las prácticas específicas de las mujeres, considerando cómo influyen variables como la generación y la clase.

A su vez, recuperamos a Williams para entender que lo cultural es un proceso social que se crea y desarrolla en función de factores sociales, económicos y políticos. De tal modo, la cultura no es un producto terminado, sino que envuelve un conjunto de prácticas y significados sujetos al cambio. En estos términos, consideramos al género como construcción social—histórica y en términos de Williams (2009) como un proceso social vivido. En coincidencia, Lagarde (1996), entiende que el género es un proceso social, con especificidad temporal y espacial, con heterogeneidades (según Williams), por lo cual la construcción de la masculinidad y feminidad tendrá modos diversos de expresión o significación—según contextos históricos, geográficos y sociales diferentes—. En definitiva, las prácticas de género se crean, redefinen y reinterpretan constantemente en la sociedad, por lo cual uno de los intereses de la investigación es indagar sobre esos cuestionamientos y resignificaciones centrándonos en lo local.

1.4 Análisis interseccional y narrativas como perspectiva teórico—metodológica

De manera complementaria, es pertinente aclarar que en el presente TFG abordamos las narrativas de mujeres *cisgénero* y la construcción de su identidad “femenina”, desarrollando un análisis *interseccional* según sus adscripciones de clase, género y generación. La interseccionalidad nos permite articular la dimensión de clase que abordamos desde Bourdieu y la dimensión de género que plantea Butler, centrándonos en los discursos intergeneracionales de las entrevistadas.

¹¹Mauricio Amar Díaz. (2012). El género: conceptos, definiciones y medios de integración. En la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Departamento de Estudios, Extensión y Publicaciones BCN.

En este sentido, dado que no existe un punto de vista homogéneo de “la mujer”, ni de sus experiencias;

La *interseccionalidad*, como recurso analítico, trata de comprender la relación entre diversas categorías socioculturales de diferenciación y las identidades. Esta aproximación teórica, permite problematizar y hacer consciente la complejidad de la categorización, así como las relaciones de poder que atraviesan al sujeto.

(Knudsen, 2005, como se citó en García Alcaraz, 2016, p.7)

Es relevante destacar el origen de la perspectiva teórica interseccional, formulada en los ochenta por la abogada y docente Crenshaw (1991), para visibilizar cómo el género y raza interactúan y generan experiencias múltiples. Crenshaw subraya que las categorías sociales, como género o clase, no solo son construcciones sociales interrelacionadas, sino que funcionan como “organizadores sociales” y fuentes estructurales de desigualdad. Además, “estas categorías no corresponden a una sumatoria de opresiones en la vida de un sujeto, sino que estas desigualdades actúan de manera múltiple, variada y recíproca” (Platero, 2012, como se citó en Parra, F., & Busquier, L. 2022, p.29)

Desde enfoques feministas críticos, la perspectiva interseccional se complejiza aún más. Ochy Curiel (2013) introduce la noción de *antropología de la dominación*, que expone cómo ciertos grupos son definidos como “otros” u “otras”, a través de estrategias, discursos y prácticas de poder. Esta mirada, parafraseando a Mendia, Legarreta, Guzmán, Zirion, Carballo. (2015), además de interpelar las relaciones sociales desde la interseccionalidad, implica un análisis crítico, integral y situado de nuestras propias prácticas de producción de conocimiento, de las teorías que utilizamos, legitimamos y de los propósitos que estas persiguen (p.56).

A partir de la propuesta teórica—metodológica de la interseccionalidad intentamos no caer en reduccionismos, mantener una mirada crítica, alejándonos de paradigmas eurocéntricos que pueden condicionar el análisis. En este sentido, posicionarse desde la óptica *interseccional*, trata de “fijarse en aquellas manifestaciones e identidades que son determinantes en cada contexto y en cómo son encarnadas por los sujetos para darles un significado que es temporal” (Platero 2012, como se citó en Azkue, Luxán, Legarreta, Guzmán, Zirion, Carballo, 2015, p. 81).

Así, el paradigma *interseccional*, en combinación con el análisis de *narrativas*, resultan clave para abordar la identidad personal, ya que cada experiencia vivida es singular, aunque siempre situada y atravesada por estructuras de clase, género y generación. La construcción de una identidad personal se configura estrechamente con el discurso, por ello resulta esencial recuperar las narrativas de las mujeres: "... Es por medio del relato que el sujeto puede interpretar lo que es, crear una representación del yo y de los otros, y, al mismo tiempo, ser capaz de comunicarla" (Iñiguez, 2001, en García Alcaraz, 2016).

En definitiva, la identidad, construida a través del discurso y situada en un contexto específico, está conformada por valoraciones personales, creencias, formas de ver y percibir el mundo, moldeadas en interacción con el otro/a. De esta forma, las narrativas permiten articular la identidad con la dimensión temporal, un aspecto clave para nuestro análisis comprensivo, entre generaciones, clase social y género.

En resumen...

A modo de recapitulación, y considerando los tres clivajes teóricos que sustentan nuestra perspectiva, partimos del enfoque bourdiano para recuperar la noción de dominación masculina y el concepto de *habitus* como principio generador de esquemas de percepción, pensamiento y acción. En diálogo con ello, retomamos a Berger y Luckmann para pensar la realidad como una construcción social, lo que nos permite situar al género como un producto cultural e histórico que organiza la vida cotidiana. Finalmente, apoyándonos en autoras feministas como Butler y Lamas, incorporamos una mirada pos constructivista que abre la posibilidad de problematizar cómo se configuran las identidades y los cuerpos feminizados en contextos concretos.

Además, retomamos los aportes de la sociología de las emociones y de Sara Ahmed, quien nos invita a comprender que las emociones no son estados privados, sino fuerzas sociales que circulan, orientan y organizan los vínculos. Esta perspectiva resulta clave para entender cómo el género no solo se reproduce en normas o mandatos explícitos, sino también en sensibilidades, afectos y disposiciones que se inscriben en los cuerpos y en la vida cotidiana.

En otras palabras, entendemos que la realidad social se construye, pero no de manera lineal ni uniforme: desde Bourdieu reconocemos que dicha construcción se interpreta e

internaliza según la posición social de los agentes; mientras que desde Butler se visibiliza cómo la performatividad del género se pone en tensión entre agencia individual y normas sociales que actúan como estructura. Y con Ahmed, inferimos cómo las emociones funcionan como tecnologías de género que orientan lo que se espera sentir, desear o rechazar. Así, los aportes de estas miradas nos permiten abordar el género como una trama relacional, encarnada y situada, que se actualiza y resignifica en las experiencias de las mujeres de Morrison.

ESQUEMA DE TRABAJO Y/O METODOLOGÍA:

Estrategia Metodológica

Nuestro diseño de investigación es fundamentalmente comprensivo y cualitativo, no obstante, integramos herramientas metodológicas cuantitativas para realizar una caracterización estructural del objeto de estudio. Además, el trabajo presenta un carácter diacrónico y sincrónico, relacional y comparativo, lo cual posibilita explorar tanto cambios como continuidades en las narrativas sobre prácticas de género.

La dimensión diacrónica nos permite observar los relatos de las mujeres en relación con sus trayectorias de vida, reconociendo cómo ciertas experiencias de la infancia y la juventud se articulan con los significados que hoy producen sobre sus prácticas de género, vínculos e identidades. Este enfoque temporal abre la posibilidad de identificar cambios, resignificaciones y continuidades que atraviesan sus biografías, iluminando el modo en que los mandatos de género se incorporan, se cuestionan o se transforman en el tiempo.

De manera complementaria, la dimensión sincrónica nos permite situar esas narrativas en el entramado actual del pueblo, atendiendo a cómo las mujeres, desde distintas posiciones de clase, generaciones y territorios, experimentan el presente de manera simultánea pero heterogénea. El análisis comparativo nos permite ponderar los clivajes de clase y generación, reconociendo la diversidad de experiencias, los puntos de tensión, negociación y como se configura la construcción de su identidad de género *cis* en un contexto situado como Morrison.

En este marco, combinamos herramientas teóricas y metodológicas como la interseccionalidad y narrativas, lo que nos permitió articular de manera situada las dimensiones de género, clase y generación. El enfoque se centra en recuperar, a través de las narrativas de la infancia, memorias del pasado, y en paralelo, indagar en los significados que las mujeres producen en su presente adulto sobre las prácticas e identidad de género asociados a la idea de ser mujer.

En clave metodológica, las narrativas, constituyen “una historia que les permite a las personas dar sentido a sus vidas” (Ministerio de Educación Nacional, 2012, p.16, citado en Cardona y Salgado; 2015). En tanto las personas conectan pasado, presente y futuro en un relato que no siempre es ordenado ni auto explicativo, pero que resignifica los acontecimientos vividos. Narrar implica expresar lo social en palabras, manifestando emociones y experiencias, que configuran un horizonte de sentido. En nuestra investigación entendemos que esa historia construida es heterogénea, pues el modo en que las mujeres piensan, sienten, y hacen puede ser diverso e incluso estar en disputa.

Por lo tanto, la narración “no es sólo una reconstrucción de los hechos y las vivencias, sino una producción que crea un sentido de lo que es verdad para los sujetos” (Campos, Biot, Armenia, Centellas y Antelo, 2011). Además, es destacable que las narraciones permiten incluir pluralidades, recuperando distintas voces en un mismo relato y conectando el presente, el pasado y el futuro.

En esta línea, Arfuch (2010) afirma que recuperar el presente narrativo implica retomar un “valor memorial” de los hechos vividos, dado que el pasado se resignifica a través de su carga simbólica en la experiencia individual de las mujeres. Ricoeur y Carr (Como se citó en Acha, 2019), refuerzan que la manera en que las personas actúan se refleja en sus relatos históricos, es decir, en aquellas que los autores mencionan como *narraciones históricas*. Estas adoptan un formato temporal de principio–medio–fin. Esta estructura narrativa no solo organiza las vivencias, sino que otorga sentido al presente en relación con el pasado.

En consecuencia, esta forma de narración les permite a las personas contar los hechos de su propia realidad como acciones que se encuentran enlazadas.¹² En consecuencia, consideramos que esta forma de narración nos posibilita comprender e identificar el modo en que las mujeres de Morrison, constituyen su identidad de género, a partir de un análisis relacional según el grupo de edad, la clase y el género al que pertenecen.

El objetivo central, por lo tanto, es reconocer el modo en que las mujeres perciben las prácticas y disposiciones vinculadas a su identidad *cis*, ahondando en sus memorias mediante la metodología de las narrativas, que según Cardona y Salgado (2015), funciona como una *metodología del diálogo*, ya que, la realidad vivida será, en parte, relatada por las mujeres entrevistadas.

El punto de vista constructivista y cualitativo otorga una gran importancia al discurso. Desde la propuesta de Producciones Narrativas (PN) trabajamos con una perspectiva dialógica. Es decir, tomamos al lenguaje como una actividad situada contextual (Balasch & Montenegro, 2003), que se encuentra en constante construcción y reconstrucción en las diferentes interacciones de la vida cotidiana. En este marco, no solo nos interesa la producción y reproducción, sino también la resignificación y cuestionamiento que las mujeres realizan en su cotidianidad.

Tal como plantea Barad (2024), el orden del discurso no refiere solamente a conversaciones o sistemas lingüísticos, sino que incluye lo que se dice y lo que no, incluso aquello que no está permitido pensar, involucrando a su vez, prácticas y formas de percibir el mundo. Sumando a esta idea, entendemos desde Ahmed (2015) que las narrativas recuperadas se constituyen no solo como relatos, sino también como condensaciones afectivas, ya que las emociones circulan y se inscriben en los cuerpos y en las memorias (Ahmed, 2004, 2015).

¹² Cabe aclarar que, debido al carácter interseccional del trabajo, no analizaremos las narrativas de las mujeres en base al orden “principio—medio—fin” en el que relatan sus vivencias, es decir, si bien ellas ordenan sus relatos de manera más o menos lineal, nuestro trabajo genera otras interpretaciones y triangulaciones.

En concordancia, Denzin y Lincoln (2005) definen a la metodología cualitativa como “una actividad situada” que delimita al observador en el mundo. Es un conjunto de prácticas interpretativas que hacen visible lo invisible y que transforman el mundo. En sus palabras;

Para hacer inteligible la realidad, los seres humanos necesitamos recurrir a una narración de la misma, pero son a su vez las narraciones y narrativas que se entrecruzan y dialogan entre ellas las que otorgan realidad al mundo en el que vivimos

(Denzin y Lincoln, 2005, p. 65, citado en Beiras, Cantera Espinosa y Garcia, 2017, p.55).

El enlace del diseño cualitativo en conjunto con la metodología de narrativas que permea a la presente investigación y el cuerpo teórico desarrollado nos permite centrarnos en los significados que las mujeres dan a los fenómenos vividos, en función de sus experiencias, el contexto y el curso de la historia. Además, los datos son producidos y analizados en clave interpretativa y desde una dinámica heurística, que habilita redefiniciones en los supuestos de anticipación de sentido.

Unidad de análisis y observación

El nivel comprensivo de este trabajo nos habilita a “dar un sentido, o interpretar, los fenómenos de acuerdo con los significados que tienen para las personas implicadas” (Rodríguez, Gil y García, 1999, p. 32). En esta línea, la unidad de análisis de nuestra investigación está compuesta por las percepciones y significados que las mujeres cis de Morrison construyen en torno a la identidad de género asociada a la idea de “ser mujer”, tanto en su pasado infantil y su presente adulto.

Por tanto, la unidad de observación está compuesta por un grupo de mujeres *cis* de Morrison entre 19 y 70 (o más) años de edad, que habitan las zonas Sur y Norte de la localidad. La elección de este corte etario responde a un criterio comparativo, en tanto nos interesa explorar cómo las transformaciones impulsadas por el feminismo en las últimas

décadas han permeado — o no — en el sentido común y en las experiencias cotidianas de mujeres pertenecientes a diferentes generaciones y contextos sociales.¹³

Para complementar, utilizamos datos censales para contextualizar la estructura y características de la localidad, destacando, la cantidad de mujeres que viven en Morrison y los grupos de edades observables a través de estos datos, donde tuvimos en cuenta el análisis *interseccional* entre las generaciones y la posición social según su capital económico, social y cultural, basado en la ubicación territorial.

El proceso de selección de casos se desarrolló en tres fases articuladas con esta estrategia metodológica. En primer lugar, realizamos una fase exploratoria mediante encuestas breves a 25 mujeres, que nos permitió mapear la diversidad social de la localidad e identificar posibles casos para entrevistas más profundas. En segundo lugar, realizamos una selección intencional que garantizara variabilidad en las tres dimensiones analíticas centrales: territorio (Norte/Sur), clase social y generación. Finalmente, consideramos criterios de accesibilidad vinculados con la disposición de las mujeres a participar en entrevistas prolongadas, condición fundamental para el trabajo con narrativas, ya que este enfoque requiere encuentros extensos y reflexivos.

Sociología de lo visual y técnicas cualitativas

Nuestro diseño metodológico se complejiza al incorporar herramientas propias de la “sociología de lo visual” (Lisdero, 2017). En primer lugar, realizamos un mapeo a través de *Google Maps* para delimitar una muestra representativa de los barrios Sur y Norte del pueblo, construyendo así una “*mirada cenital*” del espacio. Esta perspectiva, posible

¹³ En resumen, seleccionamos a mujeres que han vivenciado en su juventud la segunda, la tercera y cuarta ola de este movimiento, es decir, mujeres entre 80—60 años (generación, 2° ola), de 50—40 años de edad (generación, 3° ola) y 30—20 años (generación, 4° ola). Son tres grupos generacionales. El primero, integrado por cinco mujeres de entre 18 y 35 años, corresponde a una generación atravesada por las transformaciones feministas recientes y los debates en torno a la diversidad sexual y de género. El segundo grupo, conformado por mujeres de entre 36 y 55 años, representa una generación de transición que vivió la reapertura democrática en los años ochenta y los cambios en los roles familiares y laborales en las décadas posteriores. Finalmente, el tercer grupo, compuesto por mujeres de entre 56 y 70 años o más, refiere a una generación socializada en contextos donde los mandatos de género tradicionales gozaban de mayor legitimidad y fuerza normativa.

gracias a la tecnología de información espacial de Google¹⁴, nos permitió “Tomar altura” y disponer de un mapa actualizado de Morrison y georreferenciar las zonas elegidas como puntos de muestreo.

De manera complementaria, desde la sociología visual, incorporamos una mirada “*al ras*” (Lisdero, 2017), mediante la toma de fotografías a nivel de suelo, que registran las condiciones materiales de existencia de los barrios que habitan las mujeres. Prestamos especial atención a las calles, viviendas, iluminación, y el entorno, como formas de comprender los espacios que enmarcan sus experiencias cotidianas. comunitario en el que se encuentran las mujeres.

Finalmente, durante los recorridos barriales y en el desarrollo del trabajo de campo, realizamos acercamientos etnográficos a través de registros en una bitácora digital, donde recuperamos relatos, comparaciones y observaciones que surgieron en las entrevistas y en la convivencia con las mujeres. Esta triangulación — mapas, encuestas, fotografías y relatos etnográficos — fortaleció nuestro análisis al situar las narrativas en un entramado territorial, social y material concreto.

Por último, el enfoque cualitativo de la investigación nos brinda una multiplicidad de técnicas. En este marco, realizamos entrevistas semiestructuradas a un grupo de 13 mujeres — docentes, amas de casa, trabajadoras de salud, emprendedoras, jubiladas y estudiantes — seleccionadas como muestra representativa de nuestra unidad de observación. Optamos por este tipo de entrevistas porque si bien parten de un guion base, habilitan la construcción de un espacio conversacional más personal, donde se entrelazan experiencias, memorias y significados. Así, logramos acceder a relatos contextualizados y situados, producto de un intercambio que no se reduce a la extracción de datos, sino que abre la posibilidad de comprender el mundo desde la perspectiva de las entrevistadas:

Las entrevistas constituyen un recurso privilegiado para acceder a la información desde la perspectiva de los actores. Captar lo que es importante en la mente de los

¹⁴ Alonso, Y. P. (2022). *Potencialidades de Google Maps en la investigación social aplicada*. https://www.academia.edu/80650122/Potencialidades_de_Google_Maps_en_la_investigaci%C3%B3n_social_aplicada

informantes: sus significados, perspectivas y definiciones; en suma, el modo en que ellos ven, clasifican y experimentan el mundo.

(Vieytes, 2004, p. 661)

Al mismo tiempo, nuestro tema de investigación nos interpela en primera persona, somos investigadoras jóvenes con trayectorias atravesadas por el habitar pueblos pequeños, lo que supone un posicionamiento particular frente a nuestras interlocutoras. En algunos casos mantenemos vínculos de cercanía lo que complejiza y enriquece el trabajo de campo.¹⁵ En este sentido recuperamos la propuesta de los conocimientos situados (Haraway, 1995), nos invita a reflexionar críticamente sobre nuestras implicancias, influencias y adscripciones en la producción de conocimiento.

Esto implica problematizar qué preguntas elegimos formular, por que emergen esos interrogantes y no otros, qué efectos produce nuestra investigación en el campo y cómo nos vinculamos con nuestras entrevistadas sin perder la mirada crítica. en suma, reconocer que investigar no es solo observar, sino también implicarse, transformar y dejarse transformar en el proceso.

¹⁵ El proceso de consentimiento para entrevistar se adaptó a las características del contexto local. Realizamos explicaciones orales y escritas del propósito de la investigación, clarificamos el uso académico de la información, informamos sobre los derechos de las participantes (retiro modificación, acceso a resultados), solicitamos consentimiento específico para la grabación de audio, y acordamos el nivel de detalle que cada participante autorizaba compartir.

Capítulo II: Ser mujer en Morrison

2.1 El pueblo como espacio físico y social

El presente capítulo titulado “Ser mujer en Morrison” retoma la noción bourdiana del “ser en posición” o del sujeto en posición. Desde esta perspectiva, el “ser” no se concibe como algo dado o esencial, sino como un devenir atravesado por la posición que se ocupa en el espacio social y la trayectoria de vida de las agentes.

En este marco, el habitus se entiende como una estructura estructurante que moldea las formas de percibir, sentir y actuar; pero que, al mismo tiempo, puede reproducir o transformar dichas posiciones. Nos interesa, entonces, indagar como las mujeres *cis* género de Morrison experimentan su condición de “ser mujer” en una localidad pequeña, en intersección con su edad, su pertenencia barrial y posición de clase.

Con este propósito, comenzamos con caracterizar el espacio físico y social en el cual se despliega nuestra investigación. Siguiendo a Bourdieu el espacio puede definirse como “el punto del espacio físico en que están situados, tienen lugar, existen, un agente o una cosa” (Bourdieu, 1999, p. 120). En este sentido, las posiciones que los agentes ocupan se encuentran condicionadas por el acceso diferencial a los capitales económicos, sociales y culturales. Así el espacio físico no es neutral, se encuentra producido y atravesado por la desigual distribución de bienes, servicios y relaciones, lo cual impacta directamente en las formas de comprender y habitar el mundo.

A continuación, presentamos resultados de las encuestas realizadas a mujeres de la localidad, acompañados de imágenes propias que describen las manzanas seleccionadas en nuestro trabajo de campo. El objetivo de este apartado es analizar la posición social de las mujeres de los barrios Norte y Sur, y cómo esas diferencias se materializan en la vida cotidiana.

Para ello, resulta pertinente contextualizar brevemente la localidad. Morrison se encuentra en el departamento Unión, provincia de Córdoba, sobre la Ruta Nacional N°9. Su origen se remonta a la construcción del ferrocarril en 1867, hecho que motivó la llegada de pobladores y la consolidación del pueblo en torno a las tierras aledañas a las vías. Según

el Censo 2022, cuenta con aproximadamente 4000 habitantes, de los cuales unas 1735 son mujeres.¹⁶.

En línea con nuestro diseño metodológico y apoyándonos en la sociología de lo visual, realizamos un mapeo inicial de la localidad a partir de una mirada *cenital* (Lisdero, 2017), que nos permitió obtener una imagen “desde arriba” las manzanas seleccionadas para llevar a cabo el trabajo de campo. Un aspecto distintivo de Morrison es que las vías del ferrocarril operan como frontera simbólica y material, dividen al pueblo en dos barrios — Norte y Sur — y marcan diferencias en las condiciones de vida de quienes habitan a cada lado. Esta división, naturalizada por los propios habitantes, no sólo organiza el espacio físico sino también las percepciones, las jerarquías y las formas de mirar al “otro”.

Estas distancias tienden a reificarse cuando se naturalizan y se consideran inmutables, en consecuencia, es interesante analizar cómo los agentes que pertenecen a distintos barrios, generaciones, clases sociales o géneros, naturalizan sus oportunidades y su posición en el espacio social. Siguiendo a Bourdieu (1999), en el espacio existen distancias sociales entre grupos, que no son solo físicas, sino también simbólicas y relacionales, las cuales se manifiestan a través de las diferencias sociales demarcadas por la violencia simbólica, ejercida a través de normas y valores que le otorgan legitimidad. Por ende, ciertos grupos sociales asumen una posición en el espacio, a partir de la exclusión que generan estas diferencias, en términos de educación, cultura o clase.

La siguiente imagen capta el mapeo hecho de Morrison, donde señalamos la división que generan las vías del ferrocarril dando lugar al barrio Norte (naranja) y barrio Sur (verde), de los cuales seleccionamos diferentes manzanas al azar como muestra de nuestra investigación.

¹⁶ Recuperado de: Morrison. (2024). Córdoba Interior Informa. Revisado 9 de julio de 2024, de <https://cordobainteriorinforma.com/seccion/union/morrison/>



Fuente: Elaboración propia (2024).

La muestra en cuestión fue escogida en base a un muestreo no probabilístico intencional y por cuotas,¹⁷ atendiendo a la cercanía de una de las investigadoras con la localidad, por ende, seleccionamos las manzanas más pobladas y con mayor cantidad de viviendas que consideramos más representativas, ya que, en el pueblo hay zonas despobladas, compuestas por instituciones, plazas o espacios baldíos. En suma, recuperamos distintos grupos de la población con características en común que coincidían con nuestros objetivos, en este caso, tuvimos en cuenta, el espacio geográfico (barrio), edad y género.

¹⁷ Rojas Soriano, R. (1991) Guía para realizar investigaciones sociales. México. Págs. 288 A 296. Texto tipos de muestras. En: <https://raulrojassoriano.com/cuallitlanezi/wp-content/themes/raulrojassoriano/assets/libros/guia-realizar-investigaciones-sociales-rojas-soriano.pdf>

2.2 Cartografía de los barrios Norte y Sur: Una mirada de Morrison.

El barrio Sur de Morrison, a lo largo de los años, ha sido una zona postergada de la localidad. Aunque representa casi la otra mitad del territorio, recién en tiempos recientes (2023 — 2024) la intendencia comenzó a realizar obras públicas, como la colocación del alumbrado de alguna de sus calles¹⁸. Sin embargo, la mayoría de ellas continúan sin pavimentar, son propensas a sufrir inundaciones y tienen un sistema de iluminación precario. A esto, se suma que gran parte de los servicios públicos y privados — municipalidad, bancos, el hospital, colegios secundarios, restaurantes, supermercados, etc. — se concentran en el barrio Norte, reforzando la centralidad de ese sector y la desigual distribución territorial de los recursos.

En este marco, el trabajo de campo buscó capturar estas diferencias materiales y simbólicas a través de una estrategia metodológica que combinó sociología visual y enfoque etnográfico.¹⁹ Las imágenes tomadas “al ras” permiten observar no solo la infraestructura urbana —calles, veredas, alumbrado— sino también las huellas de un orden social que atraviesa la vida cotidiana de las mujeres de Morrison.

En el recorrido por el barrio sur, por ejemplo, fue frecuente el relato sobre redes de apoyo y solidaridad entre vecinas. Ellas mencionaron que, ante la necesidad de salir a realizar compras o pagar servicios, suelen o solían dejar a sus hijos al cuidado de la “vecina de al lado”. Este entramado de lazos comunitarios, aunque surge como respuesta a la falta de servicios accesibles, también constituye una forma de organización social que sostiene la vida cotidiana y redistribuye las tareas de cuidado entre mujeres.

¹⁸ Morrison, M. (2024, agosto 13). Ampliación de la red de alumbrado público. *Municipalidad de Morrison — Municipalidad de Morrison — Departamento Unión — Córdoba*. <https://morrison.gob.ar/index.php/2024/08/13/ampliacion-de-la-red-de-alumbrado-publico/>

¹⁹ Nos referimos al enfoque etnográfico como un método que nos permite acercarnos y transitar la investigación en ciencias sociales de una forma distinta, ya que pone el foco en los espacios, tiempos y prácticas, así como también dirige su atención a los puntos de vista de los actores y a los significados que producen en su vida cotidiana. En este sentido, realizamos notas de campo, anotando no sólo lo que observamos, sino también incorporando nuestra reflexividad y las huellas de nuestra propia impronta como investigadoras. Tal como señala Rosana Guber (2011), la etnografía es, al mismo tiempo, una estrategia de producción de conocimiento y un modo de situarse en el campo, donde la observación y la escritura se convierten en herramientas centrales para comprender los sentidos que los sujetos atribuyen a sus prácticas. Por ello, empleamos la observación no participante como técnica complementaria, lo que enriquece nuestro planteo comprensivo y nos permite captar dimensiones que trascienden el discurso explícito de las entrevistas.

Las fotografías incluidas en este apartado no son sólo registros visuales, sino que funcionan como ventanas al espacio vivido: muestran cómo las desigualdades materiales se inscriben en el territorio, al tiempo que revelan los modos en que las personas lo habitan, lo transitan y lo resignifican.

Las siguientes fotografías corresponden a la manzana número 3 del barrio Sur, en ellas vislumbramos poca iluminación y calles en su mayoría de tierra. Inclusive, en un cartel cómico en frente de una casa, observamos reflejado los lazos de la comunidad más cercanos que en el barrio Norte, como mencionamos anteriormente. En este lado de las vías, según las encuestas, las mujeres tienen más redes de contención, nos comentaban que muchas veces se apoyan en sus vecinas para el cuidado de sus hijos/as o la realización de algún favor.



Fuente: Elaboración propia, (2024)

En las siguientes dos imágenes podemos apreciar algunas calles de la manzana número 2 del barrio Sur seleccionadas en el mapeo. Esto permite visualizar de manera concreta

las desigualdades materiales y distinciones sociales que estructuran la vida cotidiana en Morrison. En las manzanas del barrio Sur se observan calles de tierra, carencia de alumbrado público, señalización escasa e infraestructura precaria. Estos elementos no sólo evidencian una postergación histórica en materia de políticas públicas, sino que también repercuten en la experiencia cotidiana de quienes allí habitan, particularmente las mujeres, quienes deben organizar sus tareas de cuidado, movilidad y seguridad en condiciones más complejas.



Fuente: Elaboración propia, (2024)

Las siguientes fotografías capturan la manzana número 1 del barrio Sur, en ella destacamos que las casas forman parte del plan viviendas “Programa Reconstruir”,²⁰ financiado por el gobierno nacional, destinado a la totalidad de la población Morrisense,

²⁰ Argentina.gob.ar. *Programa Reconstruir: Ferraresi entregó más viviendas en Córdoba*. (21 de julio de 2022). <https://www.argentina.gob.ar/noticias/programa-reconstruir-ferraresi-entrego-mas-viviendas-en-cordoba>

Dicho programa, según el boletín oficial de la República Argentina, se creó para reactivar obras de vivienda, ya que en los últimos años se había paralizado la construcción de las mismas “resultando así un perjuicio para los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, los cuales han visto frustrado el derecho de acceso a la vivienda adecuada.” Si bien el programa estaba abierto a toda la comunidad, la creación del mismo tiene como objetivo suplir la necesidad de vivienda de aquellos que no la tienen en la localidad. El valor de las cuotas a pagar se adecúa al ingreso familiar.

Recuperado de: *Boletín Oficial República Argentina — Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat* — Resolución 99/2021. (08 de abril de 2021). <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/242763/20210408>

por el cual accedieron los dueños de las mismas. Además, podemos observar calles de tierra propensas a sufrir inundaciones.



Fuente: Elaboración propia, (2024)

La primera imagen a continuación es del barrio Norte de Morrison, manzana 1 seleccionada en el mapeo, la cual es la más lejana al centro de la localidad y se encuentra cerca de la ruta Nacional n°9. La segunda de la derecha, representa la manzana 2 del barrio Norte, más cercana al centro, en ambas, podemos apreciar que la mayoría de las calles se encuentran pavimentadas y cuentan con un buen sistema de iluminación.



Fuente: elaboración propia, (2024)

Estas diferencias, fueron configurando clasificaciones identitarias, reflejadas en un “nosotros” y “ellos” de ambos sectores. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la división que existe en los colegios primarios, en los clubes de barrio de cada lado del ferrocarril o en la inclusión de feriantes del barrio sur en eventos organizados por el municipio. Incluso esto se traduce en el discurso cotidiano, que naturaliza esta frontera;

(...) es difícil, porque de por sí este pueblo del vamos, está dividido por una vía, de la vía para acá, todo bien, vive la gente de bien y de allá, de las vías para el otro lado, el barrio Sur digamos, somos todos unos salvajes. Sí, esa es la primera división que vos no podés trabajar, o sea, las mismas escuelas, una privada y otra pública, en la pública van las peores basuras del mundo y nada que ver (...).²¹

A su vez, desde la perspectiva de Ahmed (2015), estos espacios no sólo están habitados materialmente, sino también afectivamente, la falta de iluminación genera miedo, las calles sin pavimentar producen incomodidad e incluso complican la movilidad a las actividades cotidianas en un día lluvioso y los rumores sobre inseguridad circulan como narrativas que orientan los cuerpos, enseñándoles qué lugares evitar.

²¹ Fragmento de entrevista realizada a una mujer del barrio Sur, entre 25 y 35 años de edad.

(...) Y, por ejemplo, yo de noche, no es por discriminar a la gente del otro barrio, pero por las cosas que he escuchado, es como que de noche no me animaría a ir al barrio Sur, pero no por discriminar, por lo que se dicen que son negros, no nada que ver de eso, pero, sino que he escuchado varias cosas que no son tan buenas y que han pasado en la plaza justamente de noche que justamente es por eso que no iría (...)²²

Las siguientes imágenes corresponden al barrio Norte y muestran algunos de los espacios más significativos para la vida cotidiana de los y las morrisenses. En la primera fotografía se aprecia uno de los colegios secundarios de la localidad, institución que concentra parte de las trayectorias educativas y constituye un espacio clave de socialización juvenil. En la segunda, observamos la avenida principal del pueblo, donde se ubica la garita de ómnibus y, a pocos metros, una de las escuelas primarias. Estos lugares condensan flujos de circulación, encuentros y prácticas cotidianas, funcionando como nodos en torno a los cuales se organiza buena parte de la vida comunitaria.



Fuente: Elaboración propia (2024)

Este imaginario permea el habitus de los morrisenses, es decir, las formas de recorrer el pueblo, de vincularse, de clasificar a los demás y de valorar espacios. Como sostiene

²² Fragmento de entrevista realizada a una mujer del barrio Norte, entre 19 a 24 años de edad.

Bourdieu “el espacio físico-social es principio organizador de las prácticas sociales” (Fatyass, 2019, p.66), ya que, no se trata solamente de un escenario físico sino de un orden que distribuye posiciones, oportunidades y sentidos.

A su vez, siguiendo a Ahmed (2015), estas distinciones no sólo se reproducen materialmente, sino también de manera afectiva: el miedo al transitar el barrio Sur, la vergüenza de ser nombrado con categorías despectivas, etc. Las emociones circulan y se adhieren a los lugares, orientando los cuerpos en relación con ellos; nos enseñan dónde estar y de qué alejarnos. De este modo, los barrios no existen “en sí mismos”, sino en tanto son habitados, sentidos y narrados por quienes los transitan.

(...) A mí me daba mucho miedo la plaza del barrio Sur, me da mucho miedo, me daba, de chica mucho miedo el Barrio Sur en general, de grande un poco también porque nunca hubo luz, nunca se preocuparon ninguno de los intendentes. Hasta ahora que hay un poquito de luz, pero nunca se preocuparon por poner luz (...).²³

Sin embargo, también se observan intentos por resignificar estas fronteras, como iluminar las calles del barrio Sur o impulsar ferias en su plaza, acciones que buscan difuminar distancias históricas, como también resignificar espacios del barrio “del otro lado de la vía”.

le pedí al intendente hace poco, (...) hay un par de chicas que quieren hacer una feria acá²⁴, pero en la plaza del barrio Sur y estoy esperando que me lo autorice, porque son chicas que no quieren estar en la otra feria, en la del centro. Ahí tienen pequeños emprendimientos, ropa de moda circular, plantines, etc. Me anime a tomar la plaza del barrio Sur como un punto, porque me parece, que si lo están pidiendo es porque a lo mejor no quieren estar en la otra feria. Porque bueno, viste como es Morrison vos lo conoces...

En definitiva, el pueblo se configura como un entramado de memorias, desigualdades y afectos, las condiciones materiales y simbólicas de cada barrio, producen y reproducen

²³ Fragmento de entrevista realizada a una mujer del barrio Sur, entre 25 y 35 años de edad.

²⁴ Se refiere al barrio Sur.

principios de visión y división, interiorizadas por los agentes para evaluar su posición y la de los demás en el espacio social.

Al contrastar estas imágenes con las del barrio Sur, notamos cómo la concentración de instituciones educativas y de servicios en el Norte refuerza la desigual distribución de capitales (Bourdieu, 1999), ya que no sólo marcan diferencias en términos materiales, sino también en las oportunidades de acceso y en las formas de habitar la localidad. A su vez, estos espacios escolares y comunitarios son depositarios de memorias compartidas que, como plantea Jelin (2002), se actualizan en los relatos y afectos de quienes los transitan, reforzando un sentido de pertenencia que se asocia con el “lado legítimo” del pueblo.

Pero al mismo tiempo, esos límites son negociados y cuestionados en las prácticas cotidianas, mostrando que el espacio social y físico, nunca es fijo, sino que permanece en constante disputa.

2.3 Caracterizando la muestra

Nuestra unidad de observación, es representada por un grupo de mujeres *cis* de Morrison entre 18 y 70 años de edad y que habitan las zonas Sur y Norte de la localidad. Definimos grupos de edades con el objetivo de construir datos, dividiendo entre mujeres de 18 a 24 años, 25 a 35, 36 a 49 y de 70 o más, para así captar sus perspectivas y las diversas formas de percibir y pensar, en pos de un análisis interseccional.

En este sentido, diseñamos un modelo de encuesta estructurado en distinto apartados, ²⁵ cada uno orientado a revelar dimensiones específicas del objeto de estudio. En primer lugar, indagamos sobre datos personales tales como la edad o el nivel de instrucción. En segundo término, incorporamos preguntas vinculadas a la organización familiar, contemplando aspectos como la composición del hogar, convivencia, y la presencia o no de hijos/as. En un tercer bloque, abordamos variables socioeconómicas, incluyendo la ocupación laboral y las fuentes de ingresos. Finalmente, incorporamos un apartado relativo a la organización doméstica, con el propósito de identificar la distribución del tiempo

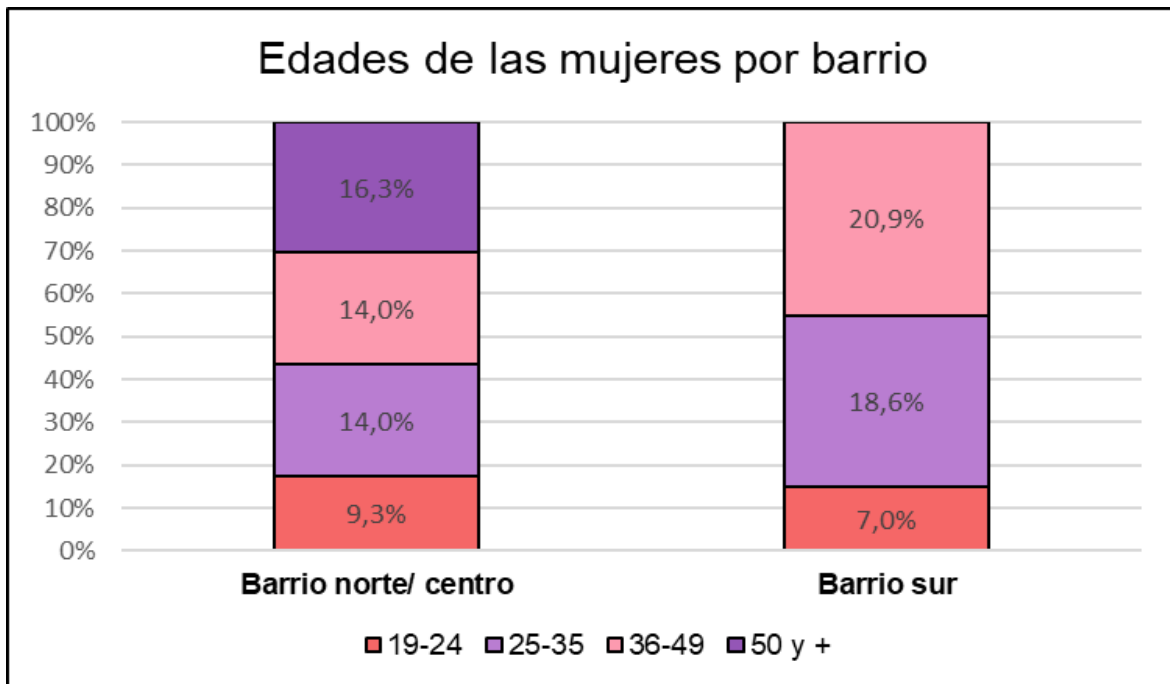
²⁵ (Ver Anexo A)

destinado a las tareas del hogar. De este modo, diseñamos un formulario a través de la plataforma de Google Forms, con el objetivo de hacer más sencillo el proceso de sistematización de datos, complementariamente, realizamos un relevamiento de manera presencial en las manzanas previamente seleccionadas en el mapeo territorial, entrevistando a las mujeres que accedieron a participar en la encuesta.

Al finalizar la primera parte del trabajo de campo, transferimos los datos de la plataforma de Google forms a la aplicación SPSS, con el fin de formular tablas cruzadas entre diferentes variables, que nos habiliten a crear gráficas con la información recolectada. De esta manera, luego de este proceso, realizamos mediante Excel gráficos de las tablas, con el formato apilado al 100% y circular, lo cual dio como resultado las figuras analizadas a continuación.

De este modo, al caracterizar la muestra seleccionada según grupos etarios y su distribución espacial, observamos que las mujeres más jóvenes (19 a 24 años) se encuentran presentes en ambos barrios sin diferencias significativas. Sin embargo, a partir de los 25 años se marca un quiebre: la población joven-adulta reside predominantemente en el barrio Sur, representando un 20,9% frente al 14,0% del barrio Norte. En contraste, las mujeres de 70 años o más se concentran en el barrio Norte, lo que refleja una diferencia demográfica.

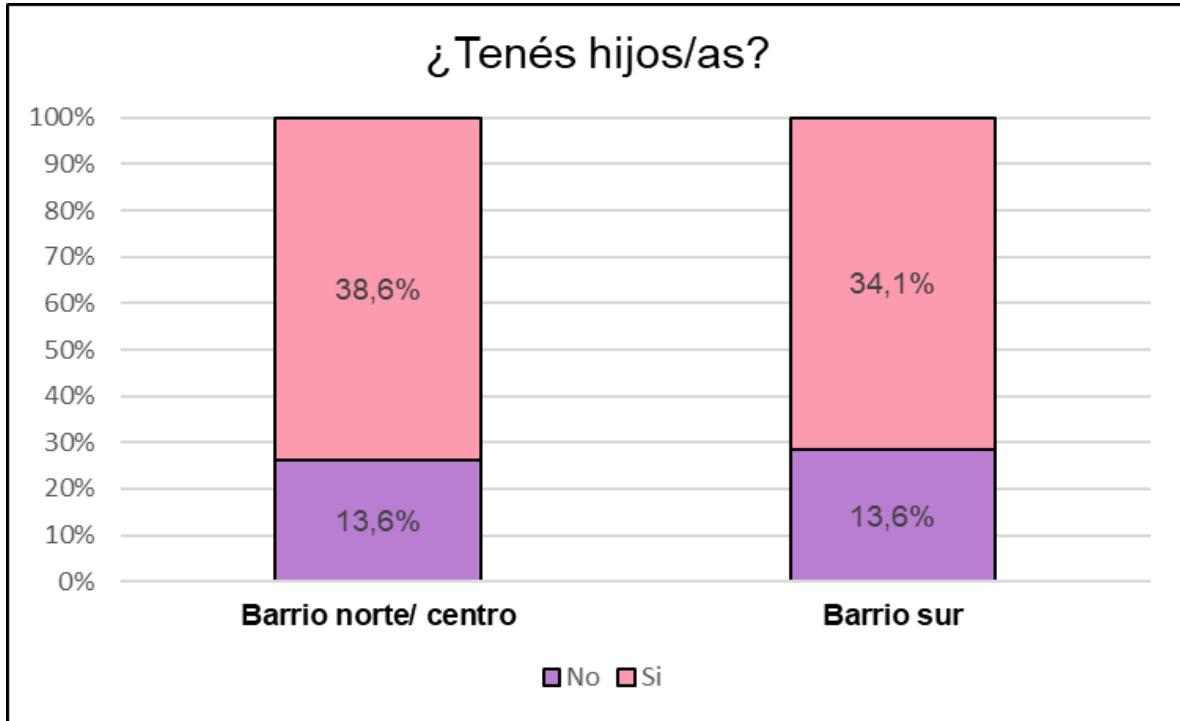
Figura 1



Fuente: Elaboración propia, encuesta “*Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba*”, (2024).

Además, nos interesaba conocer si las mujeres encuestadas y posibles entrevistadas tenían hijos y/o hijas y de qué forma se manifestaba esa decisión en los barrios. Es así que, tanto en el barrio Norte como Sur, no encontramos una gran diferencia con respecto a la proporción de mujeres que son madres, en el primer barrio mencionado, el 38,6% si tiene hijos/as mientras que, en el Sur, se observa un 34,1%.

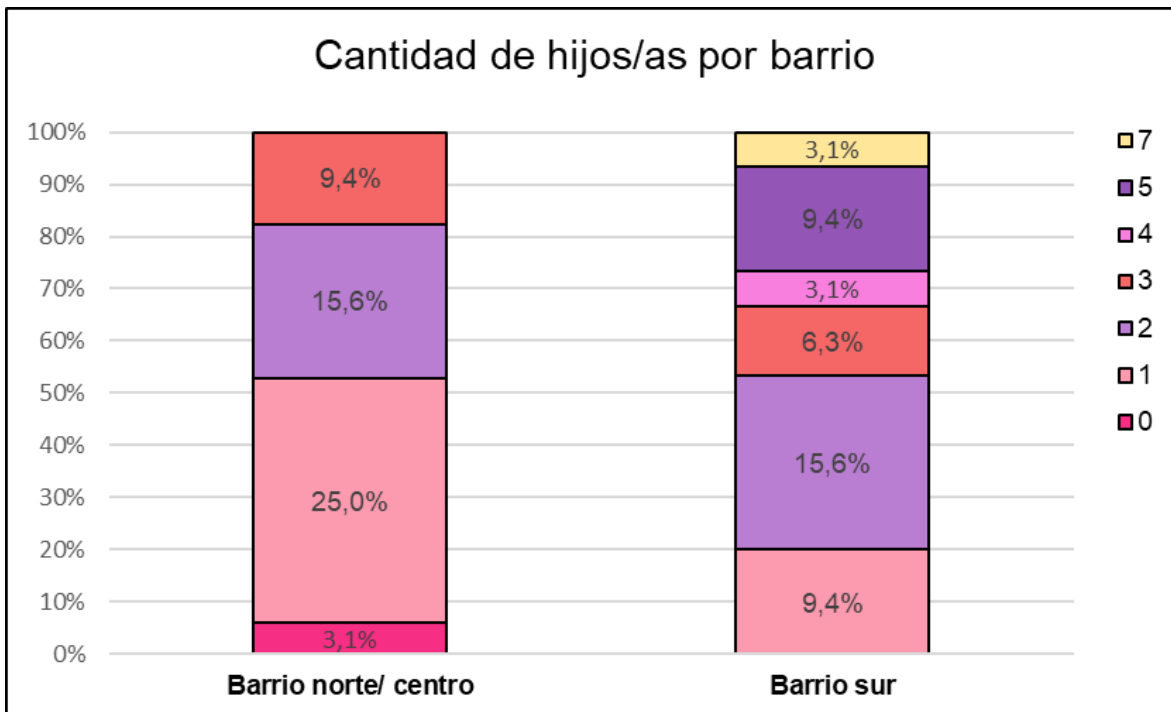
Figura 2



Fuente: Elaboración propia, encuesta “Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba”, (2024).

Sin embargo, al observar más detenidamente la cantidad de hijos e hijas, si notamos diferencias significativas. En el gráfico se visualiza que en el barrio Norte predomina el modelo de familias con uno o dos hijos, llegando como máximo a tres. En contraste, en el barrio Sur el abanico es más amplio: si bien dos hijos/as es el número más frecuente, se destacan casos en los que las mujeres tienen cinco hijos/as o más. Recapitulando, las mujeres del barrio Sur tienen más cantidad de hijos/as que aquellas que viven en el barrio Norte de la localidad de Morrison.

Figura 3

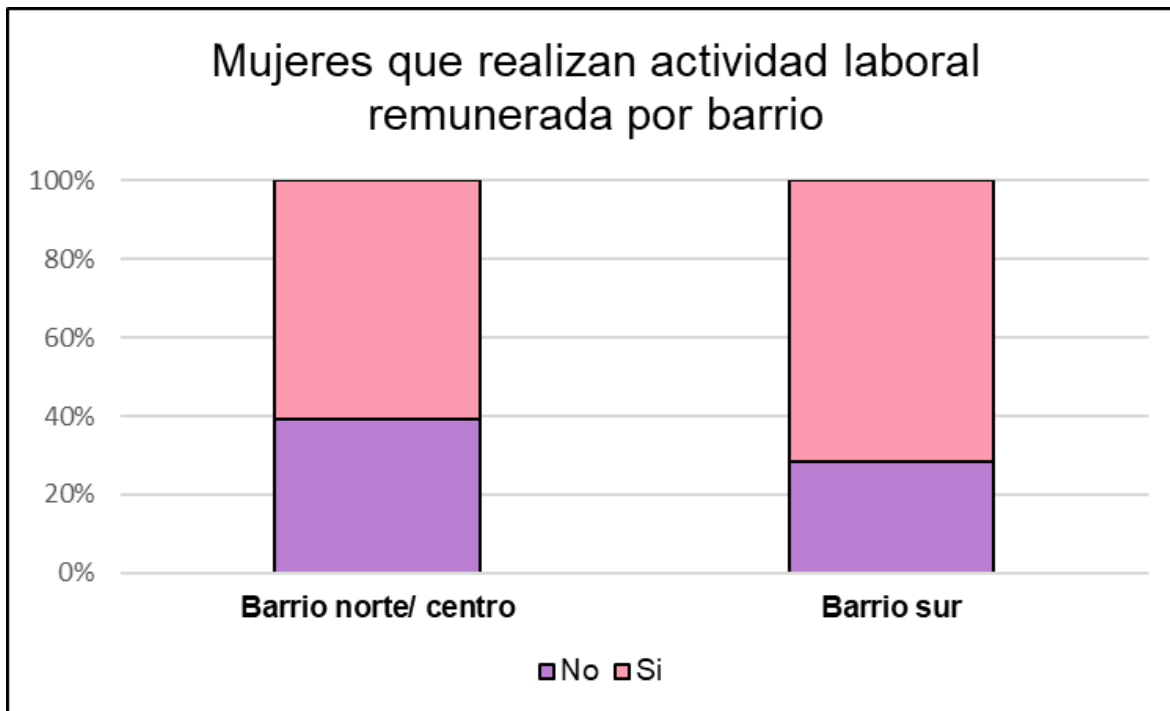


Fuente: Elaboración propia, encuesta “*Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba*”, (2024).

Capital económico

Al entender el capital económico como el acceso a bienes, recursos y servicios (Bourdieu 1997), observamos que las mujeres del barrio Norte presentan una mayor inserción en actividades remuneradas, en comparación con aquellas del barrio Sur. Esta diferencia se traduce en un nivel de ingresos más elevado en el primer sector, mientras que en el segundo un porcentaje significativo de mujeres depende de los aportes económicos de familiares o pareja. Además, identificamos una fuerte presencia de empleos informales en el barrio Sur, frente a una inserción relativamente más extendida en trabajos formales en el barrio Norte.

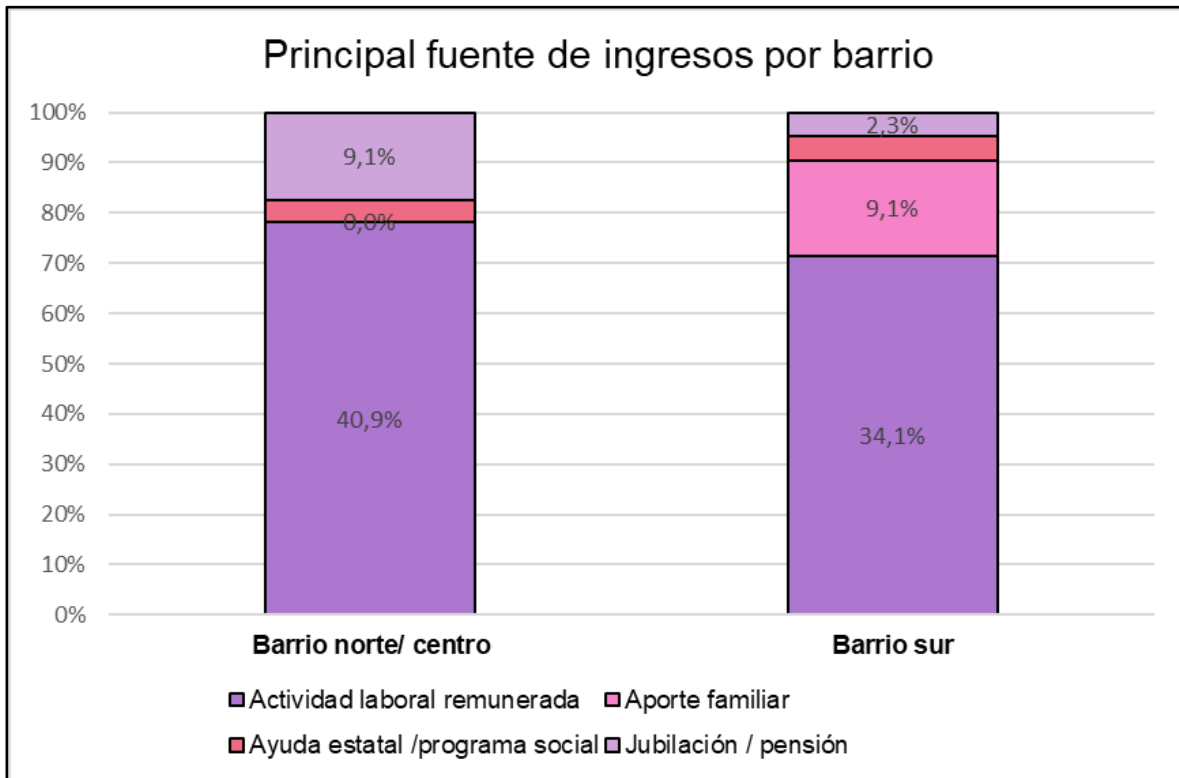
Figura 4



Fuente: Elaboración propia, encuesta “Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba”, (2024).

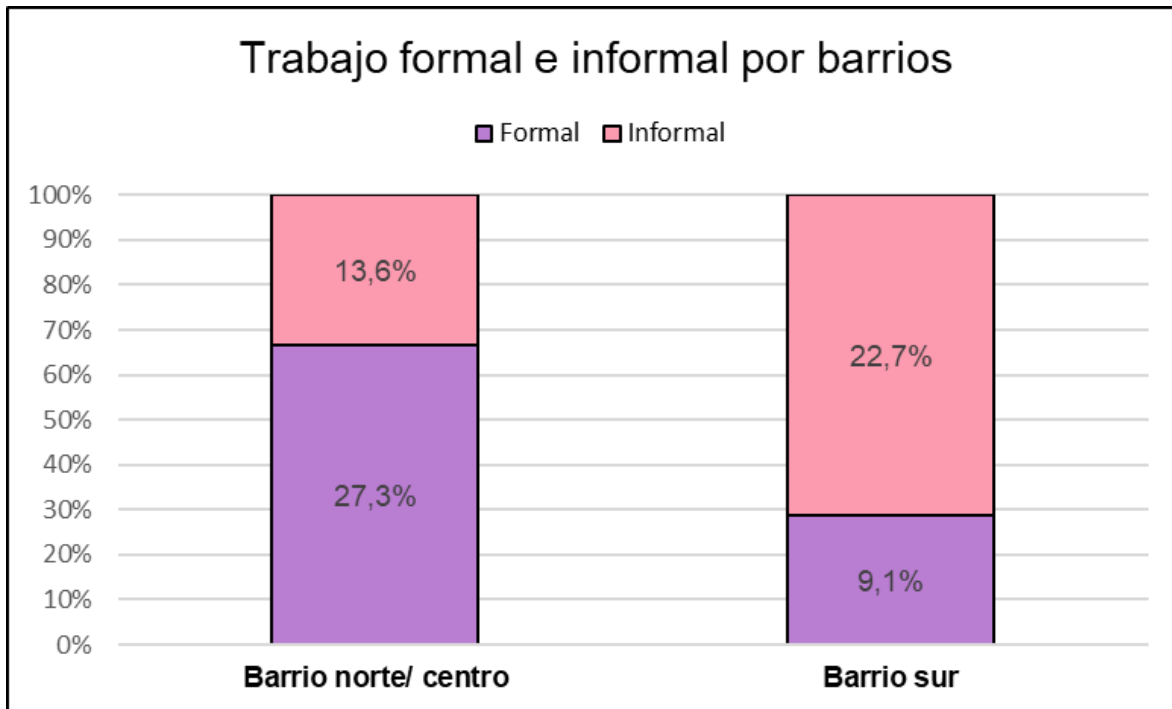
Los gráficos a continuación nos permiten tener una idea de la situación socioeconómica de las mujeres en Morrison.

Figura 5



Fuente: Elaboración propia, encuesta “Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba”, (2024).

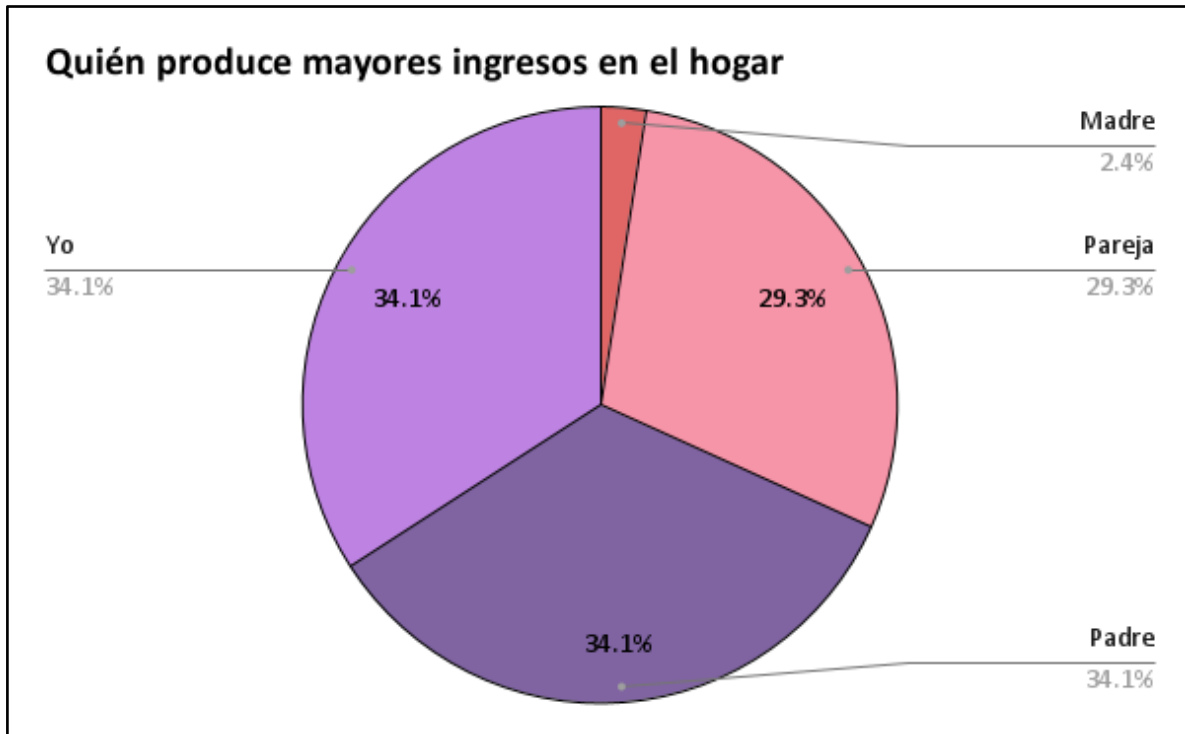
Figura 6



Fuente: Elaboración propia, encuesta “*Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba*”, (2024).

Constatamos que en la mayoría de los casos son las mujeres encuestadas y sus parejas quienes sostienen económicamente la unidad doméstica (34,1%), seguidos por un 29,3% que refiere a la pareja como principal sostén económico. En contraste, el 2,4% señala a la madre como la figura que aporta más ingresos, lo que evidencia que persiste la idea de que el hombre es, en general, el principal proveedor, aunque las mujeres tengan una participación activa en la economía del hogar.

Figura 7



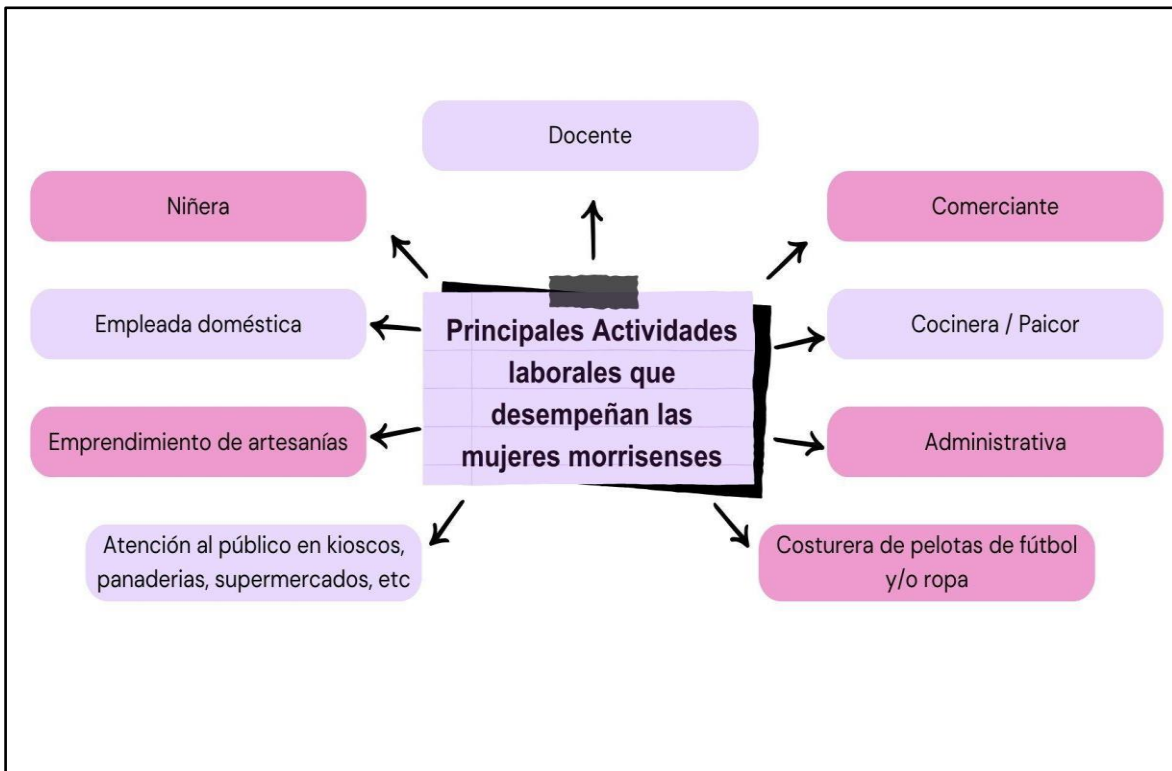
Fuente: Elaboración propia, encuesta “*Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba*”, (2024).

Las principales actividades laborales que desempeñan las mujeres morrisenses, representadas en el siguiente mapa de ideas, confirman lo señalado anteriormente; la mayoría se insertan en trabajos informales que generan menores ingresos para sus hogares. Se trata de actividades que suelen ser mal remuneradas y que, además, no garantizan derechos básicos como aportes jubilatorios, licencias o acceso a obra social, lo que refuerza la vulnerabilidad económica.

En línea con la división social y generizada del trabajo (Lamas, 1994; Tronto, 1987), los empleos más frecuentes entre las mujeres del Sur —cuidado de niños/as, trabajo doméstico, pequeños emprendimientos artesanales— remiten a ocupaciones históricamente feminizadas y atravesadas por la precarización. Así, el género y la clase se constituyen como clivajes estructurales que condicionan las oportunidades de acceso al capital económico para las mujeres.

Aun así, el análisis de las fuentes de ingresos refuerza estas tensiones. Si bien en la mayoría de los hogares las mujeres encuestadas aparecen como contribuyentes centrales, ya sea en conjunto con sus parejas o de manera autónoma, persiste un imaginario donde el hombre es reconocido como principal sostén económico. Esta representación evidencia un esquema de género internalizado que invisibiliza el aporte económico de las mujeres, incluso cuando ellas sostienen en gran medida la reproducción del hogar.

Figura 8

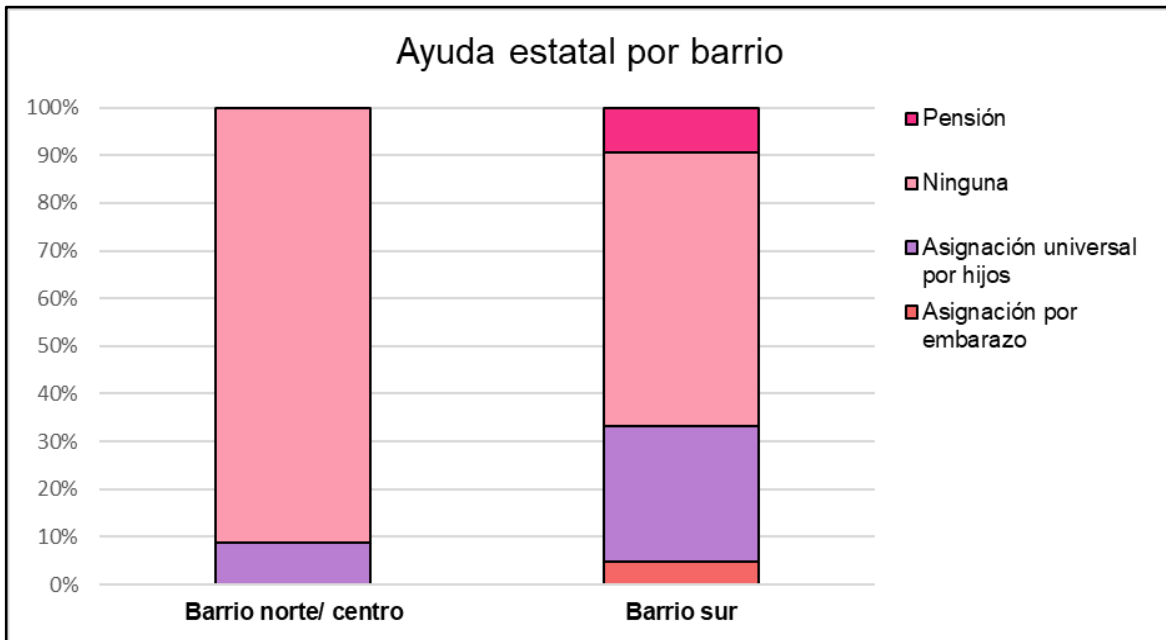


Fuente: Elaboración propia, encuesta "Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba", (2024).

En cuanto a los ingresos provenientes de ayuda estatal, como la AUH, en el gráfico observamos que no constituyen la fuente principal de recursos en ninguno de los barrios. Aunque, en el barrio Sur, cierto porcentaje de mujeres recibe la Asignación Universal por Hijo. En definitiva, que reciban ingresos extra salariales no implica que se desentiendan de realizar una actividad laboral, ya sea informal o no, como estrategia de reproducción. Esta ayuda se convierte en un complemento que se articula con múltiples trabajos —formales e

informales— que las mujeres realizan, desafiando el sentido común que vincula “plan social” con “no trabajar”.

Figura 9



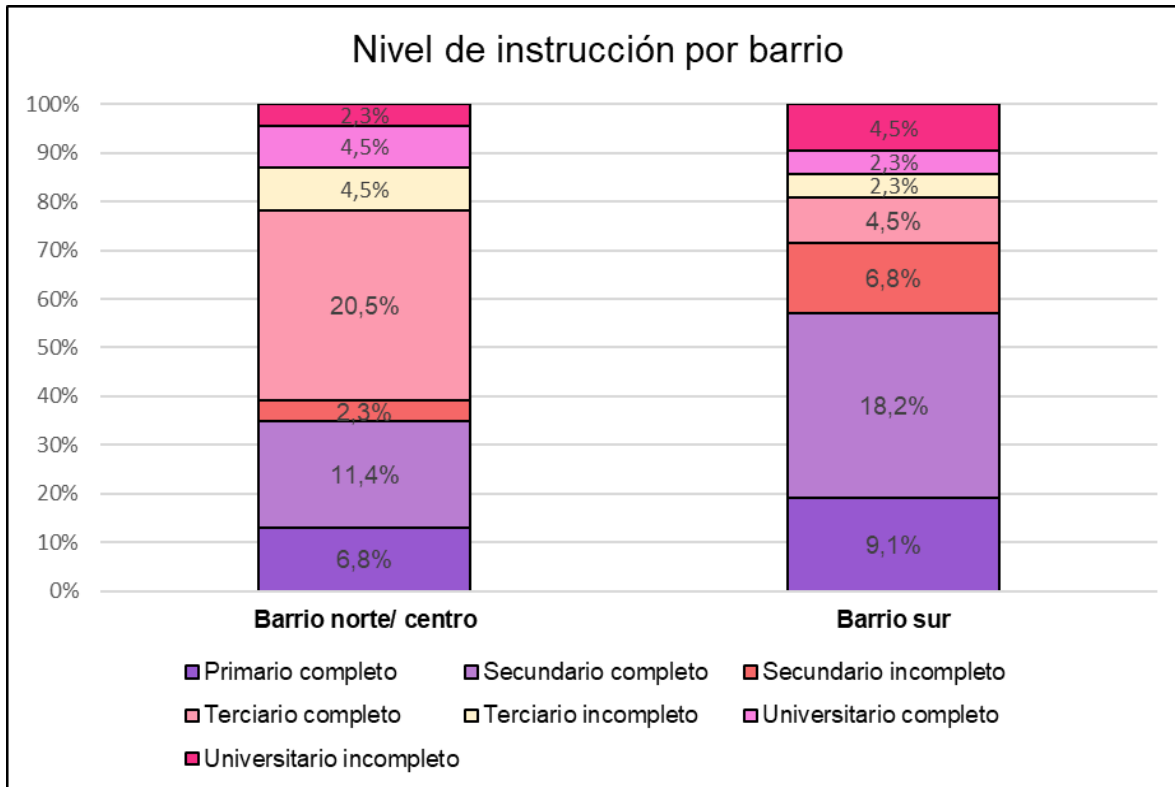
Fuente: Elaboración propia, encuesta “Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba”, (2024).

Capital Cultural

En segundo lugar, destacamos el capital cultural institucionalizado²⁶ adquirido en el sistema educativo, que representa el nivel de instrucción alcanzado por las mujeres morrisenses. En el siguiente gráfico visualizamos que, en el barrio Sur, la mayoría ha completado el secundario, mientras que en el Norte predomina la finalización de estudios terciarios y universitarios. Esta diferencia puede vincularse con las condiciones materiales de cada sector, en conexión con lo desarrollado anteriormente, en el Norte, la inserción laboral formal de muchas mujeres habilita mayores ingresos, lo que favorece la continuidad educativa, mientras que en el Sur las limitaciones económicas y de accesibilidad restringen las oportunidades de formación.

²⁶ Bourdieu (1987) destaca la existencia de tres tipos de capital bajo la forma de, *estado incorporado*, es decir, como aprendizajes u oficios, *estado objetivado*, en forma de bienes culturales, cuadros, libros, entre otros, y finalmente en el *estado institucionalizado*, que representa el capital cultural objetivado bajo la forma de títulos.

Figura 10



Fuente: Elaboración propia, encuesta “*Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba*”, (2024).

Capital social

En cuanto al capital social, Bourdieu (1987) lo define como “...la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuo” (p.148) que pueden generar ciertos beneficios dependiendo de cuán influyente y/o extensa sea dicha relación. Estos no incluyen solamente bienes materiales o financieros, sino también redes de información, contactos influyentes, etc. Por lo que, este capital permite la reconversión de otros capitales y su acumulación, por ejemplo, la red vecinal de mujeres puede ayudar a otras con tareas de cuidado, permitiendo que la misma pueda ir a trabajar y acumular capital económico.

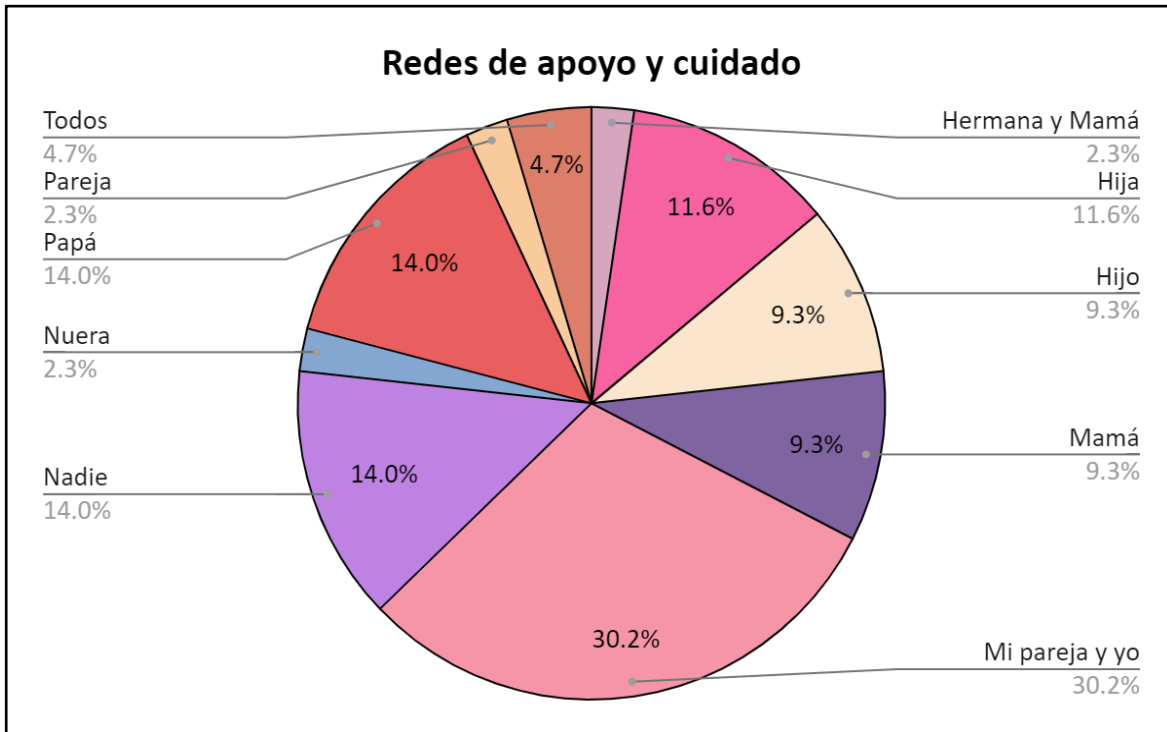
En los siguientes gráficos podemos observar que, en Morrison, este capital se manifiesta principalmente en las redes de apoyo y cuidado que las mujeres movilizan para sostener

el trabajo doméstico y de cuidado.²⁷ Conformado por aquellas personas que forman parte de sus relaciones sociales cotidianas y comunidad.

Los datos obtenidos muestran que la pareja ocupa un lugar central como principal red de apoyo (30,2%). Sin embargo, resulta significativo que el 14% de las mujeres declarara no contar con redes de contención. Asimismo, en el Sur aparecen formas más diversificadas de solidaridad, donde abuelas, tías y vecinas se organizan colectivamente para acompañar las tareas de cuidado. En cambio, en el Norte se observa una tendencia hacia estructuras familiares más reducidas y con menor apoyo comunitario, e incluso un 13,6% de mujeres afirmó no recibir ayuda de ninguna persona.

²⁷ Entendemos, en principio, a los cuidados como parte de las tareas que llevan adelante los y las agentes cotidianamente para satisfacer las necesidades de todas y todos los miembros de su familia. En este sentido, abordamos las redes de apoyo y cuidado, atendiendo a que estas “se desarrollan también bajo una gama de relaciones diversas, que incluyen los vínculos de parentesco, de amistad, comunitarios o laborales: por ello coexisten diferentes escenarios de cuidado, con diversa participación de actores como la familia, la comunidad” (CEPAL, s.f. cómo se citó en Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia, 2023, p.37).

Figura 11

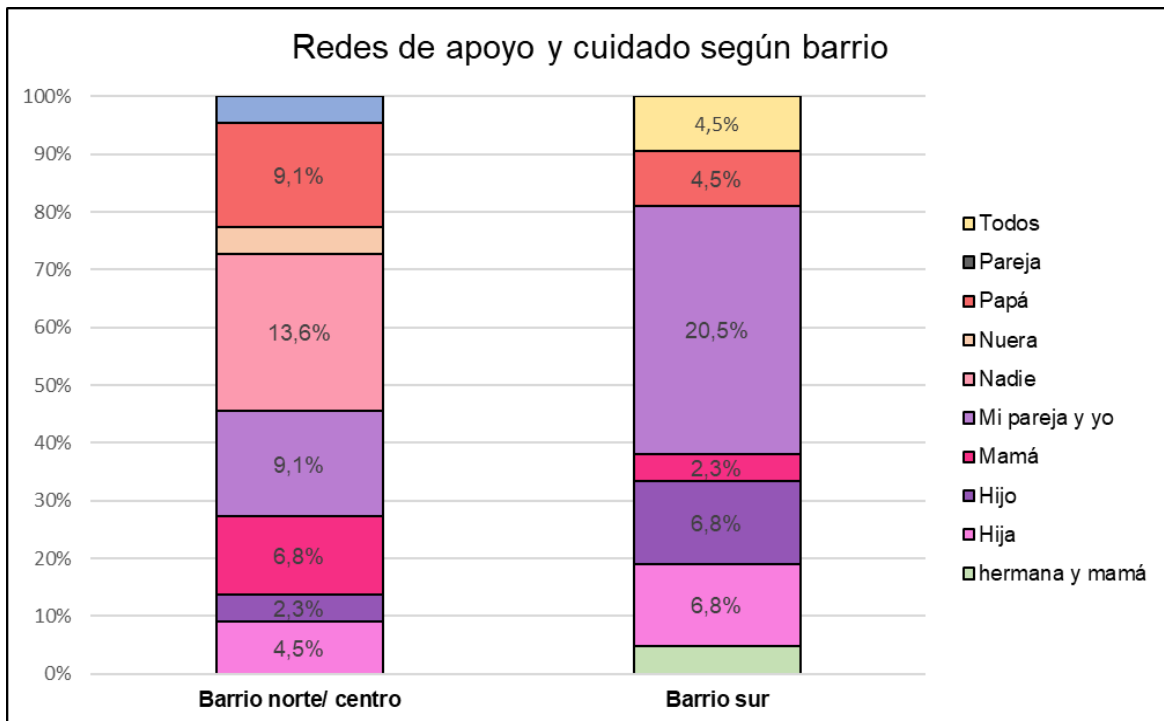


Fuente: Elaboración propia, encuesta “*Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba*”, (2024).

Al desagregar la información por barrios, observamos que la pareja continúa siendo la figura que más se destaca dentro de las redes de contención, alcanzando un 20,5% en el barrio Sur y en menor medida, un 9,1% en el Norte. En suma, el gráfico denota que dichas redes de apoyo presentan un sesgo masculinizado.

Esta diferencia sugiere que, mientras en el Sur la crianza y el cuidado se sostienen a partir de redes comunitarias, en el Norte se mantiene un modelo más nuclearizado y dependiente de la pareja. Así, los capitales económico, cultural y social se entrelazan configurando condiciones desiguales, las mujeres del Norte cuentan con mayores recursos económicos y educativos, pero en el Sur las redes comunitarias compensan parcialmente las carencias materiales, revelando lógicas de reciprocidad que sostienen la vida cotidiana.

Figura 12



Fuente: Elaboración propia, encuesta “Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba”, (2024).

En síntesis, en este capítulo rastreamos que significa ser mujer en Morrison. A partir de un mapeo del espacio físico y social que configura las condiciones materiales de existencia de las entrevistadas. El análisis de los capitales económicos, culturales y sociales nos permitió visibilizar cómo estas dimensiones se distribuyen desigualmente entre los barrios Norte y Sur, generando posiciones diferenciadas para las mujeres que habitan la localidad.

En cuanto al capital económico, observamos que en las mujeres del barrio Norte predomina la inserción en trabajos formales y con mayores ingresos, mientras que en el Sur se registra una fuerte presencia de empleos informales o inactividad, usualmente mal remunerados o vinculados a programas estatales como la Asignación Universal por Hijo o la asignación por embarazo.

Un aspecto transversal a ambos barrios es que las mujeres morrisenses realizan trabajos históricamente generizados y feminizados, por ejemplo, trabajo doméstico, cuidado de niños/as, como docente o administrativa.

En cuanto al capital cultural, en el Norte se observa una mayor proporción de mujeres con estudios terciarios o universitarios, lo que contrasta con el barrio Sur, donde la mayoría alcanza como máximo el nivel secundario. Esta brecha educativa se encuentra asociada a las condiciones económicas y a la posibilidad de sostener trayectorias formativas más prolongadas.

El capital social, por su parte, mostró matices muy marcadas. En el barrio Sur las mujeres destacaron las redes de cuidado y apoyo que sostienen la vida cotidiana. Los lazos vecinales y de parentesco constituyen un soporte fundamental, principalmente en tareas de cuidado y domésticas. Allí, la solidaridad entre mujeres —madres, abuelas, tías o vecinas— funciona como un recurso clave frente a las limitaciones materiales, configurando formas de crianza más colectivas.

En el Norte, en cambio, las redes aparecen más restringidas y la pareja constituye la principal fuente de apoyo. Estas diferencias también se reflejan en la composición familiar, en el Sur encontramos familias más numerosas —de hasta siete hijos/as— que exigen estrategias colectivas de cuidado, especialmente porque las condiciones materiales limitan la posibilidad de contratar una niñera. Mientras que en el Norte predominan hogares más pequeños, de no más de tres hijos/as. Es decir, que se requieren organizaciones y estrategias diferentes para sostener la familia.

En definitiva, ser mujer en Morrison se encuentra atravesado por clivajes de clase, generación y territorio que producen experiencias heterogéneas. En este capítulo, hemos abordado los esquemas clasificatorios, las construcciones discursivas de oposición simbólica y los patrones tipificadores que evidencian una clara distinción entre un "nosotros" y un "ellos" en torno a la división norte/sur.

En el próximo capítulo avanzaremos en el análisis de las narrativas del pasado infantil de las mujeres, recuperando recuerdos y experiencias. Nuestro objetivo será comprender cómo esas memorias, al articular pasado y presente, contribuyen a configurar sentidos sobre la identidad de género y a resignificar los modos de habitar el "ser mujer" en el pueblo.

Capítulo III: Presencia actuante de todo pasado: explorando las infancias

En este capítulo nos enfocamos en las narrativas sobre el pasado infantil de un grupo de mujeres entrevistadas, en el marco del segundo objetivo específico de esta investigación. Nos interesa recuperar memorias; las entrevistas se realizaron en los hogares de las mujeres, lugares donde los recuerdos emergen desde la cocina, el cuerpo, los afectos y los vínculos familiares. Siguiendo a Di Liscia (2007), concebimos la memoria en clave feminista como una experiencia encarnada de los vínculos, donde el silencio, la comida, el cuidado y el cuerpo mismo funcionan como soportes de sentido.

A partir de entrevistas en profundidad, recuperamos las experiencias de 13 mujeres de distintos grupos etarios, residentes en los barrios Norte y Sur de la localidad de Morrison. Siete residen en el barrio Sur y seis en el Norte. Entre ellas encontramos diferentes perfiles, como una paramédica, estudiante de salud, de trabajo social, docente, emprendedoras de diversos rubros, amas de casa y jubiladas. La presentación de sus narrativas sigue un criterio generacional ascendente, de las más jóvenes a las mayores.

En primer lugar, exploramos las narrativas de las mujeres sobre cómo se desarrolló su crianza en el hogar durante la infancia, los vínculos afectivos que construyeron con familiares y compañeros, y cómo estos espacios domésticos y educativos moldearon aprendizajes, responsabilidades y emociones. Prestamos especial atención a las figuras materna y paterna, así como a los intercambios y experiencias compartidas con sus compañeros/as en la escuela primaria.

A su vez, para profundizar en los arreglos de crianza, examinamos la distribución de las tareas del hogar, la participación activa de las entrevistadas y como estas prácticas se enlazaban con los afectos y la socialización del género. Prestamos atención, además, a las prácticas masculinas en la vida cotidiana, las decisiones tomadas dentro del núcleo familiar y la forma en que se reproducía la feminización del trabajo doméstico.

Este análisis nos permitió identificar cómo se fueron incorporando determinados repertorios de género, es decir, modos de actuar, sentir y pensar generizados. Desde este enfoque diacrónico, buscamos comprender cómo los mandatos de género —no de forma lineal ni homogénea— moldearon las trayectorias femeninas de las entrevistadas, sus

subjetividades y relaciones, tanto en el ámbito íntimo del hogar como en sus experiencias por fuera de él.

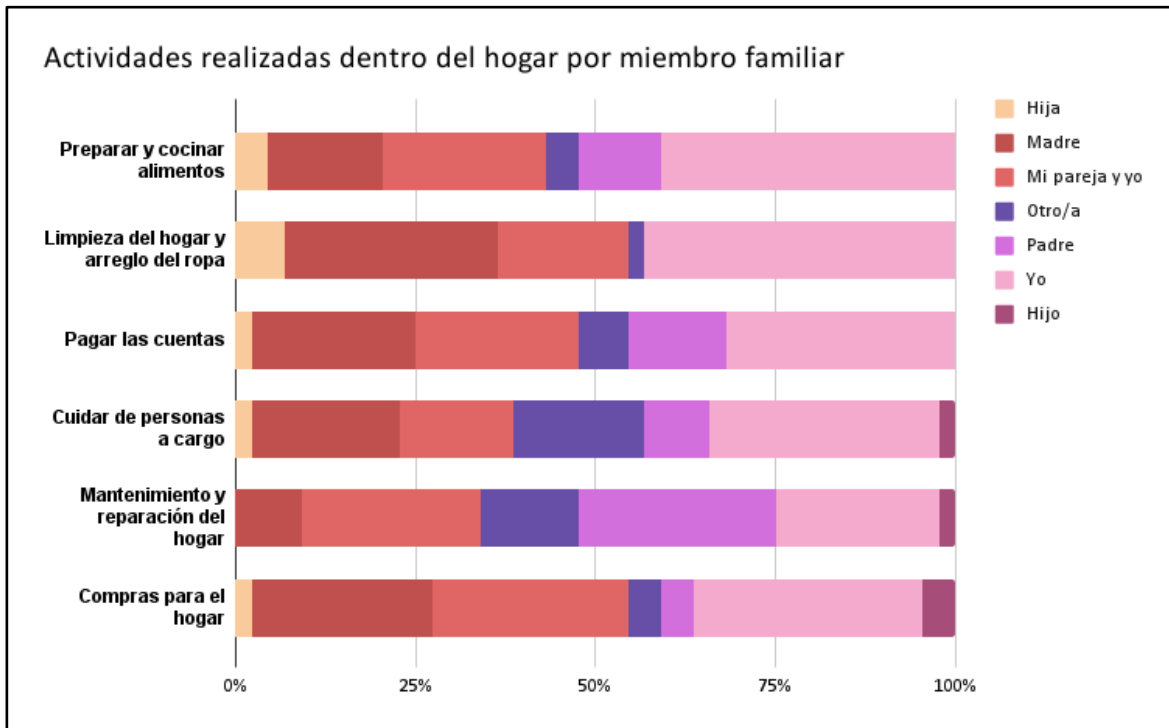
3.1 Heredando Roles: La feminización de las Tareas Domésticas

A partir del relevamiento que llevamos a cabo en la investigación, comprendemos que en muchos hogares de Morrison las tareas no se asignaban al azar, estaban escritas en los cuerpos y prácticas cotidianas.

Las mujeres entrevistadas narran sus historias y vivencias, reconstruyendo una infancia compartida, donde aprendieron a cuidar desde pequeñas, muchas veces sin saber que estaban cuidando. Cocinar, atender a los hermanos y hermanas, barrer, preparar la mesa, ser las primeras en levantarse y las últimas en acostarse, aprender a organizar sus tiempos en función de las demandas del hogar. Se trata de rutinas que, lejos de ser ocasionales, se incorporan como disposiciones del habitus.

En el gráfico siguiente, generado a partir de los resultados obtenidos de las encuestas realizadas en el marco de la investigación, notamos que la distribución de tareas domésticas cotidianas como preparar y cocinar alimentos o la limpieza del hogar y arreglo de ropa, observamos que son mayoritariamente asumidas por mujeres, madres, hijas o las propias encuestadas.

Figura 13



Fuente: Elaboración propia, encuesta “*Roles e identidad de género: formas de ver y pensar y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba*”, (2024).

Si bien los varones aparecen en rubros como el mantenimiento y reparación del hogar o el pago de cuentas, su participación se concentra en tareas puntuales, de carácter esporádico y menos demandantes en términos de tiempo y afectividad.

En este sentido, a pesar de la presencia de varones en el hogar, las mujeres de la casa son las que asumen desde temprana edad el rol de colaboradoras, cuidadoras y organizadoras silenciosas de lo cotidiano. No se lo cuestionan, lo hacen y lo hacen “con amor”.

Como señala Marcela Lagarde (1990), esta distribución no se sostiene únicamente con represión o violencia explícita, sino también a través de la cultura, la educación emocional y los afectos, que generan lo que ella denomina *cautiverios*. Estos cautiverios no siempre son físicos, son estructuras simbólicas y normativas que regulan las formas de ser mujer, moldeando la subjetividad desde la infancia.

Las mujeres aprenden a obedecer, a ceder, a cuidar, a amar la entrega, no como imposición, sino como virtud. Esto simboliza la idea de que las mujeres no nacen para el sacrificio, lo aprenden, lo incorporan y pueden reproducirlo como parte de un horizonte de

sentido. Desde la perspectiva bourdiana (2007), lo que observamos es el efecto de la doxa, es decir, de ese conjunto de creencias y esquemas de percepción que se naturalizan y no necesitan ser explicitados para funcionar, porque se inscriben en el *habitus* y en las disposiciones. Estas disposiciones no solo orientan lo que las mujeres hacen, sino también cómo se sienten al hacerlo. Así, la necesidad se transforma en virtud, no solo “se hace bien”, sino que incluso puede sentirse bien hacerlo, pues el deber y el deseo aparecen imbricados.

La organización interna del hogar no solo se estructura en función del género, sino también de la edad y la relación de parentesco, reflejando así la división intrafamiliar del trabajo²⁸ (quién hace qué), la distribución del consumo (a quién se satisface primero), y la asignación de las responsabilidades dentro del núcleo familiar.

En las familias numerosas provenientes del barrio Sur de la localidad, caracterizadas por hogares generalmente populares, la responsabilidad recae en las mujeres de la casa, especialmente en la madre y hermana mayor como red de apoyo para las tareas de cuidado y domésticas, como nos relata una entrevistada en la siguiente cita:

Y mi mamá y nosotras cuando estábamos (...) porque siempre una, tenía una tarea, la otra tenía que barrer el patio, que tenemos un patio enorme, no tenías que tener sin una hoja (...) porque se cae la hoja, y ya fue mi papá y la levantó, o te retó. (...) la casa, la ropa, la comida y el cuidado era de mis hermanas, de mi mamá, si estábamos en la escuela, los cuidaba yo a mis hermanos, como más grande en su momento. ²⁹

El impacto de esta distribución desigual del cuidado se evidencia aún más en familias numerosas, que en la presente investigación pertenecen al barrio Sur de la localidad, donde la hermana mayor asume el rol de cuidadora principal en ausencia de la madre. “Yo fui su madre durante un año”, relata una entrevistada de 25 años al recordar el momento en que su mamá tuvo que acompañar uno de sus hermanos hospitalizado. Ella, con apenas doce años, cocinaba, limpiaba, llevaba a sus hermanos al jardín y hasta asistía a reuniones

²⁸ Jelin, Elizabeth; Pan y afectos: La transformación de las familias; Fondo de Cultura Económica; 2010; 224

²⁹ Fragmento de entrevista realizada a una mujer entre 36 a 49 años, que realiza trabajo doméstico no remunerado (ama de casa), la cual vivió su infancia en el barrio Sur antes de casarse y mudarse de barrio.

escolares. El padre estaba, “pero no cuidaba” por miedo a lastimar a su hijo y desconocimiento. Esa escena no solo habla de roles, sino de miedos masculinos y desigualdades afectivas.

Otra entrevistada del barrio Sur, de 23 años, narra cómo desde niña, ella y sus hermanas colaboraban con su madre mientras su padre trabajaba. A pesar de tener hermanos varones mayores, fue ella, como hermana mayor quien asumió las tareas domésticas:

Mi papá en ese entonces era albañil y bueno mi mamá ama de casa, y ayudábamos todos un poco. Con mis hermanas, en ese momento éramos 3, lo poco o mucho que podíamos hacer lo hacíamos.³⁰

En algunos casos, estas actividades representaban una gran responsabilidad y carga para niñas pequeñas o adolescentes, limitando su tiempo de juego, el vínculo con amigos o la participación en deportes y actividades extraescolares. Una entrevistada describe cómo, siendo hija mayor en una familia numerosa y una madre soltera, jefa de hogar, estudiante y trabajadora, el peso de la responsabilidad resultaba más significativo:

Preferiría no estar a veces con mis amigas, porque yo tenía otras responsabilidades fuera de mi casa. Entonces yo no podía irme tres días a jugar un provincial por más de que fuera de aguatera. Pero yo tenía otras responsabilidades, tenía que cuidar a mis hermanos. Yo salía de Educación Física y me volvía rápido, porque mi mamá iba a trabajar, iba a estudiar y por más que estuvieran las niñeras éramos muchos³¹

De todos modos, la entrevistada expresa que “quería volver rápido” a su casa, evidenciando que para ella no era una imposición, sino un deseo de asistir y apoyar a su mamá. Este ejercicio cotidiano, repetido y silencioso, configura una forma de saber hacer, un conocimiento práctico y afectivo que se adquiere en la experiencia misma. Las niñas que cuidan, siguiendo a Fatyass (2019), se vuelven expertas en leer gestos, en interpretar llantos, en administrar tiempos y emociones. Al ocupar este lugar de responsabilidad, adquieren cierto poder dentro del núcleo familiar, pues son quienes saben cómo cuidar, qué necesitan sus hermanos y cuándo intervenir.

³⁰ Fragmento de entrevista realizada a una niñera del barrio Sur entre 19 a 24 años.

³¹ Fragmento de una entrevista realizada a una docente del Barrio Sur entre 25 a 25 años de edad.

Como sostiene Sara Ahmed (2015), las emociones también nos orientan, nos enseñan dónde estar, con quién, para qué. En este caso, la afectividad misma se vuelve una forma de gobierno doméstico, las mujeres cuidan porque quieren, pero también porque no hay nadie más que lo haga, y porque el amor que sienten está profundamente entrelazado con el deber.

Una entrevistada recuerda su infancia, donde, aunque su madre estaba más presente y su padre también estaba en casa, ella asumía responsabilidades domésticas desde muy pequeña. A los cinco años ayudaba a limpiar y a cambiar los pañales de sus hermanos, describiendo su rutina como “una rutina de madre”, adelantada a su edad;

Después ya más en mi infancia haciendo un poco más de memoria cuando estaba mi viejo que por ahí mi mamá no trabajaba, si ella estaba mucho más presente, pero bueno, siempre tuvo a mis hermanos. Si por ahí recuerdo levantarme también bastante temprano porque, o, íbamos a la casa de la madre de mi mamá o algo había que hacer yo siempre ayude a limpiar como te digo fui como a una persona más adelantada a su edad. Entonces ayudaba yo, con cinco años, les cambiaba los pañales a mis hermanos, entonces era como tener una rutina de madre por ahí, esa es la rutina que yo tenía.³²

Trayectorias generacionales

Este patrón se repite en distintas generaciones. En las narrativas recuperadas, las mujeres entre 18 a 25 mencionan haber aprendido desde niñas a cambiar pañales, llevar a sus hermanos al jardín, cocinar, poner la mesa, lavar los platos, ayudar con las tareas escolares, hacerlos dormir y hasta asistir a reuniones escolares o controles médicos en ausencia de un adulto.

En el caso de las mujeres mayores de 30, sus relatos dan cuenta de cómo ya trabajaban cuidando niños/as a los 12, 13, 14 años o menos, combinando escuela con trabajo doméstico remunerado. Muchas lo describen como “Una ayuda para todos”, pero refiere a que además de colaborar con tareas desde la casa, aportaban económicamente trabajando fuera de la misma. Esta dinámica, según expresan, se reprodujo

³² Idem

generacionalmente, si sus madres comenzaron a trabajar desde los 7 años, ellas lo hicieron desde los 14.

sí, de chica a los 14 años yo cuidaba a una niña, porque después que mi mamá se separó, también seguí cuidando, siendo niñera, seguía estudiando, terminé quinto año trabajando con la chica de la Negrette cuidándolo a los niños y bueno era una ayuda para todos. (...) pero, no, de muy chiquita, no trabajé, ahora a ella (su madre) sí le tocó trabajar a los 7 años, la mandaron a trabajar a los ocho años, algo increíble, porque yo veo mis nietas, pensarlo es algo que me duele en el alma. Sí, yo creo que es algo tremendo.³³

Otra entrevistada, de 50 años del barrio Norte oriunda del campo en su infancia, evidencia en su relato cómo el tiempo dedicado a las tareas domésticas está feminizado. Relata que en el espacio del hogar se aprendía el deber hacer y no se cuestionaba.

Como mujer los gestos eran esos tener que colaborar cuando terminamos de comer, ayudar a levantar la mesa, a lavar los platos, a barrer, bueno, en el campo: el patio, en el pueblo: la vereda, eso era típico, de tareas femeninas³⁴.

Una mujer entrevistada de 70 años, recuerda cómo lo aprendido de su madre condicionaba su práctica cotidiana. Manifiesta una tensión entre cuestionar y reproducir esas prácticas: aunque afirma “no iba a hacer lo mismo”, también reconoce que “hacerlo no representa un sacrificio”. En otras palabras, el cuidado y la domesticidad se convierten en prácticas cargadas de sentido emocional, lo que las hace difíciles de cuestionar.

Y antes era todo muy, estricto, comer lo que se decía, seguir órdenes. Y bueno yo después cuando fui esposa, no iba a hacer lo mismo que mi mamá, pero lo mismo te pesaba, dudabas si lo estabas haciendo mal. Aunque yo pensaba sí no estás haciendo ningún sacrificio, hacelo, porque si te vas a revelar, tenés que revelarte

³³ Fragmento de entrevista realizada a una feriante del barrio Sur, del grupo de 50 o más, 2024. La entrevistada señala a su madre porque vive junto a ella, quien se encontraba cebándole mates y dialogando con nosotras.

³⁴ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa con un pequeño emprendimiento de artesanías en su hogar dentro del grupo de 50 años o más, 2024.

en cosas interesantes, importantes. A mí no me hace nada hacer la comida.
Atenderlo no es un sacrificio.”³⁵

Las prácticas de cuidado asumidas en la infancia no sólo estructuran lo doméstico, sino que condicionan las formas posibles de inserción laboral. Como lo sintetiza una entrevistada de 23 años, estudiante del barrio Sur, “representa nuestra primera experiencia laboral”. El saber hacer que se aprende desde niñas —cuidar, limpiar, sostener— se transforma posteriormente en capital disponible para trabajos generalmente feminizados, informales y desvalorizados, como vimos en los resultados de las encuestas, las mujeres en su mayoría trabajan siendo niñeras o limpiando casas.

El habitus generizado no solo guía lo que se hace dentro del hogar, sino también lo que se espera que una mujer haga fuera de él.³⁶ Las experiencias compartidas de las mujeres entrevistadas permiten comprender que las tareas de cuidado son afectivamente habitadas. A la mayoría de las mujeres les tocó cuidar en su niñez, y lo hacían con orgullo, amor, compromiso, con responsabilidad, no fue percibido como una llana obligación. Esta tensión entre agencia y estructura invita a leer sus narrativas desde una mirada más compleja.

El cuidado no se reproduce únicamente como mandato externo, sino como una práctica internalizada y legitimada desde la emoción, moldeada por la historia familiar, la clase, la edad y la posición dentro del hogar. Se trata de un saber hacer que se adquiere desde la infancia se aprende observando, haciendo, y sintiendo. En ese proceso, las mujeres se convierten en expertas en anticipar necesidades, sostener rutinas y gestionar afectos. Como señala Ortner (2016), se trata de una forma de agencia que otorga poder, genera presiones, inscribe proyectos y, al mismo tiempo, reproduce desigualdad.

Ahora bien, la incorporación del rol de cuidadora no ocurre del mismo modo en todas las mujeres. Al analizar las diferencias entre los dos barrios abordados, observamos que en el barrio Sur —“territorio popular” de Morrison— el cuidado aparece más intensificado, las mujeres asumen responsabilidades desde edades muy tempranas, muchas veces en ausencia de figuras paternas activas, en familias más numerosas y en contextos de mayor

³⁵ Fragmento de entrevista realizada a una jubilada de 70 años de edad

³⁶ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante universitaria de sociales, entre 19 a 24 años, 2024.

sobrecarga material y emocional. El cuidado se vuelve, en parte, condición de supervivencia. En contraste, en el barrio Norte —de clase media y media - alta—, si bien las disposiciones a actuar según el género se reproducen, aparecen mediaciones, como apoyos externos, mayores márgenes de reflexión, y cierta distancia entre el deber y el deseo. Sin embargo, en ambos territorios, el mandato de género se inscribe en el corporal y emocionalmente en las mujeres.

A nivel generacional identificamos matices igualmente significativos. Las mujeres mayores de 35—40 años tienden a narrar sus trayectorias desde un lugar de cumplimiento, del deber, de continuidad. En muchas de ellas, el cuidado infantil o doméstico fue también su primera experiencia laboral. Mientras que, las mujeres jóvenes, aunque asumen tareas similares, las interrogan con más claridad, hablan de cansancio, de deseo de otras posibilidades, de tensión entre el compromiso familiar y el proyecto personal. No obstante, continúan enfrentando estructuras sociales e institucionales que reproducen las mismas expectativas y demandas hacia ellas.

Estas diferencias no anulan el patrón común en las narrativas, “cuidar, limpiar, ayudar, sostener” *se escriben en femenino*. Lo que cambia entre las mujeres, son los recursos, las mediaciones y los márgenes de agencia, así como las formas en que se vive esa disposición. En todos los casos, el género se encarna no solo en lo que se hace, sino en cómo se lo siente, se lo piensa y se lo transmite.

Así, cuidar se vuelve no sólo una práctica relacional, sino un lenguaje corporal aprendido y una memoria afectiva que organiza las posibilidades de ser mujer en Morrison. Comprender cómo se produce y se reproduce esa disposición, desde dónde y con qué efectos, resulta clave para pensar los vínculos entre desigualdad, género y vida cotidiana en los territorios.

3.2 El modelo familiar y la centralidad masculina en la toma de decisiones

En las narrativas de las mujeres entrevistadas, se vislumbra con persistencia una estructura familiar vertical, organizada, simbólica y materialmente en torno a la figura masculina. Así, podemos notar una estructura en la que los varones ocupan una posición central en la organización familiar. El padre aparece en el lugar de autoridad, proveedor económico y figura de control, tanto en las decisiones cotidianas como en las trayectorias de vida de hijas,

esposas y madres. Esta centralidad no es simplemente un hecho del pasado, ya que, se inscribe como experiencia vivida, recordada y, en muchos casos, aún vigente.

Siguiendo a Jelin (2010) la *familia nuclear arquetípica*, actúa como un dispositivo que naturaliza la diferencia sexual y distribuye funciones en base a ello, o dicho, en otros términos, marca la forma en que se performativizan las normas de género. Dentro de este esquema el varón o *padre de familia* asume el rol de proveedor y la mujer performa su papel de “ama de casa”, realizando las tareas necesarias para la reproducción de la vida. Esta organización no solo distribuye desigualdades materiales (quién produce ingresos y quién no), sino también simbólicas.

Estas disposiciones se evidencian con especial contundencia en los relatos de mujeres del barrio Sur, espacio territorial caracterizado por una población que dispone generalmente de capital económico y cultural más desfavorable. En estos contextos, la dependencia económica hacia la figura masculina se intensifica, reforzando las condiciones para una organización familiar verticalista. Una entrevistada de 20 años proveniente del barrio Sur refuerza este argumento,³⁷ y recuerda cómo su padre se autodesignó jefe de hogar. No se trata solo de una práctica, sino de una creencia compartida, el padre actúa con su masculinidad dentro de lo esperado, y los demás miembros lo aceptan como parte del orden familiar.

Estas estructuras, en ocasiones, se vuelven aún más rígidas cuando se vinculan con prácticas de control y violencia, lo que demuestra que la autoridad masculina opera no sólo a través de la palabra o la provisión económica, sino también mediante el disciplinamiento del cuerpo y las emociones.

“Él me pegaba porque sí, porque lo mereces y por las dudas”, relata una entrevistada del barrio Sur de 25 años. Y agrega: “Una vez mi mamá terminó internada embarazada porque me quiso defender.”³⁸

³⁷ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur, entre 19 a 24 años de edad, 2024

³⁸ Fragmento de entrevista realizada a una docente y estudiante del barrio Sur, entre 25 a 35 años de edad, 2024

A medida que la madre comienza a ganar autonomía económica, surgen tensiones: “Cuando mi mamá empezó a trabajar en la peluquería y ganaba bien, a él no le gustó mucho.” La dominación masculina se articula también en torno a imposiciones morales sobre el deber ser de las mujeres. En el grupo de mujeres de entre 25 y 49 años, muchas relatan haber sido educadas bajo mandatos ligados a cómo vivir la sexualidad, el matrimonio, la maternidad obligatoria, y profesiones “adecuadas” para su género.

...por ahí no sé, mi mamá jodia mucho con lo del novio “no, tienen que hacer pareja porque una mujer tiene que hacer pareja y tiene que tener hijos, pero el hijo con la pareja” esa era una imposición en tu cabeza, era como que vos, no sé, eh... virgen al matrimonio.³⁹

En las narrativas de las entrevistadas aparece con frecuencia un conjunto de discursos y expectativas que orientan cómo deben comportarse las mujeres, qué pueden desear, qué trabajos pueden elegir o qué decisiones están habilitadas a tomar. Estos discursos no sólo indican lo “correcto”, sino también lo que es deseable, legítimo y valioso para una mujer: “Mi papá no quería que fuera policía ni hiciera el servicio militar, porque era de varón. Si me hubiesen dejado, yo habría hecho otras cosas...”⁴⁰

Estas moralidades no operan únicamente desde el castigo, se transmiten a través de lo afectivo, quien transgrede se siente mal, incómoda, culpable, avergonzada. Las emociones actúan aquí como tecnologías de género (Ahmed, 2004), regulando lo que se puede desear sin cuestionar el orden.

Así, el deseo se domestica, como relata una entrevistada del barrio Sur de 48 años quien deseaba ser policía...

siempre quise ser policía. Mi papá no quería que yo fuese policía porque no era una profesión para mujeres, en ese momento había pocas mujeres policías,

³⁹ Fragmento de entrevista del barrio Norte, entre 25 a 35 años de edad, 2024

⁴⁰ Fragmento de entrevista realizada a ama de casa del barrio Norte, entre 35 a 45 años de edad, 2024.

tampoco me gustaba estudiar, pero si me hubiesen dejado hacer lo que a mí me hubiese gustado sería distinto...⁴¹

Estas jerarquías se expresan con especial intensidad en los relatos de mujeres del barrio Sur, donde el peso de la comunidad, la familia extensa y la falta de autonomía económica reduce los márgenes para desobedecer.

El conjunto de prácticas que recuperamos a través de las narrativas, reproduce lo que Lamas (1994) define como un “*filtro cultural*” que ajusta las decisiones posibles a los cuerpos, quién puede desear qué, quién puede aspirar a qué, depende de si se nace varón o mujer. No se trata de grandes decisiones únicamente, son los actos cotidianos —quién habla, quién grita, quién manda, quién come primero— los que producen y sostienen el género. Como plantea Judith Butler (1993) estas prácticas performativas que encarnan la desigualdad, no son voluntarias, porque ya están dadas, son “anteriores al sujeto”, por ende, se perciben como naturales.

Entre las mujeres de 50 años o más, las narrativas sobre la infancia y juventud revelan con nitidez un esquema familiar jerarquizado, estructurado en torno a la centralidad masculina como proveedor y figura de autoridad. En estos relatos, la distribución de roles estaba fuertemente delimitada por la posición económica del varón, quien no solo traía el ingreso, sino que con ello legitimaba su lugar como quien decidía, organizaba y era servido primero: “La prioridad la tenía el hombre. Te sentabas a comer y él, que traía la comida a la mesa, era el que se servía primero, el que elegía.”⁴²

Este esquema no solo implicaba que el jefe de familia tuviera las últimas palabras en las decisiones dentro del hogar, sino que otorgaba una jerarquización explícita en la vida cotidiana.

⁴¹ Fragmento de entrevista realizada a una mujer entre 36 a 49 años, que realiza trabajo doméstico no remunerado (ama de casa), la cual vivió su infancia en el barrio Sur antes de casarse y mudarse de barrio.

⁴² Ídem

La prioridad la tenía el hombre, o sea, te sentabas a almorzar, a cenar, la prioridad la tenía él que trabajaba, el que traía la comida a la mesa tenía la prioridad de servirse primero, tenía la prioridad de elegir.⁴³

Adicionalmente, dentro del grupo de mujeres de 50 años o más, se visualiza en las narrativas, disposiciones a actuar que se incorporan desde la infancia;

Y mi viejo hablaba con mi hermano. Y mi mamá hablaba conmigo. O sea, el varón aconsejaba al varón, Y a la mujer se le ordenaba. El varón era como que mientras más travieso, más pícaro, más vivo mejor y la mujer no, la mujer sumisa. “Baja la cabeza y cállate la boca”⁴⁴

Podemos inferir que, desde edades tempranas, a los varones se les concede mayor “libertad de acción” — incluso cierta permisividad ante la transgresión — mientras que a las niñas se las corrige y vigila con más insistencia. En estos actos o prácticas cotidianas — como quién toma la palabra, quién aconseja a quién, quién debe obedecer — constituyen actos performativos que materializan y refuerzan al género dentro del hogar.

Era re normal escuchar que un hombre le gritara a una mujer en algún lugar, era normal. Y guarda con darte vuelta y mirarlo porque la ibas a ligar de arriba. Era normal que el hombre fuera una persona agresiva. Y si, siempre pasó por una cuestión económica. Y eso era muy marcado antes, que el hombre era el que traía la plata a la casa, el hombre era el que se rompe el lomo laburando afuera. Y la mujer también se rompió el lomo limpiando los pisos que a lo mejor eran de ladrillo. Y se rompieron lavando la ropa, que era a mano, y estrujando, y eso no tenía valor claro.⁴⁵

En este entramado, las estrategias de vida de las mujeres se ven condicionadas por la intersección entre clase, género y territorio. A las mujeres del barrio Sur se les dificulta más romper con determinadas estructuras y mandatos, en primer lugar, porque el capital

⁴³ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa con un pequeño emprendimiento de artesanías en su hogar dentro del grupo de 50 años o más, 2024

⁴⁴ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa con un pequeño emprendimiento de artesanías en su hogar dentro del grupo de 50 años o más, 2024.

⁴⁵ Ídem

económico suele estar en poder masculino y, por otro, porque las posibilidades son más limitadas, por ejemplo, en lo que refiere a lo laboral.

Comprender este proceso implica entender sus narrativas como expresiones encarnadas en un habitus generizado, performativo y afectivamente cargado. Es importante destacar, a través de la performatividad bulteriana, que estos esquemas, no se imponen por coerción externa, sino que se reproducen por actos cotidianos. La performatividad entendida como la reiteración de normas que anteceden y constituyen al sujeto, hace que dichas prácticas parezcan “naturales” o “evidentes” aun cuando responden a mandatos sociales e históricos específicos. Así gestos aparentemente triviales, como quién se sientan primero en la mesa, quién decide qué carrera profesional es adecuada para una hija, operan como actos performativos que encaran y refuerzan jerarquías de género y poder, produciendo sujetos que se reconocen así mismos en función de esas normas.

3.3 Narrativas en torno a sentires, afectos y emociones en memorias femeninas.

Para comprender cómo las mujeres entrevistadas configuran sus modos de ver, sentir y pensar sobre los roles de género a lo largo de su vida, es necesario detenernos en sus narrativas sentidas, en las asociaciones que construyen en torno a sus figuras parentales y en las emociones y/o afectos. Desde la sociología de las emociones y el enfoque bourdiano de habitus, es posible pensar como lo sensible y lo simbólico se entrelazan para estructurar prácticas que sostienen y reproducen un orden de género.

Siguiendo el pensamiento de Ahmed (2015), las emociones no deben entenderse como estados internos o individuales, sino que son fuerzas sociales que circulan entre los cuerpos, objetos y palabras, orientando lo que es “correcto” sentir, hacia quién, en qué momento y de qué manera. Nos enseñan a ubicarnos, nos orientan hacia ciertas figuras y nos alejan de otras, nos ordenan el mundo.

En el caso de las mujeres entrevistadas, transversal a cualquier edad y barrio, las emociones asociadas a las figuras paterna y materna están marcadas por una carga de género: la madre o figura femenina evoca afecto, seguridad, comprensión; mientras que el

padre aparece ligado, en muchos casos, a la ausencia, a la autoridad, el trabajo o incluso al miedo.

En las siguientes narrativas de mujeres del mismo grupo de edad podemos vislumbrar estas ideas:

La emoción sería como inseguridad... A mi papá lo relaciono con la negatividad, la frialdad. Mi mamá, al contrario, como seguridad o es como mi lugar así seguro, es amor.⁴⁶

a mi mamá la asocio con la comida y bueno, a mi papá sí es muchas cosas más, porque él labura, hace de todo⁴⁷

La asociación entre el padre con la dureza y el trabajo, la madre con el cuidado y el cariño, forman parte de un esquema emocional que refuerza la división social y generizada del trabajo y del afecto. Esto se relaciona con lo que Ahmed (2015) llama *economía afectiva del género*, lo cual explica que ciertas emociones son apropiadas por ciertos cuerpos. Es esperable que los cuerpos femeninos, tengan una disposición a actuar con sensibilidad, a cuidar y contener mientras que, de los cuerpos masculinizados se espera distancia, dureza o autoridad.

mi mamá me da calma (...) Y con mi viejo nunca tuve buena relación, a los dos los asocio a Belgrano y la cancha, pero, yo nunca entendí un montón de cosas, él no me genera muchas cosas. Mi papá es ausencia en muchos sentidos, es ausencia, es el grito, no son emociones buenas que quiero poner en palabras por ahí.⁴⁸

En las narrativas de las mujeres de 36 a 49 años, esta economía afectiva se matiza. Aparece un padre más relajado, vinculado a la risa, al ocio, pero la madre continúa siendo figura de control, la exigencia y control emocional. La autoridad afectiva permanece feminizada.

⁴⁶ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur, entre 19 a 24 años de edad, 2024

⁴⁷ Fragmento de entrevista realizada a una niñera del barrio Sur, entre 19 a 24 años de edad, 2024.

⁴⁸ Fragmento de entrevista realizada a una docente del Barrio Sur entre 25 a 25 años de edad, 2024

“mi mamá era exigente... es como que no sé, era la que ponía por ahí los límites, mi papá era como más relajado”⁴⁹ Por estos motivos, muchas veces la figura de la madre, se percibe de carácter fuerte: “De mi madre recuerdo el carácter...los objetos que me recuerdan o asocio a ella son las flores, las cosas delicadas como coronas, anillos, adornos y maquillaje”⁵⁰

Además, podemos ver la proyección de objetos socialmente asociados a lo femenino, que realiza la entrevistada. Las mujeres asocian a sus madres con objetos delicados, rituales de belleza y sensibilidad, reproduciendo el universo simbólico donde lo femenino se adscribe al detalle, al cuidado, y al cuerpo femenino. Los objetos son delicados, pero la asociación emotiva tiene que ver con la fuerza.

Cuando hablamos de la figura del “padre ausente”, lo que está en juego no necesariamente es una decisión voluntaria de no involucrarse emocionalmente en la crianza. Sino que, siguiendo a Ahmed (2015) referimos a una desigualdad emocional social de las emociones, que es efecto de las economías afectivas. Esta economía regula qué cuerpos pueden expresar ternura y cuales deben reprimirla, quienes deben sostener afectivamente y quienes deben tomar distancia.

El vínculo con mi papá, no fue bueno con mi papá, sí, con mi mamá, con mi mamá tengo un vínculo muy fuerte hasta el día de hoy (...) él es una persona por ahí, viste más fría. Pero él es así, poco expresivo. De eso sí recuerdo, no, mi papá, qué sé yo, muestras de cariño. Un abrazo, no, no, eso no lo tuve de mi papá, de mi mamá sí (...) Y mi mamá es el amor, la fuerza que me ha dado y no mi papá es ya te digo es la frialdad. A mi papá también lo relaciono con el trabajo porque a pesar de todo le han tocado trabajos muy duros desde chiquito, entonces yo lo puedo entender. No le quedó de otra. ¿Cómo podés vivir tanta crueldad y ser tierno? ⁵¹

⁴⁹ Fragmento de entrevista a una emprendedora del Barrio Norte, 2024

⁵⁰ Fragmento de entrevista realizada a una empleada en relación de dependencia, 2024

⁵¹ Fragmento de entrevista realizada a una feriante del barrio Sur, del grupo de 50 o más, 2024.

Este último testimonio revela también una reflexividad afectiva, donde la entrevistada justifica la distancia emocional de su padre por las condiciones materiales de su vida. Lo cual expone cómo incluso la ternura se vuelve “privilegio de clase”. La imposibilidad de expresar emociones o afectividad, evidencia que no solo las mujeres están sujetas a guiones emocionales, sino que también los varones son atravesados por una normativa de la masculinidad que indica cómo debe comportarse y expresarse un hombre. Aquí se entrelazan género y clase en una intersección que condiciona los modos posibles de sentir y expresar emociones, definiendo qué cuerpos pueden mostrarse sensibles y cuáles deben reprimir o endurecer sus afectos.

Así, mediante los objetos, silencios, gestos y memorias, se transmiten disposiciones afectivas que actúan como una pedagogía de género; se enseña qué cuerpos deben cuidar, qué cuerpos deben callar y qué cuerpos están autorizados culturalmente a ser ausentes.

3.4 El aula como escenario performativo: cuerpos, género y aprendizajes.

El aprendizaje incorporado sobre las formas de ver y pensar en el mundo no se limita a la crianza en el hogar, sino que incluye lo aprendido en el ámbito escolar. El aula no es solo un espacio de transmisión de contenidos, es un escenario performativo donde los cuerpos aprenden a moverse, a hablar, a ser leídos, corregidos, disciplinados y, en ocasiones, resistidos. Allí se despliegan interacciones con pares, docentes y autoridades que dejan huellas en las subjetividades, y permean hasta el presente adulto de las mujeres.

En el caso de las entrevistadas más jóvenes (19 y 24 años), aparecen con fuerza las interpelaciones de comentarios de figuras masculinas, principalmente de sus compañeros varones. Una entrevistada de 20 años del barrio Sur, recuerda “...una vez un chico me dijo si te depilaras las cejas serías más linda”⁵². Ese comentario abre preguntas: ¿de dónde surge esa expectativa estética?, ¿dónde la aprendió su compañero? Lo que se evidencia es la internalización de un ideal de belleza que circula en la familia, en los medios y en la comunidad, y que se reactualiza en la escuela como espacio de reproducción del sentido

⁵² Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur, 2024

común. La identidad de género de la entrevistada se configura así, reforzada por la repetición constante de normas entre pares y docentes, en el marco escolar.

Los ecos de este mandato se reflejan en expresiones recurrentes tales como “la mujer tiene que” o “es de varón”, las cuales imponen normas, comportamientos e ideales sobre las expectativas de lo que se considera propio o adecuado de una mujer. Por eso, nos pareció relevante resaltar otro fragmento de su diálogo que manifiesta cómo los cuerpos son inspeccionados, evaluados y comparados en el ámbito escolar, traduciéndose en incomodidad, autocensura y desembocando en una pedagogía de género. La entrevistada nos narra lo siguiente:

...llegaba el verano y como todo el mundo se burlaba de mis brazos yo andaba de mangas largas, capaz eran, no sé, hacía 30 grados y yo me estaba por descomponer del calor, pero como “ay las mujeres no tienen ningún pelo y que se yo” y yo andaba de mangas largas...⁵³

Siguiendo la misma línea de análisis, otra de las mujeres con 25 años de edad, se vio interpelada por la forma en la que sus profesores se dirigían a ciertas compañeras, en función de su apariencia física:

Yo tenía compañeras que estaban muy desarrolladas físicamente que no parecían ser adolescentes, de mí misma edad y tenían el privilegio de ser lindas, (...) lo tenían porque estaban más desarrolladas. Y eran chicas que vivían por ahí su sexualidad de otra forma y ellas, eh, como te digo, no...no es que el profesor haya pasado ni un límite ni nada, pero sí por ahí como que les prestaba más atención a esas chicas. También era una ventaja para mí, porque cuando yo dejaba de correr, él estaba viendo a las chicas lindas.⁵⁴

Aquí se evidencia cómo, incluso en espacios como la educación física, de la mano del docente se reproducen jerarquías basadas en la contextura corporal y los ideales de belleza. Algunos cuerpos quedan invisibilizados, considerados no “aptos” para hacer ciertas actividades deportivas. Por ende, esto provocó en la entrevistada, la idea de que,

⁵³ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur, 2024

⁵⁴ Fragmento de entrevista realizada a una docente del barrio Sur, 2024

para hacer actividad física, debía responder a ciertos parámetros, ocasionando, además, una comparación con sus compañeras.

En este sentido, la escuela no solo transmite conocimientos, sino que también construye disposiciones sobre los cuerpos y el género. Como señala Cipolloni (2021), “la cultura asigna determinados valores y significados socialmente legitimados sobre algunos aspectos corporales” (p. 22), lo que evidencia que los cuerpos se aprenden y se habitan a través de prácticas socialmente mediadas. Las críticas de compañeros, los comentarios de docentes y los ideales familiares y mediáticos se entrelazan, conformando un marco normativo que delimita el “deber ser” femenino.

El análisis intergeneracional muestra, además, cómo estas experiencias varían según la edad y el contexto social. Mujeres mayores de 50 años recuerdan dinámicas distintas: las diferencias se centraban en la relación con los compañeros varones y en la distribución de roles en actos o presentaciones escolares, más que en la comparación corporal entre compañeras. Una mujer del barrio Norte señala “por ejemplo en un acto, siempre las que decíamos un verso eran más las mujeres que el varón”⁵⁵.

Esto indica que, si bien la diferenciación por género es transversal a todas las generaciones, adopta formas particulares según la edad, la clase social y las narrativas culturales que circulan en cada época. La escuela actúa como un escenario donde se despliegan performatividades de género (Butler, 2007) situadas y complejas, mediadas por tradiciones, rituales, costumbres y significados acumulados históricamente, tal como lo describe Estrada (2001);

Los significados provenientes de los distintos ámbitos del saber y el hacer acumulados históricamente; la selección que de tal cultura hace la escuela con propósitos de enseñanza a las nuevas generaciones; las narrativas dominantes de nuestra cultura globalizada que han asimilado las familias y sus hijos; las tradiciones, rituales, costumbres e inercias propias de la escuela y de los docentes; y la configuración peculiar de significados construida por los alumnos y las alumnas en el marco de su experiencia previa y paralela a la escuela.

⁵⁵ Fragmento de entrevista realizada a una jubilada del barrio Norte, 2024

Por lo tanto, podemos afirmar que, a partir de esta mirada y la realidad atravesada por las entrevistadas, los educadores que forman parte de las instituciones educativas, se configuran como agentes de socialización de género, al actuar como “mediadores” de la cultura patriarcal⁵⁶ que los atraviesa.

Además, y para cerrar el apartado, podemos afirmar que el género opera como una categoría relacional que se cruza con otros marcadores sociales como la edad y la clase social. Esta intersección, da lugar a distintas experiencias sobre la interpelación de los mandatos de género, expresándose en diversos ámbitos, tanto en el espacio escolar como en el entorno familiar, sin embargo, estas experiencias comparten una raíz común: la reproducción (a veces intencional) de ideales femeninos heredados de generaciones anteriores.

Ahora bien, siguiendo a Rita Segato (2010), la escuela no es solo un espacio de transmisión, sino también de inscripción de la pedagogía patriarcal, allí se naturaliza que el varón observa, juzga, ocupa el espacio público, mientras que la mujer es mirada, corregida y restringida. Pero al mismo tiempo, como señalan Julieta Paredes (2010) y otras voces del feminismo comunitario latinoamericano, los espacios educativos son también terrenos de disputa, donde las mujeres encuentran grietas para cuestionar lo aprendido y generar prácticas alternativas.

A modo de resumen

En este capítulo tratamos de evidenciar que las mujeres entrevistadas aprenden a cuidar y asumir responsabilidades del hogar, en su mayoría sin cuestionarlo y haciéndolo desde el amor y el deber, por otro lado, a través de los relatos interseccionales entre las clases y las generaciones, se muestra cómo estas prácticas se naturalizan desde la infancia conformando no solo la vida cotidiana y afectiva, sino también estructurando sus trayectorias futuras.

⁵⁶ Que según Butler (2007), funciona como forma de jerarquía, para regularizar lo que se considera apropiado para los cuerpos y las subjetividades.

A su vez, en este apartado observamos cómo la figura masculina en el hogar aparece como imagen de autoridad, proveedor económico y regulador de normas, mientras que las mujeres se encuentran vinculadas al cuidado y a la subordinación emocional, desigualdades que se manifiestan con mayor énfasis en contextos más vulnerables, como en el barrio Sur, espacio territorial en el que las niñas asumen responsabilidades adultas desde muy temprana edad.

Además, las memorias de padres y madres se asocian a distintos objetos y emociones, en cuanto a las madres, suelen asociarse con emociones de afecto, seguridad, comprensión y amor, aunque también con exigencia y control. Los padres, en cambio, aparecen asociados a la ausencia, la frialdad, y la poca expresividad afectiva, los objetos que emergen en relación a ellos son principalmente el trabajo y la cancha de fútbol, símbolos de la provisión económica. Aunque en ciertos testimonios también aparece la justificación de esa frialdad por las condiciones materiales de vida, lo que revela cómo la dureza paterna se relaciona con una normativa de masculinidad atravesada por la clase y el género.

Asimismo, mostramos cómo la escuela y los vínculos sociales que se gestan dentro y fuera de ese espacio, reproducen estereotipos de género y cuerpos normativos, generando diferencias según clase, edad y generación, en ese contexto, las emociones juegan un papel fundamental actuando como tecnologías de género que orientan comportamientos y deseos. En definitiva, se devela que el género no solo se aprende desde la transmisión generacional y en el círculo familiar del hogar, sino que también se encarna y reproduce en los espacios cotidianos que habitan las mujeres, operando como una estructura afectiva y relacional extendida que opera desde el pasado en el presente.

Capítulo IV: Vivenciar la identidad *cis*

En este capítulo analizamos cómo se configura la identidad *cis* femenina a partir de ciertas dimensiones de la vida cotidiana, atendiendo al tercer objetivo específico. En primer lugar, indagamos sobre el tiempo que las mujeres dedican a sí mismas en su rutina diaria. En segundo lugar, exploramos la posición que adoptan frente a las actividades laborales y de cuidado en el presente. Por último, recuperamos sus perspectivas y/o experiencias en torno a la maternidad. De este modo, interpretamos las tomas de posición respecto del género y la configuración de la identidad *cis* femenina en su adultez.

4.1 La perspectiva femenina sobre el autocuidado en su vida cotidiana

En base a los mandatos que interpelan a las distintas generaciones, es relevante poder realizar un análisis sobre la perspectiva que tienen las mujeres morrisenses en torno al cuidado propio y el tiempo de calidad que se dedican a ellas mismas, a partir de sus narrativas. Para eso, recuperamos los relatos desde las edades más jóvenes, a las más adultas.

En primer lugar cabe aclarar qué entendemos por “autocuidado”, María Bosch Rodríguez (2021) lo define como el “resultado de pensar por uno/a mismo/a”, el autocuidado, el trabajo, las emociones y la libertad de las mujeres, están totalmente vinculadas, por eso, “al abordar la relación entre la condición socioeconómica (...) y las prácticas de autocuidado (...), es necesario considerar factores como la capacidad de cuidar de sí mismas, la atención a la salud física, emocional y psicológica, así como el acceso a la información y el nivel de escolaridad, pues todos influyen en sus vidas.” (Rodríguez Gutiérrez, B. A., 2025).

En tal sentido encontramos que las mujeres que tienen entre 19 y 24 años, se dedican tiempo para ellas mismas y las personas que quieren a su alrededor, tal como plantea una de las entrevistada, pertenecientes al barrio Sur: “... y si te soy real sí, el finde es donde más tiempo tengo para mí y para mi familia y para mi pareja.”⁵⁷.

⁵⁷ Fragmento de entrevista realizada a una niñera del barrio Sur, 2024

Sin embargo, en el grupo de edad que le prosigue (25 a 35 años), sin haber tanta distancia generacional, se vuelve significativo el hecho de dedicarse a su carrera profesional, porque no está naturalizado que así sea entre mujeres, como expresa una entrevistada: "... sí vos me decís tiempo para mí misma, en el tema de hacer algo que a mí me guste, ninguno. Pero sí me dedico mucho a mi vida profesional y estudios."⁵⁸, esta afirmación nos permite pensar que las oportunidades de estudiar y trabajar en un ámbito elegido, se constituyen también como una forma de cuidado personal. En este sentido, la experiencia de la entrevistada pone en tensión el modelo tradicional de feminidad y habilita nuevas maneras de ser mujer en la adultez, no definidas exclusivamente por la maternidad o la pareja, sino también por la reivindicación del derecho a la realización profesional.

Empero, tal como plantea Maria Bosch Rodriguez (2021) cuando las mujeres comienzan a trabajar fuera de sus hogares, a su vez, empiezan a desatender sus cuidados domésticos y personales, por ende, deben afrontar una doble vida laboral, fuera y dentro del hogar, lo cual demanda una relevante carga física y mental para ellas, dificultando la posibilidad de mantener en armonía la vida personal, familiar y profesional.

Además, "el objetivo del cuidado es mantener, continuar y reparar nuestro mundo para vivir y habitarlo de la mejor manera posible, esto incluye nuestro cuerpo a través del autocuidado y el entorno donde sostenemos la cotidianidad, las relaciones interpersonales, el mundo y la vida." (Rodríguez, Mena y Evangelista, 2024, p.3). Por eso, una de las entrevistadas, oriunda del barrio Norte, de 41 años, argumenta que, para estar bien en su trabajo, con sus hijos y con su pareja, necesita darse tiempo para ella misma;

...porque si no llegas a un estrés en donde después no te permite establecer buenas relaciones con tu pareja sobre todo... que uno por ahí se descarga con la pareja, con los hijos... Así que sí, me doy mi tiempo, mínimo hago una actividad física tres veces a la semana y no la dejo por nada en el mundo porque me hace bien física y mentalmente. Y también tengo salidas regulares con amigas, algunos pequeños viajes cada tanto, que eso también me hace muy bien y también salgo mucho por trabajo, así que eso también te ayuda. Yo creo que es la clave del éxito de la mujer

⁵⁸ Fragmento de entrevista realizada a una docente de química del barrio Sur, 2024

poder tener una vida equilibrada, o sea, hijos, trabajo y pensar en uno también (...)
...porque muchas mujeres frente a la comodidad de un sueldo o de un estándar de vida tienen trabajos que no les gusta, yo elegí primero ser feliz haciendo lo que me gusta y después lo demás debería venir solo, como el dinero por ejemplo ⁵⁹

En éste sentido, el fragmento permite realizar una comprensión en torno al cuidado como práctica cotidiana que abarca el cuerpo, los vínculos, el trabajo y el tiempo personal, es decir, la entrevistada menciona que a través de la realización de alguna actividad física o de sus encuentros con amigas, mantiene una rutina de autocuidado que le permite preservar su salud física y mental, pero ésta decisión no es meramente individual, sino que se inscribe en una lógica relacional, al reconocer que, si no se cuida, el malestar se proyecta en sus vínculos más cercanos, especialmente con su pareja y sus hijos.⁶⁰

Empero, la idea de que el bienestar propio es una condición necesaria para cuidar a otros y así mantener un equilibrio entre su vida personal y su familia, permite cuestionar la noción en torno al deber de la mujer, centrado exclusivamente en el sacrificio, puesto que, para ella, no deja de sentirse como una carga tener que cuidarse a ella misma, para mantener el bienestar de los demás.

Desde la perspectiva de Rodríguez, Mena y Evangelista (2024) el testimonio de la entrevistada da cuenta de la manera en la que el cuidado se convierte en una estrategia para habitar el mundo de una forma más justa y humana, puesto que, no se trata solo de tener que “resistir” a las tensiones entre trabajo y vida familiar, sino de reorganizar la vida cotidiana de modo que cuerpo, vínculos y deseos puedan coexistir.

De igual modo, otra entrevistada que se encuentra dentro del mismo grupo etario, empleada de una fábrica láctea en la localidad de Ordoñez, plantea que trata de sostener

⁵⁹ Fragmento de entrevista realizada a una emprendedora del barrio Norte, 2024

⁶⁰ En relación a eso, Joan Tronto (1987), sostiene que el cuidado es una actividad profundamente relacional e interdependiente, desde su enfoque el cuidado debe entenderse en un contexto más amplio de dependencia mutua donde el cuidado personal se convierte en un componente esencial en el sostén de la vida cotidiana.

un equilibrio entre el mantenimiento de su hogar, sus hijos y el tiempo que se dedica para ella misma o sus vínculos, incluso trabajando lejos de su pueblo.⁶¹

Los días fuera de temporada son levantarme a las 8, ocuparme de la limpieza, la escuela de las nenas, mates con alguna amiga, ensayo, cena y dormir (...) Soy de darme tiempo para mí, tengo generalmente dos horas para mis amigas y dos horas de baile, bailo salsa y bachata...tengo también mi momento de ver alguna película o serie, no me dejó consumir por una rutina⁶²

Mientras que, una mujer perteneciente al mayor grupo de edad (70 años o +), plantea que no solo puede tener la oportunidad de dedicarse a lo que le gusta, sino que también, ese ingreso económico le permite acceder a determinados gustos, sin tener que depender de alguien más:

Y lo que yo te puedo decir hoy en día es la libertad, soy de las que creo, no importa el título que tengas podés ser peluquera, médica, lo que vos se te ocurra, pero lo que tenés que hacer es salir de tu casa y decir me voy a laburar contenta, o sea, si pudiésemos llegar a todos tener ese tipo de trabajo que a vos te alegre el ir a trabajar. (...) Cuando yo empiezo a trabajar y entiendo que poder tener esa moneda, me permitía a mí comprarme el pantalón de jean que yo quería, la remera, que yo quería y poder, sin tener que depender de nadie. Y eso para mí fue un punto, o sea un punto a favor, el poder saber que yo misma lo podía lograr. ⁶³

A diferencia de las mujeres mencionadas anteriormente, quienes permanecieron en el ámbito doméstico, ella pudo desempeñar una actividad laboral fuera de su hogar, por eso es importante resaltar de esta experiencia la autonomía que le brinda a las mujeres poder trabajar fuera de casa, sobre todo en términos económicos, en definitiva, “el aumento tanto de la oferta como de la demanda de capital humano femenino puede incrementar la capacidad de la mujer de lograr una mayor prosperidad individual y mejorar el bienestar de todas las mujeres.” (Gwartney, 2011, p.190).

⁶¹ Cabe destacar que, en la localidad de Morrison, no suelen tomar mujeres para trabajar en las fábricas.

⁶² Fragmento de entrevista realizada a una empleada de una fábrica láctea del barrio Sur, 2024

⁶³ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa y emprendedora del barrio Norte, 2024

Sin embargo, otra mujer del mismo grupo etario, residente del barrio Sur, relata una vivencia diferente: durante su juventud trabajaba en otra localidad alejada de Morrison, por lo que debía viajar y dependía de los horarios de colectivos porque era su único medio de transporte. Pero su experiencia se vio marcada por la falta de acompañamiento por parte de su pareja con quien convivía en ese momento:

Tremendo venir y estar viste, el mal carácter, pasarlo mal, porque venir y claro, yo venía una menos 20. Llegaba acá tarde. A pesar de que es joven él, pero sí, él tuvo una crianza muy machista actualmente se ha deconstruido bastante, pero siempre tiene esa cuestión viste.⁶⁴

Por ende, la oportunidad de poder dedicarse a trabajar fuera de su hogar, no siempre es beneficiosa para las mujeres si no tienen el acompañamiento de su entorno familiar o el grupo conviviente, mucho menos va a resultar fácil tener una rutina en la que deba sostener al mismo tiempo el mantenimiento del hogar, el cuidado de sus hijos/as, el tiempo con su pareja y el que se puede dedicar a ella misma.

En síntesis, el análisis intergeneracional del autocuidado da cuenta de la interpelación cotidiana que atraviesan las mujeres con respecto a los mandatos normativos de género y las nuevas formas de habitar sus cuerpos, deseos y tiempos. Aunque algunas enfrentan tensiones en torno a la carga mental, el trabajo doméstico y las exigencias sociales, el autocuidado aparece en este contexto como una práctica relacional, que pone en cuestión y resignifica los sentidos hegemónicos de ser mujer ⁶⁵. Esta mirada nos permite abordar a continuación la experiencia en relación a la maternidad, por eso, exploramos cómo la viven, piensan o cuestionan las distintas generaciones en función de sus deseos, trayectorias y contextos.

⁶⁴ Fragmento de entrevista realizada a una emprendedora del barrio Sur, 2024

⁶⁵ Entendemos el “deber ser” como la cristalización de un conjunto de mandatos de género (Lagarde, 1996) que orientan y limitan las prácticas, deseos y afectos de las mujeres en contextos específicos. Estos mandatos no se transmiten únicamente a través de la coerción, sino que muchas veces circulan mediante vínculos afectivos —madres, abuelas, tías— que, en nombre del cuidado, enseñan a “guardar las apariencias” o a priorizar la reputación por sobre el deseo propio.

4.2 Maternidad(es): relatos, tensiones y resignificaciones

En consonancia con lo desarrollado anteriormente, algunas mujeres soñaban con ser madres, para otras no estaba en sus planes; sin embargo, muchas llegaron a serlo y a partir de ello construyeron su propia visión de la maternidad. Este apartado analiza cómo las perspectivas sobre la maternidad varían según la edad, la posición social y el contexto histórico y cultural, considerando también las condiciones materiales de existencia y el legado familiar, que pueden a las mujeres un valor memorial sobre su experiencia.⁶⁶

Desde el feminismo, la maternidad ha sido objeto de crítica y reflexión. Simone de Beauvoir (1949) argumenta que la maternidad puede presentarse como una elección forzada por el entorno social, constituyéndose en el destino casi inevitable para las mujeres. Otras discusiones⁶⁷ analizan la poca valoración del trabajo de crianza, las presiones sociales sobre las “formas correctas” de materner y cómo estas expectativas atraviesan a las mujeres en distintos ámbitos de su vida.

Siguiendo el orden cronológico de los grupos etarios, entre las entrevistadas del grupo de edad más joven, nos encontramos con una estudiante que decide dedicar su juventud a perseguir sus propias aspiraciones o a tomarse el tiempo necesario para sentirse preparada para ser madres. Esta estudiante de 21 años, argumentó lo siguiente:

Pienso que me parece horrible que algo te éste creciendo dentro del útero y que te pasen un montón de cosas feas, por eso y aparte yo no quiero gastar mi plata en otro ser humano, quiero toda mi plata para mi sola⁶⁸

Otra entrevistada de 30 años, reflexiona sobre la responsabilidad que implica materner:

Y con respecto a la maternidad yo la verdad es que no me visualizo hoy como madre porque considero que por ahí tengo muchas cosas que replantearme, crecer y aprender, yo digo que son responsabilidades enormes, inmensas y que por ahí hoy en día no se las toma con el compromiso que realmente se las debe tomar, porque

⁶⁶ Arfuch (2010)

⁶⁷ Como Silvia Federici, en su libro: “Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas” (2013)

⁶⁸ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur

vos estas... digamos... contaminando a una persona con todos tus valores, todas tus creencias y vos estás creando una persona competente para la vida (...) no, aun el deseo de maternar no nació en mí, espero que algún día sí...⁶⁹

Estas narrativas muestran que, para las jóvenes, la maternidad se percibe como una decisión consciente, que requiere estabilidad, preparación y responsabilidad. Comprenden el impacto emocional, social y psicológico que implica asumir El rol de madre en la realidad actual.

Sin embargo, a pesar de tener distintas razones, podemos afirmar que, en las generaciones más jóvenes, el hecho de ser madres no supone una presión o un mandato social en el que se sientan obligadas, por el contrario, prefieren priorizar cuestiones personales, perseguir otros objetivos o inclusive dedicar el tiempo necesario a tener las mejores herramientas posibles para criar a un/a hijo/a. De esta forma, la maternidad aparece como una elección que requiere estabilidad emocional, preparación personal, y responsabilidad ética, asumiendo que maternar implica algo más profundo que la reproducción, es “crear a una persona para la vida”, así lo argumentó una de las entrevistadas.

Esta visión resalta la necesidad de repensar las condiciones materiales y simbólicas que rodean la crianza, el deseo de ser madres, la autonomía femenina y la disminución de la natalidad. En este sentido, Ríos Espinosa (2025)⁷⁰ analiza las posibles causas de disminución de la natalidad, señalando cambios socioculturales, el acceso y uso generalizado de métodos anticonceptivos y mayor acceso a la educación sexual integral. Estas transformaciones impactan directamente sobre las decisiones de las mujeres, al proporcionarles mayor conocimiento sobre salud reproductiva, lo que les permite planificar, tomar decisiones conscientes e informadas, favoreciendo así la posibilidad de maternidades deseadas.

Aunque, las decisiones reproductivas no son únicamente personales, sino que se encuentran profundamente atravesadas por normas sociales y expectativas de género.

⁶⁹ Fragmento de entrevista realizada a una paramédica del barrio Sur, 2024.

⁷⁰ Ríos Espinosa, Y. (2025). La baja tasa de natalidad como fenómeno moderno de la sociedad. Tecnológico de Antioquia, Institución Universitaria.

Aquellas mujeres que no desean maternar, pueden ser criticadas o expuestas a la exclusión social por la decisión de no ser madres. Como señala Rojas Madrigal (2023),

Quando la sociedad te deja fuera del reconocimiento social de tu género por una decisión reproductiva, queda la rabia, la posibilidad de criticar, cuestionar y molestarse, por ser ubicada en ese espacio frontera (...). La discriminación reproductiva crea una dicotomía entre mujeres—madres/mujeres no—madres, donde a las últimas les es negada la pertenencia a la construcción tradicional de «ser mujeres».

La maternidad en la actualidad, trae nuevas complejidades, el cuestionamiento de las madres está orientado a la idea de “crianza respetuosa”, la cual propone romper con los patrones heredados y maternar de manera diferente a la que nos criaron nuestras madres. A este planteo se le suma la influencia de la sobre información por el avance de la tecnología, lo cual genera la comparación constante por el consumo masivo de contenido en redes sociales, tal como plantea una de las entrevistadas, quien no está de acuerdo con las ideas que se reproducen sobre la “maternidad respetuosa” y que cumplió su deseo de ser madre, pero no en las condiciones que hubiese querido, no sólo en términos materiales, sino porque, además, es madre soltera:

yo de chica quería ser madre. Fui madre, pero no las condiciones capaz que hubiese querido, pero si, voy a decir que se transformó se transformó, pero nada, mi sueño es ser madre. Yo lo cumplí, no por ahí siendo madre adolescente, estando sola y demás y todo lo que conlleva que no es arrepentimiento, sino las dificultades que conlleva serlo, el ser madre si lo quería⁷¹.

Soy la peor madre del mundo. Eso es lo que pienso el 90% del tiempo, porque yo veo que por ahí hay tantas personas con tantas herramientas y te venden la fachada horrible, de la maternidad respetuosa, me parece como un extremo.

Vos no podés estar todo el tiempo, y menos si sos madre soltera. Que eso, es algo que lo he hablado también con otras madres que son madres solteras, o madres que también son solteras y trabajan, la presión a la maternidad, dios. (...) por ahí el ser chica, vos estás aprendiendo con él, vos te estás terminando de criar con él. Hoy sí

⁷¹ Fragmento de entrevista realizada a una profesora del barrio Sur, 2024

soy un adulto ya todo lo que vos quieras, pero yo también tuve 16 años, era una nena criando un nene.⁷²

En este relato es interesante resaltar las emociones expresadas por la entrevistada, recuperando algunas frases como “la presión de la maternidad” o “soy la peor madre del mundo”, porque en ellas podemos observar un sentimiento de culpa que puede analizarse como una emoción socialmente estructurada, puesto que, las madres eligen tener hijos, pero aun sienten presiones sobre cómo llevar adelante esas instancias por todas las razones mencionadas hasta el momento.

Del mismo modo, dos mamás mayores de 36 años, nos brindan una perspectiva en común sobre la maternidad, que implica no romantizar el hecho de ser madre, refiriéndose a que no es solo una experiencia que se da naturalmente, sino que debe ser compartida, acompañada, deseada, y que, además, las condiciones materiales de existencia también deben ser dignas para poder criar a un/a niño/a:

Primero que la maternidad no hay que romantizarla, tiene que ser deseada más de lo que uno piensa y tiene que ser compartida, maternar tiene que ser compartido.⁷³

de la maternidad, después de ejercerla durante 23 años concuerdo que no la romantizo haciéndome creer que es lo más hermoso del mundo, porque no lo es...creo que lo bonito de ser madre es tener sano y salvo el ser que por naturaleza llegas a amar de una forma inconmensurable y sin condiciones⁷⁴

En este último caso, a pesar de que reflexiona y cuestiona la maternidad, se siguen presentando en su relato expresiones como “por naturaleza llegas a amar”, lo cual puede revelar que el amor materno también es una emoción construida socialmente al dar por supuesto que la mujer ama incondicionalmente a sus hijos, solo por el hecho de haber dado a luz. Sin embargo, desafía esta teoría cuando menciona: “no la romantizo haciéndome creer que es lo más hermoso del mundo” reconociendo así, que el instinto

⁷² Fragmento de entrevista realizada a una profesora del barrio Sur, 2024

⁷³ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa del barrio Sur, 2024

⁷⁴ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa del barrio Sur, 2024

materno no es una condición biológica de las mujeres y que la maternidad no es una experiencia que garantice felicidad.

Por último y llegando a la generación más grande de edad de nuestro trabajo, nos encontramos con una mamá mayor de 50 años, ahora jubilada, que al pertenecer al barrio Norte, sus condiciones materiales de existencia y sus posibilidades económicas para criar a sus hijos/as, fueron distintas a las demás madres pertenecientes al barrio Sur, puesto que, además de las cuestiones materiales, mantuvo una familia ensamblada tanto en su niñez, como en su adultez, con sus padres presentes y una pareja estable, por eso, su perspectiva de la maternidad, es totalmente diferente a las demás:

Yo fui mamá a los 26 años en la primera, 29 en la segunda. Me parece algo maravilloso. Hoy en día si alguien me pide un consejo, yo te diría si podés ser mamá, es lo más hermoso que puede darte la vida, es el poder ser mamá, particularmente personalmente lo vivo. No es que sea un castigo por la edad, que tengas a veces muchos te pueden llegar a decir bueno, pero están jóvenes, pero un hijo no te arruina la vida, eso sí, te la va a cambiar, pero no te la va a arruinar.

De este modo, las condiciones materiales de existencia y el contexto social no sólo inciden en las formas de crianza, sino que también abren posibilidades para que las mujeres construyan distintas formas de significar la maternidad y de elaborar prácticas de cuidado con sus hijos/as.

Además, podemos concluir que, a partir de los relatos anteriormente mencionados, el amor materno ha sido naturalizado, ocasionando una serie de tensiones emocionales cuando la realidad de maternar no coincide con la imagen idealizada de la misma. Por otra parte, y para ir cerrando el apartado, la maternidad deseada es una discusión contemporánea que se vincula directamente con las tareas domésticas y la libertad de elección de las mujeres.

Repositorio narrativo: Voces nativas de Morrison

Pedagogías afectivas del género: ¿Aprendiendo a guardar las apariencias?

En este apartado, construimos un *repositorio narrativo*, recuperamos fragmentos significativos de entrevistas que ilustran cómo las mujeres de Morrison transmiten, resisten o resignifican los mandatos de género en su vida cotidiana abordando especialmente temáticas emergentes asociadas a lo laboral y a las políticas públicas disponibles, vinculadas al problema de la investigación. En este sentido, proponemos esbozar algunas reflexiones que, si bien se encuentran en estrecha relación con lo desarrollado a lo largo del trabajo, se configuran como posibles líneas de indagación futura.

Nos referimos, a aquellas vinculadas a la socialización femenina y a las oportunidades laborales de las mujeres en una localidad pequeña, dimensiones ya abordadas en los capítulos anteriores, pero que adquieren nuevos matices al ser analizadas en relación con otro eje central: la pedagogía de la crueldad (Segato, 2018). Esta se manifiesta en localidades pequeñas a través de la vergüenza, el señalamiento y las prácticas de control social ejercidas por los habitantes de la misma, elementos que atraviesan la experiencia de las mujeres tanto en sus procesos de socialización como en la implementación y alcance de las políticas públicas dirigidas hacia ellas.

En las narrativas de las entrevistadas emerge con fuerza una dimensión muchas veces invisibilizada del rol que ocupan las madres, abuelas u otras mujeres cercanas en la transmisión de normas de género. Lejos de tratarse de una imposición violenta o autoritaria, esta interpelación suele estar mediada por el afecto, la preocupación y el deseo de “proteger” o “enseñar” a las hijas, sobrinas o nietas dentro de los márgenes de lo que se considera “ser una buena mujer”.

Como señala Marcela Lagarde (1990), muchas mujeres se convierten en reproductoras del mandato patriarcal, no siempre de manera consciente, sino motivadas por vínculos de amor, lealtad o deber. Dichos mandatos se expresan en múltiples formas, desde la transmisión de normas sobre la vida sexo—afectiva, hasta la imposición de modelos

estéticos estereotipados y jerarquías morales que legitiman determinadas formas de vida, deseo o comportamiento, al tiempo que desvalorizan y excluyen otras.

En el tópico de lo físico, una entrevistada de 20 años, nos comentó que pasó su infancia en el campo, al cuidado de su abuela, mientras sus padres trabajaban; en ese contexto manifestó:

La tía de mi abuela (...) que es la que nos cuidaba, cada vez que yo, a veces comía mucho, a cada rato o no comía mucho, pero comía a cada rato, y me decía que era una gorda chancha o cada vez que abría la heladera me decía que era una gorda chancha⁷⁵

Esto influyó en su presente adulto, lo cual se vio reflejado más adelante en la entrevista, donde comentó que cuando acudía a la casa de su novio, no comía mucho por miedo a que él o su familia pensarán lo mismo que la tía de su abuela cuando era niña, lo cual puede deberse según Bourdieu, a la presencia actuante de todo pasado, es decir, la percepción que adquirieron las mujeres entrevistadas a través de la transmisión social y generacional de la visión del mundo y los recuerdos de su “pasado infantil”.

Paralelamente, también recibía comentarios por parte de su círculo familiar más cercano sobre su cuerpo o su forma de vestir, “...mi mamá a veces me decía vestite más como señorita, si yo usaba remeron, tenés que usar top (...)”⁷⁶ en un sentido maternal de cuidarla de la exposición, se cuida porque se ama, pero también porque “afuera” —en el pueblo, en la calle— hay juicio y riesgo. Por otro lado, comenta que su papá una vez señaló de manera despectiva que tenía “las piernas peludas” lo que no era propio con la idea de “señorita”⁷⁷, reflejando que los ideales femeninos, son reproducidos dentro del ámbito familiar de generación en generación. En su presente adulto, reconoce y cuestiona estas experiencias, resignificando lo vivido, es decir, comprende que esos comentarios formaban parte de los mandatos de género internalizados, pero ahora, ya no determinan su relación con su cuerpo ni su manera de vestirse.

⁷⁵ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur, 2024

⁷⁶ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur, 2024

⁷⁷ Fragmento de entrevista realizada a una estudiante del barrio Sur, 2024

Respecto a lo sexo—afectivo, citamos a una entrevistada de 25 años de edad del barrio Sur: “Mi mamá jodía mucho con lo del novio: ‘una mujer tiene que hacer pareja, tiene que tener hijos, pero con una pareja’. Eso te lo metían en la cabeza como una regla.”⁷⁸ La narrativa nos muestra la naturalización sobre la idea de que el proyecto esencial de una mujer debe ser tener pareja, estructurando un estilo de vida que legitima determinadas formas de ser mujer mientras excluye otros, como la vida sin pareja u otro proyecto personal que no incluya estos planes, sino más bien la realización de una carrera o la búsqueda de un trabajo que pase a ocupar un lugar vital en la vida de una mujer, además, cuando menciona “eso te lo metían en la cabeza. Como una regla” hace referencia a cómo los ideales femeninos operan como dispositivos de poder, los cuales disciplinan los cuerpos y deseos a través de la repetición de discursos socialmente aceptados, inclusive en espacios socioafectivos como es la familia.

El “guardar las apariencias” es una idea que se repite en las mujeres del pueblo; las referentes mujeres se preocupan en resguardar el cuerpo sensible al juicio social, que podríamos llamar “reputación”, la pedagogía moral de género asume más implicancia en contextos pequeños como un pueblo de solo 4000 habitantes, donde el control social se ejerce a través de la mirada constante del entorno. Como bien sintetizó una entrevistada mayor del barrio Norte: “En un pueblo lo primero que tenés que perder es la vergüenza... todo se mira, sobre todo por ser mujer.”

Esta presión por ajustarse a lo que se espera —ser discreta, cuidadosa, femenina— produce subjetividades disciplinadas, pero no pasivas. Varias mujeres del estudio narran resistencias, reinterpretaciones y estrategias de afirmación. Por ejemplo, la educación aparece reiteradamente como un horizonte de independencia posible, un proyecto propio frente a la dependencia económica o la repetición de mandatos.

Estas voces revelan una clara conciencia intergeneracional: muchas de las entrevistadas mayores proyectan en las jóvenes las oportunidades que ellas no tuvieron o que debieron conquistar a costa de sacrificios. Desde un enfoque interseccional, es clave advertir que

⁷⁸ Fragmento de entrevista realizada a una docente del barrio Sur, entre 25 a 35 años.

estas experiencias no son homogéneas. Las mujeres del barrio Sur, enfrentan mayores obstáculos para acceder a estudios o empleos estables.

En este sentido, los silencios también dicen. Una entrevistada de más de 50 años, militante feminista local, relata cómo muchas jóvenes del pueblo prefieren callar frente a situaciones de abuso por temor a la vergüenza, al juicio vecinal o al descrédito institucional.

La idea de “guardar silencio” y no “nombrar” lo sucedido no solo responde a una estrategia de supervivencia individual, sino que es parte de un dispositivo colectivo de control moral, que se sostiene en contextos sociales pequeños a través del rumor, la vigilancia informal y la vergüenza pública.⁷⁹

“Vivimos al lado del abusador, pero lo naturalizamos (...) después los abusos no se hablan (...) las chicas tienen miedo a la vergüenza del pueblo, que te nombren, porque acá nos conocemos todos (...) cualquier cosa queda a la vista de todos.”⁸⁰

La denuncia, cuando ocurre, activa respuestas institucionales insuficientes o revictimizantes. Como narra esta entrevistada, el relato de abuso es muchas veces deslegitimado desde el primer contacto con el Estado, “Vamos a hablar con... [policía] y me dice de la que estaba tomando la denuncia: ‘sí, pero las chicas meten a sus novios a las casas’.”⁸¹ Podríamos poner en consideración cómo la culpabilización de la víctima se instala como práctica social, donde la conducta femenina tiende a ser observada, juzgada y sancionada con mayor severidad que la masculina, planteando la necesidad de seguir explorando sus implicancias en nuestro análisis. Como sostiene esta mujer: “Ser mujer en una localidad pequeña te lleva a enfrentarse a un montón de prejuicios de pueblo (...) todo se mira más por ser mujeres, tu ropa, tu forma de ser, tu trabajo, la cantidad de novios que tuviste.”⁸²

⁷⁹ Norbert Elias y John L. Scotson (2016) en “Los establecidos y los marginados” analizan cómo, en pequeñas comunidades, (al igual que sucede en nuestro trabajo), el rumor y la vergüenza pública operan como mecanismos de control social, donde la vigilancia informal sostiene jerarquías y refuerza normas morales, muchas veces a través del silenciamiento de lo que resulta disruptivo

⁸⁰ Fragmento de entrevista realizada a una emprendedora del barrio Sur, 2024

⁸¹ Fragmento de entrevista realizada a una emprendedora del barrio Sur, 2024

⁸² Ídem

Esta pedagogía de la vergüenza no opera por imposición directa, sino como parte de un sistema afectivo y normativo que, desde lo cotidiano, regula lo que se puede decir, hacer y desear. Tal como señala Rita Segato (2003)⁸³, en los vínculos familiares –en especial en la figura materna– se reproduce un orden moral de obediencia, donde el deber de cuidar la imagen pública femenina se presenta como forma de protección, pero actúa también como límite a la autonomía. En definitiva, en pueblos pequeños como Morrison, la transmisión de normas de género no se ejerce sólo a través de instituciones, sino también mediante afectos, silencios y pedagógicas cotidianas que circulan en la familia, la comunidad y el rumor social.

La afectividad, entonces, se vuelve ambigua: es al mismo tiempo sostén y obstáculo. Las mujeres acompañan, educan, aconsejan, pero también reproducen una serie de mandatos que aseguran la reproducción del orden patriarcal. Y en los pueblos, donde el entramado comunitario es más estrecho y las oportunidades más escasas, ese entramado de control moral se intensifica y se hace cuerpo: un cuerpo que calla, se cuida, se esconde o huye.

Las emociones, entonces, no sólo acompañan el recuerdo, sino que son formas de control social, de autocensura, y también de politización. Las mujeres de Morrison narran con matices, contradicciones y deseos que revelan los márgenes y posibilidades de sus vidas. A través de sus testimonios, se configuran genealogías femeninas marcadas por el amor, la protección, la frustración y la esperanza.

A pesar de este contexto, emergen también voces que expresan agencia, estrategias de resistencia o reinterpretación de los roles: desde quienes deciden trabajar para no depender económicamente, hasta quienes promueven proyectos colectivos, sostienen vínculos de apoyo o acompañan a otras mujeres en procesos de denuncia.⁸⁴ Estas formas de implicación —aunque contradictorias— muestran cómo las mujeres no solo son producto de las estructuras, sino también productoras de nuevas formas de ser y de habitar lo posible.

⁸³ Segato, Rita Laura, *Las estructuras elementales de la violencia* — la ed. — Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2003. 264 p.

⁸⁴ Estos temas en particular son líneas futuras abiertas por éste trabajo

Condiciones estructurales y narrativas femeninas sobre el mundo laboral en Morrison

En los relatos de las mujeres entrevistadas, el mundo del trabajo aparece atravesado por desigualdades de género, clase y territorio que configuran las posibilidades de autonomía económica. En Morrison, la oferta laboral es escasa para toda la población, pero más limitada aún para las mujeres, que suelen quedar relegadas a empleos de baja calificación, inestables o mal remunerados, en especial en tareas feminizadas como el cuidado o el servicio doméstico. “En este pueblo, si no vas a limpiar una casa, no hay mucho para hacer. Es como que directamente trata de estudiar algo y volá. No te queda otra.”⁸⁵ relató una de las mujeres del barrio Norte.

La falta de empleos formales con derechos laborales, sumada a una división social y generizada del trabajo todavía fuertemente arraigada, genera que muchas mujeres trabajen en condiciones precarias, o bien queden directamente excluidas del mercado laboral. Como señaló una joven del barrio Sur:

“No es fácil encontrar trabajo en el pueblo. Las mujeres se tienen que ir a otro lado porque el trabajo que hay acá para las mujeres es barrer la calle, que no está mal, pero es eso o atender un local.”⁸⁶

Esta desigualdad se agrava por el hecho de que los empleos mejor remunerados y estables —como los relacionados a EPEC, ferrocarril, bancos o puestos técnicos— son mayoritariamente ocupados por varones: “Fíjate que los mejores trabajos en mi pueblo están ocupados por hombres. La EPEC, el ferrocarril... donde hay buena paga, hay varones.”⁸⁷ Frente a este panorama, las mujeres colocan la educación como una herramienta clave para la autonomía y como vía para “salir del pueblo” o acceder a otras oportunidades. La insistencia en “que estudien” atraviesa generaciones y sectores sociales: “Lo mejor que podemos dar como sociedad es que estudie, sobre todo una mujer, porque para nosotras es más difícil que para los varones conseguir trabajo sin estudios.”

⁸⁵ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa y emprendedora del barrio Norte, 2024

⁸⁶ . Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa y ayudante de electricista, del barrio Norte, 2024

⁸⁷ Fragmento de entrevista realizada a una ama de casa y emprendedora del barrio Norte, 2024

“Que estudie y que sea ella misma. Pero siempre que estudie y no deje que un hombre las trate mal.”⁸⁸

La centralidad de la educación como estrategia de futuro se conecta con la conciencia de la vulnerabilidad económica que implica depender de una pareja o de empleos informales, sobre todo para quienes han atravesado situaciones de violencia o crianza en soledad. El trabajo, entonces, no solo es un medio de sustento, sino un eje de dignidad, libertad y reconocimiento: “Salir a trabajar me permitía comprarme el jean que yo quería, sin depender de nadie. Eso fue un punto a favor para mí.”⁸⁹

A la vez, muchas entrevistadas denuncian la falta de políticas públicas locales orientadas a la inclusión laboral con perspectiva de género. En palabras de una entrevistada del grupo de 25 a 36 años:

“Bueno, laboralmente no hay nada (...) yo creo que Morrison es un pueblo que a la mujer la quiere sumisa y silenciar, porque también tiene muchas zonas que supuestamente son de ayuda que están vacías, que no se explotan como se deben explotar, no se trabajan adecuadamente.”⁹⁰

Pese a que existen dispositivos institucionales como “Punto Mujer”⁹¹, los relatos indican que no hay políticas activas de acompañamiento, formación o generación de empleo real:

“Está todo, pero está todo vacío. Punto Mujer está, pero nadie trabaja en serio con la violencia, ni acompaña a las chicas a conseguir trabajo. ¿Cómo salís de la violencia sin independencia económica?”⁹²

El acceso al trabajo aparece como una condición estructural para el ejercicio de derechos. Sin posibilidades reales de empleo digno y con servicios institucionales fragmentados o desarticulados, muchas mujeres sienten que “no tienen a dónde ir”. La salida laboral, en

⁸⁸ Fragmento de entrevista realizada a una feriante del barrio Sur, del grupo de 50 o más, 2024.

⁸⁹ (50 o +, Sur)

⁹⁰ (Fragmento de entrevista realizada a una paramédica del barrio sur entre, 25–36 años)

⁹¹ Son puntos fijos –y en algunos casos móviles– instalados en localidades de la provincia, donde mujeres pueden recibir contención psicológica, orientación legal y derivaciones a servicios de salud, justicia u otras ayudas públicas.

⁹² Fragmento de entrevista realizada a una emprendedora del barrio Sur, 2024

este sentido, se presenta como una condición previa para romper con ciclos de dependencia o violencia.

“Una mujer acá, lo máximo que puede aspirar es a atender un comercio.
¿Cómo vamos a sacar a las chicas de la violencia si no les damos un buen
trabajo?”⁹³

Desde una perspectiva interseccional, estas narrativas revelan cómo se articulan desigualdades de género, clase y territorio en la configuración de las trayectorias laborales. Las mujeres del barrio Sur, con menores redes y capitales, enfrentan mayores barreras para acceder a un empleo digno o sostenible en el tiempo, lo cual acentúa la reproducción de la pobreza y la dependencia. En cambio, las mujeres del barrio Norte, si bien reconocen las desigualdades de género, cuentan con más herramientas (educativas, familiares o simbólicas) para disputar otros lugares.

Así, el mundo del trabajo en Morrison no solo refleja una estructura económica desigual, sino también un entramado simbólico y moral que impone jerarquías entre lo que vale y lo que no, entre lo que se espera de una mujer y lo que se le permite hacer.

En general, como concluyen Boado, Fatyass y Murray (2021) estas experiencias de cuidado en la infancia generan reflexividades críticas en las mujeres adultas, quienes cuestionan sus roles y buscan romper con estos patrones incorporados en sus trayectorias de vida. Sin embargo, el contexto del pueblo impide que las barreras estructurales puedan romperse si la localidad no incentiva la diversificación de las oportunidades laborales y continúa ofreciendo únicamente actividades laborales feminizadas ¿Como transformar y revolucionar la vida cotidiana de las mujeres en estos entornos?

Recuperar estas voces femeninas y nativas resignifican los saberes encarnados que permiten pensar las desigualdades de género desde abajo, desde el sentir, desde lo que duele, se silencia, se olvida y desde lo que se resiste. Esto complementa y respalda los argumentos del análisis. También posibilita incluir un repositorio de temáticas emergentes vinculadas al tema de investigación que no fueron incorporados íntegramente en los capítulos pero que enriquecen la investigación.

⁹³ Fragmento de entrevista realizada a una emprendedora del barrio Sur, 2024

En este sentido, pusimos en relieve la vigencia de la pedagogía de la crueldad en contextos comunitarios pequeños, donde la vergüenza, el señalamiento y el rumor actúan como dispositivos de regulación social que atraviesan tanto la vida íntima como la posibilidad de acceder a derechos y políticas públicas. Además, se evidenció la tensión entre afecto y disciplina, las mismas redes familiares que buscan proteger también pueden convertirse en espacios de reproducción de jerarquías de género.

Otro aporte central radica en mostrar cómo el mundo laboral constituye un eje estructural de desigualdad, donde las mujeres enfrentan mayores obstáculos para acceder a empleos formales y dignos, quedando confinadas a ocupaciones feminizadas y precarizadas. En los relatos se destaca la educación como horizonte de emancipación, pero también se denuncia la falta de políticas públicas efectivas que articulen acompañamiento, inclusión y oportunidades reales.

Capítulo V: Reflexiones finales: Haciendo visible lo invisible

Al comenzar el presente TFG nos propusimos recuperar las voces nativas de las mujeres de Morrison, con el propósito de indagar qué implica habitar un pueblo siendo mujer. Y lo que nos resultaba un interrogante sencillo, pronto se fue complejizando. Porque detrás de cada narrativa había una historia, detrás de cada historia un cuerpo, y en cada cuerpo, una carga que muchas veces se lleva sin saberlo. Así fuimos tejiendo este trabajo con relatos que no solo describen prácticas e identidades, sino que nos cuentan de miedos, de afectos, de decisiones y también de gestos pequeños que abren grietas en las estructuras más rígidas. Como citamos al comienzo del trabajo, en palabras de la poeta Adriane Rich, “las palabras son mapas”; cada relato explorado nos permitió trazar caminos posibles hacia una comprensión más situada de las experiencias de las mujeres.

Lo que encontramos en las percepciones de las mujeres de Morrison fue una trama compleja y cargada de matices. En sus voces escuchamos ecos del pasado, formas aprendidas de “ser mujer” que nacieron en la cocina de sus madres, en las aulas, en la plaza, en las calles del barrio. Muchas de ellas cuidaban desde niñas sin saber que estaban cuidando; organizaban la casa, postergaban juegos, asumían responsabilidades sin haberlas elegido. Pero también, en esas mismas voces, pudimos reconocer fisuras, cuestionamientos, resistencias que –aunque sutiles– muestran que hubo transformaciones.

Al comparar por territorios, en el barrio Sur, la sobrecarga material era mayor y las figuras paternas muchas veces estaban ausentes en las tareas de cuidado, las niñas asumieron tempranamente responsabilidades domésticas, ocupando un lugar central en la reproducción de la vida familiar. En el barrio Norte, en cambio, esas disposiciones también estuvieron presentes, pero con mediaciones que suavizaron su impacto, había más posibilidades de delegar tareas, mayor acompañamiento adulto y, en algunos casos, acceso a actividades extracurriculares que permitían a las niñas transitar infancias algo menos condicionadas por el cuidado.

Generacionalmente, las mujeres mayores de 40 años narraron su infancia y maternidad como continuidad de un modelo patriarcal en el que el padre aparecía como proveedor económico y la madre como sostén emocional y físico del hogar. Sin embargo, manifiestan

la inquietud de no repetir lo de sus padres, el deseo que criar hijos varones desde otra perspectiva y que sus hijas “abran sus alas”; proyectando en las nuevas generaciones aquello que ellas no pudieron ejercer. Esto hace referencia a definir su propio proyecto vital, ejercer agencia sobre sus decisiones y trazar trayectorias diversas, se trata de la autonomía como condición fundamental para la construcción de la identidad femenina.

En definitiva, desde temprana edad, muchas entrevistadas aprendieron a cuidar, ordenar y sostener la vida doméstica, configurando un saber hacer afectivamente habitado que se internalizó como parte de lo “femenino”. La feminización de las tareas de cuidado aparece, así como una constante intergeneracional, sostenida tanto por la división social y generizada del trabajo como por una economía afectiva que atribuye sensibilidad y ternura a las mujeres, y distancia y autoridad a los varones.

En este sentido, el pasado infantil de las mujeres de Morrison nos muestra cómo los mandatos de género se transmiten no sólo a través de normas explícitas, sino también mediante silencios, afectos y rutinas cotidianas que moldean las subjetividades. Si bien entre las mujeres mayores prevalece un relato de continuidad —donde el cuidado se recuerda como virtud y deber—, en las más jóvenes emergen reflexividades críticas y tensiones que cuestionan esas disposiciones, abriendo la posibilidad de resignificar la experiencia vivida. De este modo, la infancia se configura como un terreno clave para comprender la reproducción y la transformación de los sentidos de ser mujer en contextos locales pequeños.

No obstante, las disposiciones de género no desaparecen, siguen presentes, se adaptan, se camuflan. Podemos afirmar que el pasado no constituye un tiempo cerrado, sino una presencia actuante que organiza disposiciones, afectos y modos de habitar el género en la adultez. Aun así, lo aprendido es a veces resistido o cuestionado en su presente adulto; las mujeres más jóvenes, por ejemplo, se animan a pensar otros caminos, algunas deciden no ser madres, otras maternan desde lógicas diferentes. Aparece el autocuidado, la búsqueda de “equilibrio”, la necesidad de construir redes y dejar de romantizar el sacrificio como único modo de ser “buena mujer”. Lo cual se percibe distinto en las mujeres mayores, quienes narraron la maternidad como deber moral y un sacrificio que se toma con mucha ternura y amor.

En ambos barrios la maternidad se manifestó como un mandato persistente, aunque con algunas diferencias. En el Sur, ser madre se vinculó con un destino casi inevitable y atravesado por las estrategias de supervivencia, sostenido por redes familiares y comunitarias que compensaban la falta de recursos. En el Norte, la maternidad se experimentó con mayores márgenes de decisión, vinculada a proyectos vitales más planificados.

La agencia femenina también adoptó formas distintas según barrio y generación. En el Sur, las resistencias fueron más sutiles, ligadas a estrategias de sobrevivencia cotidiana (trabajar, estudiar, “salir del pueblo”), mientras que en el Norte las resistencias aparecieron más discursivas y visibles, como la decisión consciente de maternar de otra manera o de priorizar el autocuidado. Las mujeres mayores reconocieron en sus narrativas un deseo de que sus hijas aspiren a horizontes más amplios que el hogar, aunque muchas reprodujeron los patrones patriarcales de sus madres. Las jóvenes, en cambio, ya ensayan caminos distintos, deciden estudiar, retrasar la maternidad o construir redes de apoyo para no repetir el modelo sacrificial. Así, Norte y Sur, mayores y jóvenes, coinciden en reconocer el peso de los mandatos y de encontrar progreso fuera del pueblo, pero divergen en cómo los significan y cómo proyectan sus resistencias.

Este trabajo nos permitió ver cómo la experiencia de género no es una sola, no es lineal ni homogénea.⁹⁴ Depende de la clase, de la edad, del barrio, de la trayectoria de cada quien. En un mismo pueblo pueden convivir múltiples formas de vivir la feminidad, algunas más tradicionales, otras más disruptivas. Lo importante fue escuchar sin juzgar, recuperar esas narrativas en su complejidad, entender que incluso lo que parece contradicción o también es una forma de resistir.

El pueblo, con sus vínculos tan cercanos, con su estructura social tan marcada, con sus prejuicios y también con sus redes de contención, nos mostró cómo el espacio moldea los

⁹⁴ Butler (1990) postula la provisionalidad de la identidad y cuestiona los límites del género como categoría exclusiva de análisis, subrayando que el proceso de performatividad no es ni predecible ni voluntario. Con ello rechaza la metafísica del sujeto y abre la posibilidad de una lectura plural y no esencialista del género, capaz de dar cuenta de sus múltiples configuraciones y desplazamientos.

cuerpos, cómo el territorio también tiene género, cómo la plaza, la escuela o la casa pueden ser escenarios donde se reproduce o se disputa el mandato de “ser mujer”.⁹⁵

Elegimos trabajar con narrativas porque creemos en el poder del relato, pues nombrar, recordar, repensar la propia historia es una manera de recuperar el poder sobre ella. Y también es un modo de compartirlo, de tender puentes entre generaciones, entre barrios, entre mundos que muchas veces parecen separados por vías simbólicas y materiales, pero que también pueden encontrarse en una charla, en una ronda de mates o en una entrevista.

El camino de esta investigación no fue lineal ni aséptico. Entendimos en base a las voces de las mujeres entrevistadas que el conocimiento no es neutro, que se construye con la escucha activa, con los silencios y también con la emoción. Nuestro propósito era realizar un trabajo final de grado estructurado, riguroso, acorde al estilo tradicional de escritura académica que aprendimos a lo largo de nuestros trayectos formativos. Sin embargo, el trabajo de campo trastocó esas coordenadas. Las narrativas que fuimos encontrando, nos invitaron no solo a analizar, sino también a repensar nuestro propio enfoque como investigadoras.

En diálogo con la propuesta de Donna Haraway (1995), comprendemos que todo conocimiento está situado, que toda mirada tiene un lugar desde donde se enuncia, y que no hay modo de comprender lo social sin asumir nuestra implicancia en lo que observamos, interpretamos y narramos. Aceptar esto en la investigación no fue un obstáculo metodológico, sino la apertura de una posibilidad para tener una escucha más próxima y más crítica.

Las mujeres que entrevistamos no nos compartieron solo “hechos”, también nos dieron paso a sus memorias, afectos, dolores y estrategias de vida. Nos abrieron las puertas de sus casas y de sus mundos. A partir de este gesto de confianza, el campo se volvió un espacio sensible, donde emergieron risas, lágrimas, gestos, bronca, palabras cargadas de emoción y también silencios que decían mucho.

⁹⁵ Ahmed (2015) destaca que las emociones no son meramente privadas o individuales, sino que circulan socialmente en grupos, espacios y tiempos. Las emociones no se localizan exclusivamente en sujetos ni en objetos/lugares, sino en la relación causal entre ellos.

En esa línea, también nos encontramos con mujeres que se resistieron a tener una conversación, personas cercanas como amistades o familia que en lo cotidiano mantienen un vínculo abierto con sus emociones, al momento de la entrevista se resguardaron en sus respuestas o mujeres con quienes no teníamos vínculo nos contestaban frases como “yo no hablo de mi infancia”. Fue esa experiencia la que nos llevó a repensar el modo en que queríamos contar lo investigado. Por eso apostamos por un enfoque etnográfico, sensible y narrativo, que nos permitiera no sólo describir una realidad social, sino también conmover a las y los lectores/as e invitarlas/os a sentir con nosotras, a *habitar* por un momento los relatos escuchados.

Recuperar nuestra “cocina de la investigación” tiene que ver con reivindicar ese espacio donde se mezclan ingredientes heterogéneos, teoría, metodología, dudas, reflexividad y vínculos. Esta cocina fue un espacio de (des)encuentro, entre nosotras como equipo, (que por nuestras rutinas a veces no podíamos reunirnos físicamente y debíamos hacer videollamadas para corregir observaciones, leer teoría, etc.) y las mujeres del pueblo, donde una de las investigadoras formaba parte y la otra no. Es visibilizar aquello que no suele aparecer en los marcos teóricos o estrategias metodológicas, las discusiones, los acuerdos por videollamada, los recorridos no planeados, el redescubrir un territorio conocido para una de nosotras y completamente nuevo para la otra. Fue un ejercicio constante de escucha, negociación y apertura. Y, por último, un encuentro entre nuestras herramientas académicas y las potencias de las historias escuchadas.

Con esta tesis, no buscamos cerrar un tema, sino abrir nuevas preguntas, seguir iluminando trayectos que mantengan viva la conversación, tanto en el ámbito académico como en la comunidad de la que hablamos.

Al mismo tiempo, observamos tensiones que aún quedan por trabajar. El *Apartado de repositorio narrativo* funciona como un testimonio de la densidad afectiva y política de los relatos recogidos. Más allá del análisis, este espacio busca poner en valor las voces nativas como archivo sensible, como memoria encarnada de la experiencia de ser mujer en Morrison. Desde allí, nos damos cuenta que emergen otros disparadores a profundizar, como la feminización del trabajo informal, en contextos de pocas oportunidades laborales para las mujeres. Finalmente, encontramos la paradoja de los vínculos afectivos, muchas mujeres se sienten protegidas por sus redes familiares, pero a la vez constreñidas por los

mandatos que esas mismas redes reproducen. Por otro lado, las jerarquías morales de género que se imponen con más fuerza en contextos de control social intenso, como los pueblos pequeños.

En definitiva, este trabajo no cierra con certezas, sino con el compromiso de seguir pensando colectivamente cómo construir comunidades más justas, más habitables y libres para todas. Este compromiso se vuelve aún más urgente dentro de contextos donde discursos conservadores avanzan, poniendo en tensión las conquistas feministas, deslegitimando las políticas de género y precarizando las condiciones de vida de los sectores más vulnerables. Frente a este escenario, reivindicar las voces de las mujeres de localidades pequeñas, sus estrategias de vida, sus saberes situados y sus reclamos, es una forma de resistencia, pero también de memoria activa.

Escuchar, narrar, recuperar los saberes de lo cotidiano, no es solo una tarea académica, es también una apuesta política por sostener espacios donde las experiencias de las mujeres no sean borradas ni silenciadas. Es desde ahí —desde la cocina del conocimiento, desde el campo que se siente, desde la palabra dicha entre vecinas— que también se disputa el sentido del presente y se visibiliza lo inenarrable.

En resumen y respondiendo a la pregunta problema que orienta este trabajo, las narrativas recuperadas en esta investigación nos revelan que las percepciones sobre los prácticas e identidades de género que producen y reproducen las mujeres de Morrison son diversas, pero profundamente significativas. Estas percepciones están atravesadas por trayectorias marcadas por la clase, la edad, el barrio que habitan y las experiencias personales, lo que evidencia que no existe una única forma de “ser mujer” en Morrison, sino una multiplicidad de vivencias que, aunque moldeadas por mandatos tradicionales, también abren paso a nuevas formas de interpretar y ejercer la identidad de género.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, J. O. (2019). *El pasado propio: historia y memoria en la formación de identidades colectivas*.

Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones* (T. Barriendos, Trad.). Traficantes de Sueños.

Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad*. Caja Negra Editora.

Alonso, Y. P. (2022). *Potencialidades de Google Maps en la investigación social aplicada*. [https://www.academia.edu/80650122/Potencialidades de Google Maps en la investigaci%C3%B3n social aplicada](https://www.academia.edu/80650122/Potencialidades_de_Google_Maps_en_la_investigaci%C3%B3n_social_aplicada)

Amar Díaz, M. (2012). *El género: Conceptos, definiciones y medios de integración*. En la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. Departamento de Estudios, Extensión y Publicaciones BCN.

Arfuch, L. (2010). Sujetos y narrativas. *Acta Sociológica*, (52), 19–41.

Cardona, A. M., & Salgado, S. V. (2015). Investigación narrativa: Apuesta metodológica para la construcción social de conocimientos científicos. *Revista CES Psicología*, 8(2), 171–181.

Argentina.gob.ar. *Programa Reconstruir: Ferraresi entregó más viviendas en Córdoba*. (21 de julio de 2022). <https://www.argentina.gob.ar/noticias/programa-reconstruir-ferraresi-entrego-mas-viviendas-en-cordoba>

Azkue, I. M., Luxán, M., Legarreta, M., Guzmán, G., Zirion, I., & Carballo, J. A. (Eds.). (2014). *Otras formas de (re)conocer: Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*.

Balash, M., & Montenegro, M. (2003). Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas. *Encuentros en Psicología Social*, 1(1), 44–56.

Barad, K. (2003). *Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter*. *Signs*, 28(3), 801–831. <https://doi.org/10.1086/345321>

Barad, K. (2024). Performatividad poshumanista: Repensar la materia. En M. I. La Greca & M. Solana (Comps.), *El discurso no es destino*. Madreselva.

Beiras, A., Cantera Espinosa, L. M., & Casasanta García, A. L. (2017). La construcción de una metodología feminista cualitativa de enfoque narrativo-crítico. *Psicoperspectivas*, 16(2), 54–65. <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue2-fulltext-1012>

Berger, P., & Luckmann, T. (2012). *La construcción social de la realidad* (3.a ed.). Amorrortu. (Obra original publicada en 1967).

Boado, R., Fatyass, R., & Murray, M. (en prensa). (2021) “I had to be an old soul”: Critical reflections of women who cared for them in their childhood. *Families, Relationships and Societies*. <https://bristoluniversitypressdigital.com/view/journals/frs/frs-overview.xml>

Boletín Oficial República Argentina — Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat — Resolución 99/2021. (08 de abril de 2021).
<https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/242763/20210408>

Bourdieu, P. (1987). Los tres estados del capital cultural. *Sociológica*, 2 (5), 11–17.

Bourdieu, P. (1997). *Meditaciones pascalianas*. Anagrama.

Bourdieu, P. (1998). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama. (Obra original publicada en 1998).

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo XXI Editores.

Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (M. A. Muñoz, Trad.). Paidós.

Campos, I., Biot, M., Armenia, A., Centellas, S., & Antelo, F. (2011). *Investigación biográfico-narrativa*. Universidad Autónoma de Madrid.

Capacitaciones en Ley Micaela. (2022). *Módulo 1: Género y sexualidades*. UNVM.

Capdevielle, J. (2011). El concepto de habitus: “Con Bourdieu contra Bourdieu”. *Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, 10, 31–45.

CEPAL, s.f. cómo se citó en Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia, 2023, p.37.

Cipolloni, E. (2021). *El cuerpo en la escuela, la escuela en el cuerpo: Jóvenes y regulaciones escolares en la Ciudad de Buenos Aires* [Tesis de maestría, FLACSO].

Crenshaw, K. (1991). *Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color*. *Stanford Law Review*, 43 (6), pp. 1.241-1.299. Traducido por: Raquel (Lucas) Platero y Javier Sáez. <https://www.uncuyo.edu.ar/transparencia/upload/crenshaw-kimberle-cartografiando-los-margenes-1.pdf>.

Curiel, O. (2013). *La nación heterosexual. Brecha lésbica y en la frontera*. Brecha Lésbica.

Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (2005). *The Sage handbook of qualitative research* (3rd ed.). Sage.

Di Liscia, M. H. (2007). *Género y memorias*. *La Aljaba*, 11, 141–166. <https://repo.unlpam.edu.ar/handle/unlpam/5157>

Duque, C. (Ed.). (2010). *Judith Butler y la teoría de la performatividad de género*. *Revista de Educación & Pensamiento*, 17(1), 85–94.

Elias, N., & Scotson, J. L. (2016). *Establecidos y marginados: Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios* (V. Altamirano, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1965).

Estrada Mesa, A. M. (2001). *Los fragmentos del calidoscopio: Una propuesta teórico-metodológica para el análisis cualitativo de las relaciones de género en la escuela*. *Nómadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 10, 10–22.

Fatyass, R. (2019). *Cartografía de una escuela para clases populares*. Editorial Universitaria Villa María.

Fernández García, M. (2006). *Acerca del género como categoría analítica*. *Nómadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 13, 1–12.

Fatyass, R., Iriarte, A., Remondetti, L., *Experiencias, agencia e infancias: Un campo de debates; Ministerio de Educación de la Provincia de Córdoba*. Dirección General de Educación Superior; Educación, Formación, Investigación; 2; 4; 12-2016; 1-13

Fischetti, N. (2023). *Feminismo neomaterialista: Metodología difractiva en Karen Barad*. *Estudios Posthumanos*, 21, 43–67.

García Alcaraz, J. G. (2016). *Narrando la identificación feminista: La transición del ser para otros al ser para sí mismas* [Tesis de maestría, El Colegio de la Frontera Norte].

García, A. P. (2023). Fenomenología queer y literatura: Emociones, orientaciones y narrativas en Sara Ahmed. *Eikasía*, 114, 193–212.

Guber, R. (2011). *La etnografía: Método, campo y reflexividad* (2.a ed. ampliada). Siglo XXI.

Gwartney, R. L., & Lawson, J. H. (2011). *Libertad económica en el mundo: Informe anual 2011*. Fraser Institute.

Haraway, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Cátedra.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Jelin, E. (2010). *Pan y afectos: La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica.

Lagarde, M. (1996). *Género y feminismo*. Las Horas.

Lagarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Lamas, M. (1994). *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual* (4.a ed.). PUEG-UNAM.

Lamas, M. (s. f.). *El género es cultura*. UNAM.

Lamas, M. (2004). *Género: algunas precisiones conceptuales y teóricas*. Red de Mujeres en el Poder Judicial de la República Argentina. Recuperado de <https://redmujeresjusticia.org.ar/wp-content/uploads/2019/03/Ge%CC%81nero-algunas-precisiones-conceptuales-y-teo%CC%81ricas-Lamas.pdf>

Lisdero, P. M. (2017). *Desde las nubes... Sistematización de una estrategia teórico-metodológica visual*. Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social, 13(4), 69–90.

Mascaró, L. (2011). *Heidegger y el habitar como modo fundamental de la existencia humana*. En *III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología*. Facultad de Psicología, UBA.

Maynes, M. J. O. (2008). Age as a category of historical analysis: History, agency, and narratives of childhood. *The Journal of the History of Childhood and Youth*, 1(1), 114–124.

Mendia, I., Luxán, M., Legarreta, M., Guzmán, G., Zirion, I. & Azpiazu, J. (2014). *Otras formas de (re) conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*. Universidad del País Vasco.

Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=777854>

Morrison, M. (2024, agosto 13). Ampliación de la red de alumbrado público. *Municipalidad de Morrison — Municipalidad de Morrison — Departamento Unión — Córdoba*. Recuperado de: <https://morrison.gob.ar/index.php/2024/08/13/ampliacion—de—la—red—de—alumbrado—publico/>

Morrison. (2024). Córdoba Interior Informa. Revisado 9 de julio de 2024. Recuperado de: <https://cordobainteriorinforma.com/seccion/union/morrison/>

Ortner, S. (2016) *Antropología y teoría social: Cultura, poder y agencia*. 1° edición- San Martín: Universidad Nacional de Gral. San Martín.

Parra, F. y Busquier, L. (2022). *Retrospectivas de la interseccionalidad a partir de la resistencia desde los márgenes*. Las Torres de Lucca. Revista internacional de filosofía política, 11(1), 23-35. Recuperado de: <https://dx.doi.org/10.5209/itdl.77044>

Rich, A. (2013). *Entre los poetas míos* (Colección de poesía actual, N°10). OMEGALFA. Recuperado de: <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/cuaderno-de-poesia-critica-n-10-adrienne-rich.pdf>

Ríos Espinosa, Y. (2025). *La baja tasa de natalidad como fenómeno moderno de la sociedad*. Tecnológico de Antioquia, Institución Universitaria.

Rodríguez Gómez, G., Gil Flores, J., & García Jiménez, E. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa* (2.a ed.). Ediciones Aljibe.

Rodríguez Gutiérrez, B. A., Mena Farrera, R. A., & Evangelista García, A. A. (2025). Autocuidado en mujeres mayores: La importancia de la autonomía económica y las redes sociales de apoyo. *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, 22(2), 21–39. Recuperado de: <https://doi.org/10.29043/liminar.v22i2.1052>

Rodríguez, M. B. (2021). *Eso que no tiene nombre: El autocuidado (emocional) de las mujeres* [Trabajo final de grado, Universidad de Cádiz].

Rojas—Madrigal, C. (2023). *Rabia y resistencia en red: Mujeres que desafían el mandato reproductivo*. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales, 49–58.

Rojas Soriano, R. (1991) *Guía para realizar investigaciones sociales*. México. Págs. 288 A 296. *Texto tipos de muestras*.

Recuperado de: <https://raulrojassoriano.com/cuallitlanezi/wp-content/themes/raulrojassoriano/assets/libros/guia—realizar—investigaciones—sociales—rojas—soriano.pdf>

Secretaría Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia. (2023). *Redes de cuidados, promoción y protección de las familias en su comunidad* (1.a ed.). Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

Recuperado de: <https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2020/09/sffic-2023-senaf-redes-cuidado-promocion-proteccion-familias-comunidad.pdf>

Segato, R. L. (2010). Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial. *La Cuestión Descolonial*, 1–8.

Segato, R. L. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad* (2.^a ed.). Prometeo Libros.

Segato, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Universidad Nacional de Quilmes.

Beauvoir, S. de. (1949). *El segundo sexo*.

Tronto, J. (1987). Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado. En: *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 12, University of Chicago.

Vieytes, R. (2004). *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad: Epistemología y técnicas*. De las Ciencias.

Williams, R. (2009). *Marxismo y literatura*. Las Cuarenta.

ANEXOS

Anexo A - Encuesta de recopilación de datos

Título: Roles e identidad de género: representaciones y narrativas en mujeres de localidades pequeñas, situadas en Morrison, Córdoba.

Primera sección

Aspectos personales

1. Edad
2. Estado Civil
3. ¿Cuál es tu identidad de género?
 - Mujer
 - Mujer trans
 - Varón
 - Varón trans
 - Persona no binaria
 - Prefiero no decirlo
4. Nivel de Instrucción
 - Primario incompleto
 - Primario completo
 - Secundario incompleto
 - Secundario completo
 - Terciario incompleto
 - Terciario completo
 - Universitario incompleto
 - Universitario completo
 - Sin escolaridad
 - Otro
5. ¿Actualmente cursa algún estudio terciario/ universitario?
6. ¿Te encuentras realizando algún curso municipal o privado?
7. De ser afirmativo, ¿qué curso estás realizando?

8. Zona del pueblo donde vive
- Norte
 - Sur

Segunda Sección

Organización familiar

9. ¿Tenes personas a cargo?
10. ¿Tenes hijos/as?
11. ¿Cuántos hijos/as tenes?
12. ¿Con quienes convivis?
13. ¿Cuántos son adultos?

Aspectos socio-económicos

14. Tipo de casa
- Casa
 - Departamento
 - Pieza de inquilinato
 - Pieza en hotel/pensión
 - Local no construido para habitación
15. Régimen de tenencia
- Propietario de la vivienda y el terreno
 - Propietario de la vivienda
 - Inquilino/arrendatario de la vivienda
 - Ocupante por pago de impuestos/expensas
 - Ocupante en relación de dependencia
 - Vivo en la casa de un familiar o amigo
 - otra
16. La vivienda está ubicada en zona inundable
17. ¿Cuál es su principal fuente de ingresos?
- Actividad laboral remunerada
 - Ayuda estatal /programa social

- Jubilación / pensión
 - Aporte familiar
18. ¿Quién produce mayores ingresos en el hogar?
- Respondente
 - Padre
 - Madre
 - Hijo
 - Hija
 - Pareja
 - Abuelo
 - Abuela
 - otro
19. ¿Realizas alguna actividad laboral remunerada?
20. ¿Cuál es la actividad?
21. ¿Trabajas formal o informalmente?
22. Si es formal ¿en qué área?
- Comercio
 - Salud
 - Municipal
 - Industrial
23. ¿Realizas alguna actividad laboral dentro del hogar?
- Venta de comida
 - Cuidar niños
 - Revendedora (Por ej.: Avon, Natura, Essen)
 - Venta de ropa
 - Trabajo remoto (online)
 - Kiosco en el hogar
 - otro
24. ¿Qué tipo de trabajo haces fuera del hogar?
25. En caso de no realizar una actividad laboral remunerada ¿Cuál es el motivo?
- Falta de tiempo
 - No encuentro trabajo
 - Para cuidar a hijos/as

- Por decisión personal
26. ¿Percibe alguna ayuda estatal?
- Asignación universal por hijos
 - Asignación por embarazo
 - Tarjeta alimentar
 - Ninguna

Organización dentro del hogar

27. Redes de contención ¿Quién colabora con vos a la hora de realizar las tareas del hogar?
- Mamá
 - Papá
 - Abuela
 - Abuelo
 - Hijo
 - Hija
 - Nadie
 - Mi pareja y yo
 - otra
28. ¿Quién suele encargarse de las siguientes actividades dentro del hogar?
- Limpieza del hogar y arreglo de ropa
 - Preparar y cocinar alimentos
 - Compras para el hogar
 - Mantenimiento y reparación del hogar
 - Pagar las cuentas
 - Cuidar de las personas a cargo
29. Redes de contención ¿Quién suele ayudarte en las tareas de cuidado?
- Ir a buscar a los niños/as a la escuela/ llevarlos
 - Cuidarlos cuando se ausenta alguien en casa
 - Llevar o traer a los niños/as de sus actividades extra escolares
 - En caso de enfermedad, quien se acompaña al niño/a al doctor
 - Organizar cumpleaños
 - Alimentar a niño/a

- Reuniones escolares
 - Cuidar de una persona enferma en casa
30. Del 1 al 10 ¿Cuan responsable consideras que sos de realizar estas tareas dentro del hogar?
31. Del 1 al 10 ¿Cuánto tiempo consideras que los hombres del hogar les dedican a éstas tareas?
32. Del 1 al 10 ¿Cuánto tiempo consideras que las mujeres del hogar les dedican a éstas tareas?
33. ¿Estarías dispuesta a ser entrevistada de manera anónima para colaborar con este trabajo?

Anexo B - Guion de entrevista semi-estructurada⁹⁶

Parte I

Edad:

¿Qué recuerdos tenés de tu infancia? ¿Qué no te gusta recordar y que sí?

En la escuela ¿Cómo te relacionabas con tus compañeros? Ya sea entre mujeres o con varones... ¿notaste alguna diferencia?

¿Cómo eran las clases? ¿Qué te enseñaban?

¿A qué jugabas cuando eras chica?

¿Qué te aconsejaban tus papás o tus familiares, en relación con tus compañeros/as?, o sea, que te decían de chica, por ejemplo, “compórtate de tal manera o no”, “no hagas esto” si tienes algún recuerdo...

⁹⁶ Trabajar con entrevistas semi estructuradas, nos permitió la flexibilidad de la conversación. Por lo que el guion representa un puntapié para guiar preguntas y temas, lo que posibilitó que pudiéramos modificar el orden, profundizar en respuestas interesantes o introducir nuevas preguntas según el desarrollo de la conversación.

¿Con quién convivías cuando eras chica? ¿qué recordás de tu familia cuando era chica?

contame cómo era un día en tu casa, ¿cómo se distribuían las tareas en tu casa? ¿a qué se dedicaban tus papas?

Describí una cena, o juntada familiar

¿Quién aportaba mayores ingresos en este sentido? ¿vos colaborabas con ellos económicamente?

¿Cómo recordás el vínculo entre tus papás? ¿Y el tuyo con ellos?

¿Qué emociones, cosas, objetos asocias a tu papá y qué emociones o cosas, asocias a tu mamá?

En tu crianza, ¿quién tomaba las siguientes decisiones, por ejemplo, quien decidía qué se hacía con el dinero, quien decidía las actividades, quien ponía límites?

¿Qué aprendizaje tuviste a lo largo de tu crianza dirigido por o tu familia, o familiares referentes mujeres, puede ser tu mamá, tu tía, o personas externas...?

¿Te sentiste presionada alguna vez por cumplir con determinadas “reglas” o hacer algo solamente por ser mujer?

Parte II

¿A qué te dedicas actualmente? ¿con quienes convivís?

Describí una cena actual tuya ¿algo cambió desde tu infancia?

Contamos como es tu rutina cotidiana

¿Cuánto tiempo destinas para vos en esa rutina?

¿Cómo se distribuyen las tareas en tu hogar?

¿Cuál era tu sueño de chica? ¿pudiste lograrlo o cambió? ¿Por qué?

¿Qué piensas de la maternidad? ¿A qué edad fuiste mamá? ¿Cómo fue tu experiencia?
¿Se te presentaron dificultades? ¿Sentiste presión por ser mamá?

Parte III

¿Cómo es vivir en una localidad pequeña siendo mujer?

¿Sentís que hay alguna expectativa específica sobre lo que una mujer debe hacer o no en el pueblo?

¿Cómo percibís que es la situación laboral en el pueblo para las mujeres?

¿Qué consejo le darías a una joven que está creciendo en el pueblo?

Anexo C

Cronograma para la realización de entrevistas: [Cronograma de entrevistas.xlsx](#)

Resultados, tablas y gráficos de las encuestas: [Resultados encuestas.xlsx](#)

Análisis e interpretación de entrevistas: [Análisis - interpretación de entrevistas](#)

Transcripción y selección de información relevante de las entrevistas: [Transcripciones](#)



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA
INSTITUTO ACADÉMICO PEDAGÓGICO
DE CIENCIAS SOCIALES**